

EL ARTE DE EDUCAR

La educación en voz de grandes pensadores

Talmud, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón,
Quintiliano, Tomas de Aquino, Montaigne, Lutero,
Comenio, Durkheim, Makarenko y Dewey.

LA FELICIDAD

Los grandes sabios le aconsejan cómo vivir con paz y optimismo

Aristóteles, Epicuro, Marco Aurelio, Cicerón, Séneca y Plutarco

Alamah – Autoayuda - Clásicos

De esta edición:
D. R. © Aguilar, Altea, lauras. Alfaguara. S. A. de C. V., 2002
Av. Universidad 767,
Col. del Valle
México. 03100, D. F.
Teléfono (5255) 54 20 75 30
www.alamah.com.mx

Distribuidora y Editora Aguilar, Alma, Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80 Núm. 10-23, Santafé de Bogotá, Colombia.
Santillana S. A.
Torrelaguna 613-20003, Madrid, España.
Santillana S. A.
Av. San Felipe 731. Lima. Perú.
El arte de educar
Primera edición: junio de 2002
ISBN: 966-19.1113-X
D. R. © Diseño de cubierta: Antonio Ruano Comer
Diseño de interiores: Time, Editores. S. A. de C. V.
Impreso en México

El valor de educar se terminó de imprimir en junio de 2002, en Litográfica Ingramex, S. A. De C. V. Centeno 162, Col. Granjas Esmeralda, C. P. 09819, México, D. F.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímica, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Editorial Santillana S. A.
Av. Rómulo Gallegos. Edif. Zulia 1er. piso
Boleíta Nte., 1071, Caracas, Venezuela.
Editorial Santillana Inc.
PO. Box 19-5462 Hato Rey. 00919, San Juan. Puerto Rico.
Santillana Publishing Company Inc.
2003 N. W. 87 th Avenue, 33172. Miami. FL, E. U. A.
Ediciones Santillana S. A. (ROU)
Cristóbal Echevarría, 3535, A. P. 1606, Montevideo, Uruguay
Aguilar, Altea, Taurus. Alfaguara, S. A.
Beazlev 3860,1437, Buenos Aires, Argentina.
Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
Dr. Anibal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile.
Santillana de Costa Rica, S. A.
La Uruca, 100 mts Oeste de Migración y Extranjería. San José, Costa Rica.
La felicidad
Primera Edición: noviembre de 2001
ISBN: 968-19-0941-0
D. R. Diseño de cubierta: Antonio Ruano Gómez
Diseño de interiores: Times Editores, S. A. De C. V.
Diseño de colección: Idograma. www.idiograma.com.mx
Impreso en México

La felicidad se terminó de imprimir en noviembre de 2001, en Graficas La Prensa, S. A. De C. V. Prolongación de Pino No. 577; Col. Arenal, México, D. F.

ÍNDICE

Prólogo

José Luis Trueba Lara

La esencia del Talmud

Theodore von Keler

Los límites de la educación

Sócrates

Los misterios de la caverna

Platón

La virtud y el carácter

Aristóteles

De la educación

Cicerón

Reconocer el talento

Quintiliano

EL ARTE DE EDUCAR

De la educación

Tomás de Aquino

Sobre la educación de los niños

Montaigne

Hasta los animales instruyen a sus crías

Martín Lutero

Principios para una educación realista

J. Amós Comenio

Dos textos sobre educación

John Locke

El hombre nace bueno

J. J.. Rousseau

Los eruditos a la violeta

Josef Vázquez

Cómo enseñar

Johann Friedrich Herbart

El conocimiento más valioso

Herbert Spencer

Leer y escribir

Friedrich Nietzsche

Educación y sociología

Emile Durkheim

Educación y trabajo colectivo

Anton S. Makarenko

Educación

John Dewey

Prologo

José Luis Trueba Lara

La naturaleza de la felicidad

Aristóteles

Máximas para la vida feliz

Epicuro

Máximas y meditaciones

Marco Aurelio

LA FELICIDAD

La felicidad en la vejez

Cicerón

De la tranquilidad del alma

Séneca

El progreso de la virtud

Plutarco de Queronea

PRÓLOGO

El placer de enseñar

Es una verdad de Perogrullo decir que la educación nos convierte en humanos, y que gracias a ella hemos desafiado a la naturaleza. Mientras los animales confían a los genes la posibilidad de que su descendencia sobreviva, los seres humanos apelamos a la educación para garantizar el futuro: casi todas las habilidades de los animales son innatas, y las nuestras —en su mayoría— son aprendidas. En efecto, el tigre caza por instinto, el hombre labra la tierra tras el aprendizaje y el descubrimiento de los secretos de la agricultura.

Educar implica sobrevivir y adueñarse de la memoria y el saber de la especie —justo por eso— no resulta casual que el afán educativo atraviese todas las culturas y la mayor parte de los pensadores. Las preguntas sobre cómo debe impartirse la educación y el cuestionamiento sobre sus fines se hacen presentes a lo largo de la historia.

Convocar a varios de los pensadores que han determinado el rumbo de la educación desde los tiempos primeros hasta comienzos del siglo XX no es una labor ociosa: en sus palabras se encuentran algunas de las respuestas más importantes que los hombres hemos dado a las preguntas que se mostraron hace unas cuantas líneas.

De esta manera, una compilación que se inicia con aforismos vinculados al Talmud y que concluye con reflexiones de John Dewey¹ puede parecer excesiva: el lapso que recorre es muy amplio y la cantidad de voces parecería muy reducida en un concierto de variadísimas tonalidades. Sin embargo, ante la posibilidad de que surjan apreciaciones de este tipo, vale señalar y precisar las intenciones y los alcances de esta compilación.

En primer término, conviene señalar que esta obra no es una historia del pensamiento pedagógico,² su fin es distinto: busca convocar a algunas de las figuras señeras del pensamiento occidental con el objeto de discutir sobre el significado, los problemas y el fin de la educación. Se trata, por decirlo en unas cuantas palabras, de convertir a este libro en una suerte de ágora donde, con clepsidra en mano, nos adentraremos en las ideas de un grupo de pensadores.

En segundo lugar, es necesario precisar que esta obra no tiene por objeto presentar o discutir cuestiones didácticas o de *praxis* educativa. Hemos dejado a un lado estas cuestiones para adentrarnos en otros territorios: las opiniones, las visiones, los sueños, los deseos y los anhelos de varios pensadores que buscaban explicar el fin y el sentido de la educación.

Por último, creo que esta compilación no necesariamente tiene como destinatarios a los expertos en las distintas ciencias de la educación. Ella está dirigida a la «gente de a pie, a los hombres y mujeres que de manera cotidiana se enfrentan con los desafíos que les impone la formación de sus hijos.

José Luis Trueba
Invierno de 2001

¹ A lo largo de las siguientes páginas —y luego de algunos aforismos talmúdicos— se presentan fragmentos de las obras vinculadas con la educación de los siguientes pensadores: Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, Tomás de Aquino, Montaigne, Martin Lutero, Comenio, John Locke, 1). Rousseau, Josef Vázquez, Herbart, Spencer, Nietzsche, Iliurkheim, Makarenko y Dewey. Evidentemente, esta relación está vinculada con las ideas pedagógicas de Occidente y no hace referencia al pensamiento educativo en otras latitudes. Nuestro interés no es mostrar una visión de la pedagogía a lo largo de la historia de la humanidad, pues lo que buscamos es destacar aquellas ideas y pensadores que han determinado —en términos generales— el desarrollo y las concepciones educativas en los países de habla hispana.

² Un espléndido y clásico trabajo a este respecto es la obra de N. Abbagnano y A. Visalberghi: *Historia de la pedagogía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

THEODORE VON KELER

La esencia del Talmud

La sabiduría del Talmud está más allá de Israel y el mundo judío. Tras la diáspora, su visión del mundo llegó a casi todo el planeta, y su saber comenzó a marcar de manera perenne a una buena parte de los pensadores occidentales, desde los sabios de la España anterior a la reconquista, hasta Spinoza y Wittgenstein.

Un buen punto de partida para nuestra reflexión sobre el sentido de la educación es la lectura de algunos de los aforismos que —a partir del estudio del Talmud— ha generado la cultura de Israel. En ellos, de una u otra forma, se muestra una de las reflexiones educativas más antiguas.

Así, al presentar una selección de los aforismos que Theodore von Keler recogió del libro sagrado, tenemos la oportunidad de descubrir algunas de las señas de identidad del deber ser de la educación y la relación ideal entre padres e hijos. Adentrémonos en estos textos antiguos que, gracias a un estudioso, no se han perdido al paso del tiempo.

- El estudio de la Torá es más valioso que el sacerdocio y la púrpura real. Un bastardo con educación es más valioso que un sacerdote ignorante.
- Si has visto una acción pecaminosa cometida por un hombre instruido, no lo censure, pues es posible que se haya arrepentido de su pecado. Y si en verdad es un hombre sabio, ya se arrepintió.
- Que tu casa sea un lugar de reunión de hombres cultos; bebe las palabras de sus labios como un hombre sediento bebe agua en el desierto.
- No es bueno que un hombre instruido ande con zapatos remendados. Un «maestro» que se presenta con la ropa sucia deshonra a los estudiosos.
- ¿Has observado el encuentro entre un hombre educado y un ignorante? Antes del encuentro, este último se consideraba de inmenso valor. Después de entretenerse un poco con el hombre educado, su opinión sobre sí mismo baja y la copa de oro se reduce a un pequeño vaso de plata. Y después de comer y beber con el hombre educado, él no pasa de ser una maceta de barro que se quiebra fácilmente y no puede arreglarse.
- No rehúses la reverencia a un hombre que fue instruido pero olvida las cosas a causa de su avanzada edad. Pues en el arca de la alianza, en pedazos quebrados de las tablas de piedra así como las tablas enteras, fue escrita la Ley.
- Lo principal en la vida no es el conocimiento sino el uso que de él se hace.
- Ay de los sabios y de los instruidos que no son virtuosos. Ay de aquel que no tiene casa e intenta construir un portón para ella.
- Quien quiere aprender la sabiduría de los jóvenes, es como un hombre que come uvas antes de que estén maduras y bebe vino aún no fermentado. Pero quien aprende junto a los viejos, es como quien come uvas maduras y bebe un vino maduro.
- Sabio es aquel que sabe que no sabe nada.
- Cuanto más viejo un sabio, tanto más sabio se hace; cuanto más viejo es un tonto, más ensandece.
- Quien estudia en su juventud es como una hoja de papel en la que fueron escritas las palabras de la sabiduría. Pero quien empieza a estudiar cuando es viejo, se parece a un pedazo de pergamino viejo en el que apenas se leen las palabras.
- Sabios, tened cuidado en sus conferencias porque sus palabras pueden ser interpretadas erróneamente cuando ya no estén presentes.
- Un maestro siempre debe enseñar de manera concisa, sin divagaciones.
- Cuando veas a un alumno que lleva auestas sus lecciones como si fueran pesadas barras de hierro, sabe que eso ocurre porque su maestro no lo ayuda con bondad y paciencia.
- Aprendí mucho con mis maestros, más con mis compañeros, y aún más con mis alumnos.
- Un sabio que no enseña a los otros es como una mata de mirra en el desierto.
- El estudio y la enseñanza de la Torá sólo pueden prosperar y desarrollarse gracias a un intercambio incesante de ideas y pensamientos entre maestros y personas cultas. «Aquellos que llevan vida de eremita», dice rabí José, «de a poco se hacen tontos».
- Como el acero afila el acero, un espíritu entrenado afila a otro.

- Los maestros de Judea que exigían a sus alumnos un lenguaje cuidadoso y correcto prosperaron y creció su influencia. Los de Galilea, que descuidaron el estudio y el apropiado empleo de la lengua, fallaron y cayeron en el olvido.
- La enseñanza sin sistema dificulta el estudio.
- Aquel que golpea a su hijo adulto, lo incita al pecado y al crimen.
- Los padres nunca deberían mostrar su preferencia por uno de sus hijos en perjuicio de los demás.
- Todo padre debería enseñar un oficio a su hijo. Y hay quien dice que deberla enseñar a nadar a todos sus hijos.
- Si alguien desea desheredar a sus hijos, puede hacerlo de acuerdo con la Ley. Samuel dice: «No sea uno de aquellos que desheredan a un niño, aunque sea travieso, a favor de otro».
- Hay muchos hijos que sirven faisán en la cena a su padre, pero lo hacen con una mirada fruncida y modos desagradables; éstos no escapan del castigo. Otros hijos pueden dejar al padre hacer girar la rueda de un molino en un trabajo penoso, pero lo tratan con respeto y consideración; éstos serán recompensados.

SÓCRATES

Los límites de la educación

En el diálogo Protágoras, Platón invoca las figuras de Sócrates y del sofista que da nombre al texto para discutir el sentido de la educación y el papel que en ella juegan los padres y los docentes, a partir de una pregunta que nunca pierde vigencia: «¿Por qué razón muchos hombres de mérito tienen hijos mediocres?».

Los argumentos de Protágoras que a continuación se presentan, mismos que surgieron como una defensa en favor de los sofistas, eran —y continúan siendo— un alegato en favor de las labores que realizan los docentes, y del reconocimiento que merecen de sus discípulos y la sociedad. Éste es un diálogo donde, gracias a la docta ignorancia de Sócrates, es posible adentrarse en el sentido y el valor que tiene la docencia para el bien de los hombres.

Demos paso a Sócrates y su interlocutor, quienes nos conducirán hacia una de las discusiones más importantes de la educación: el papel del docente.

Los límites de la educación

— ¿Por qué razón muchos hombres de mérito tienen hijos mediocres?— te lo voy a explicar. El asunto nada tiene de extraordinario si consideras que la virtud depende de que no existan ignorantes. Si esta afirmación es verdadera, y lo es en el más alto grado, considera cualquier materia de ejercicio o saber. Supongamos que la ciudad no pudiera subsistir a menos que todos fuéramos flautistas, cada uno en la medida que fuera capaz; que este arte fuera también enseñado por todos y para todos, y que se castigara a quien tocara mal, y que no se negara esta enseñanza a nadie, de la misma forma que hoy la justicia y las leyes son enseñadas sin reserva ni misterio, ¿crees que se vería con frecuencia a los hijos de buenos flautistas llevar ventaja sobre los de los malos? Yo no estoy convencido, pero pienso que aquel que tuviera un hijo mejor dotado para la flauta lo vería distinguirse, mientras que el hijo mal dotado permanecería en la oscuridad; con frecuencia podría suceder que el hijo del buen flautista se revelara como mediocre y que el del mediocre llegara a ser buen flautista; en fin, todos, indistintamente, tendrían algún valor comparándolos con los profanos y los que son absolutamente ignorantes en el arte de tocar flauta.

Ahora piensa de esta forma: hoy, el hombre que te parece el más injusto en una sociedad sometida a las leyes sería justo y artista en esta materia, sobre todo si lo comparáramos con los hombres que no tuvieron educación, tribunales, leyes, ni constreñimiento de cualquier especie para forzarlos a preocuparse por la virtud.

Todo el mundo enseña la virtud de la mejor manera que le es posible, y a ti te parece que no hay nadie que la pueda enseñar; es como si buscaras al maestro que nos enseñó a hablar griego; tú no le encontrarías, e imagino que no tendrías mejores resultados si buscaras cuál maestro podría enseñar a los hijos de nuestros artesanos el trabajo de su padre, cuando se sabe que ellos aprendieron este menester de su propio padre, en la

medida en que éste podía haberles enseñado, así como de sus amigos dedicados al mismo trabajo, de manera que ellos no tienen necesidad de otro maestro. Desde mi punto de vista, no es fácil recomendarles un maestro, mientras que esto sería facilísimo en el caso de personas ajenas a esa experiencia; justo lo que ocurre con la moralidad y cualquier otra cualidad. Esto es lo que sucede con la virtud: por poco que un hombre supere a los demás en el arte de conducirnos hacia ella, debemos declararnos satisfechos.

Creo ser uno de estos hombres, y también creo poder mejorar a cualquier otro al prestar el servicio de educar a los hombres y merecer el salario que pido, o aun más, que se me otorgue según la voluntad de mis discípulos. De este modo establecí la reglamentación de mi salario: cuando un discípulo termina de recibir mis lecciones, él me paga el precio que yo pedí, en caso de que lo desee hacer; de lo contrario, él declara en un templo, bajo juramento, el precio que considera justo a mi enseñanza y nada más me dará.

He aquí, el mito y el discurso, según los cuales yo quise demostrar que la virtud podría ser enseñada y que ésta era la opinión de los atenienses, y que, por otro lado, no era extraño que un hombre virtuoso tuviera hijos mediocres o que un padre mediocre tuviera hijos virtuosos: ¿no vemos que los hijos de Policeto que tienen la misma edad que Xantipo y Paralos aquí presentes, no están a la altura de su padre, y que lo mismo sucede con muchos hijos de artistas? En cuanto a estos muchachos no debemos apresurarnos a condenarlos, aún no dieron todo lo que prometen, porque son jóvenes.

PLATÓN **Los misterios de la caverna**

El Diálogo de la caverna ha dado lugar a una gran cantidad de lecturas e interpretaciones: para algunos, el ejemplo de los hombres encadenados es una metáfora sobre la epistemología y las dificultades para aproximarse a la realidad que Platón colocaba más allá de nuestros sentidos; para otros, el diálogo es una alegoría sobre lo que ocurre con aquellos que han llegado más lejos para descubrir lo que está más allá de su cotidianidad.

La inclusión de un fragmento del Diálogo de la caverna en esta compilación obedece a ambas posiciones: en la argumentación que aquí se desarrolla encontramos el «pago» que tienen que realizar aquellos que se atrevieron a llegar más lejos, al tiempo que —gracias a un espléndido ejemplo— se muestran las dificultades que se tienen para acceder a un saber que, contra lo que se supone de manera común, está más allá de las apariencias y los sentidos.

Los misterios de la caverna

- Vamos a imaginar —dijo Sócrates— algunas personas viviendo en una caverna. La hendidura de esa caverna se abre a todo lo ancho y por ella entra la luz. Los hombres están ahí desde su infancia, presos por cadenas en las piernas y el cuello. Ellos no pueden moverse ni voltear la cabeza para atrás. Sólo pueden ver lo que pasa frente a ellos. La luz que llega al fondo de la caverna viene de una hoguera que está sobre un monte atrás de los prisioneros. Pues bien, entre ese fuego y los habitantes de la caverna imagina que existe un camino situado en un nivel más elevado. Al lado de ese pasaje se alza un pequeño muro, semejante a la mampara detrás de la cual acostumbran colocarse los presentadores de marionetas para exhibir sus muñecos en público.
- Estoy viendo —dijo Glauco.
- Ahora imagina que por ese camino, a lo largo del muro, las personas transportan objetos de todo tipo sobre la cabeza. Llevan estatuillas de figuras humanas y de animales, hechas de piedra, de madera o cualquier otro material. Naturalmente, los hombres que las cargan van conversando.
- Creo que todo esto es muy raro. Esos prisioneros que inventaste son muy extraños —dijo Glauco.
- Pues ellos se parecen a nosotros —comentó Sócrates—. Ahora dime: en una situación como ésta, ¿es posible que las personas hayan observado otra cosa diferente a las sombras que el fuego proyecta en la pared frente a ellos?
- ¡De hecho —dijo Glauco—, con la cabeza inmóvil por toda la vida realmente lo único que pueden ver son sombras!
- ¿Qué opinas? —preguntó Sócrates—, ¿qué pasaría con respecto a los objetos que pasan por encima del muro?

- ¡Pues lo mismo! ¡Los prisioneros sólo logran conocer sus sombras!
- Si ellos pudiesen platicar, estarían de acuerdo en que las sombras que estaban viendo eran objetos reales. Además, cuando alguien hablara allá arriba, los prisioneros pensarían que los sonidos eran emitidos por las sombras. En consecuencia, los habitantes de la caverna sólo pueden ver las sombras de los objetos fabricados.
- Es obvio.
- Piensa ahora en lo que sucedería si los hombres fueran liberados de las cadenas y descubrieran la ilusión que vivieron cuando eran cautivos. Si liberaran a uno de los presos y lo forzaran a levantarse y mirar hacia atrás, a caminar dentro de la caverna y mirar hacia la luz.
- Ofuscado, él sufriría, sin conseguir percibir los objetos de los cuales sólo había conocido las sombras. ¿Qué comentario haría si se le dijera que todo lo que había observado hasta aquel momento era falso y que, a partir de ese instante, más cerca de la realidad y de los objetos, podría ver con mayor perfección? ¿No te parece que se quedaría confundido si, después de señalarle cada una de las cosas que pasan a lo largo del muro, insistiera en preguntar qué es cada uno de aquellos objetos? ¿No crees que él diría que las visiones eran más verdaderas que las actuales?
- Sí —dijo Glauco—, lo que él había visto antes le parecería mucho más verdadero.
- ¿Y si forzaran a nuestro liberto a encarar la luz? ¿No crees que le dolerían los ojos y que, dando la espalda, huiría hacia aquellas cosas que era capaz de mirar, pensando que ellas son más reales que los objetos que le estaban mostrando?
- Exactamente —asintió Glauco.
- Supón entonces —continuó Sócrates— que el hombre fuera empujado fuera de la caverna, forzado a escalar la subida escarpada y que sólo fuera liberado cuando llegara al aire libre. Él quedará afligido y enojado porque lo arrastraron de aquella forma, ¿no es así? Allí, ofuscado por la luz del Sol, ¿tú crees que lograría distinguir una sola de las cosas que ahora llamamos verdaderas?
- No lo lograría, por lo menos de inmediato.
- Pienso que él necesitaría habituarse a mirar las cosas que existen en la parte superior. Al principio, vería mejor las sombras; en seguida, reflejada en las aguas, percibiría la imagen de los hombres y de Otros seres. Sólo más tarde lograría distinguir a los mismos seres. Después de pasar por esta experiencia, durante la noche, él estaría en condiciones de contemplar el cielo, la luz de los cuerpos celestes y la Luna con mucho mayor facilidad que el Sol y la luz del día.
- No podría ser de otra forma.
- Creo que por fin él sería capaz de mirar al Sol directamente, y no sólo reflejado en el agua. El vería al Sol en el cielo, tal como él es.
- Así lo creo —dijo Glauco.
- A partir de este momento el liberto descubriría que el Sol produce las estaciones y los años, y gobierna las cosas visibles. Percibiría que el Sol es la causa de todo lo que él y sus compañeros veían en la caverna. ¿No crees que, al recordar la antigua morada, los conocimientos que allá se producen ya sus antiguos compañeros de prisión, lamentaría la situación de ellos y se alegraría con el cambio?
- Con toda seguridad.
- Supongamos que los prisioneros se concedieran honores y elogios entre sí. Ellos darían recompensas al más astuto, a aquel que fuera capaz de prever el paso de las sombras. Glauco, ¿tú crees que el hombre liberado sentiría envidia de los prisioneros que fueran más honrados y poderosos? Por el contrario, como el personaje de Homero, ¿él prefirió pensar como pensaba antes y volver a vivir como había vivido antes?
- Del mismo modo que tú, él preferiría sufrir todo a vivir de esta manera.
- Imagina entonces que el hombre liberado regresa a la caverna y se sentara en su antiguo lugar. ¿Al retornar el Sol, él no quedaría temporalmente ciego en medio de las tinieblas?
- Sin duda.
- ¿Causaría la risa de sus compañeros que permanecieron presos en la caverna si tuviera que competir con ellos sobre la evaluación de las sombras? ¿Los prisioneros no dirían que la subida hacia el mundo exterior le había dañado la vista y que, por consiguiente, no valía la pena llegar hasta allá? Tú no crees que, si pudieran, ellos matarían a quien intentara liberarlos y conducirlos hasta lo alto.
- Con toda seguridad.
- Toda esta historia, querido Glauco, es una comparación entre lo que la vista nos revela y lo que se ve en la caverna; entre la luz del fuego que ilumina el interior de la prisión y la acción del Sol; entre el exterior de la caverna, junto con la contemplación de lo que allá existe, y entre el camino del alma en su

ascensión a lo inteligible. He aquí la explicación de la alegoría: en el mundo de las ideas, la idea del bien es aquella que se ve por último y a gran costo. Pero, una vez contemplada, esta idea se presenta al raciocinio como siendo, en definitiva, la causa de toda la rectitud y de toda la belleza. En el mundo visible, ella es la generadora de la luz y de lo soberano de la luz. En el mundo de las ideas, la propia idea del bien es la que da origen a la verdad ya la inteligencia. Considero que es necesario contemplarla, en caso de que se quiera actuar con sabiduría, tanto en la vida particular como en la política.

ARISTÓTELES

La virtud y el carácter

Uno de los problemas cruciales de la educación es el carácter de los alumnos. La necesidad de determinar cómo se comportarán ante distintas situaciones es prioritario para llevar a cabo el proceso educativo. Este problema fue abordado por Aristóteles en algunos fragmentos del Arte de la retórica, obra que —al igual que la mayor parte de los escritos de este filósofo— busca ser una relación exhaustiva de los hechos del mundo.

A siglos de distancia, las palabras del Estagirita podrían parecernos duras o lejanas del discurso «políticamente correcto» que caracteriza nuestro tiempo. Sin embargo, las ideas de Aristóteles son capaces de ahondar en las peculiaridades de las distintas épocas de la vida, para ofrecernos una manera de entender a los educandos.

Demos paso a este breve texto de Aristóteles y descubramos una visión esclarecedora sobre la juventud y los problemas que sólo el tiempo puede subsanar.

La virtud y el carácter

El carácter de los jóvenes. Los jóvenes son propensos a los deseos y por ello son capaces de hacer lo que quieren. Entre los deseos del cuerpo, la principal inclinación es para los deseos amorosos, pero no logran dominarlos.

Son inconstantes y se aburren de lo que desearon; si desean de manera intensa, muy rápido dejan de desear. Sus voluntades son violentas pero no duran.

Son coléricos, irritables y se dejan arrastrar por impulsos. Los domina la fogosidad; pues son ambiciosos, no toleran ser despreciados y se indignan cuando se asumen como víctimas de la injusticia. Les gustan los honores y la victoria, la juventud es ávida de superioridad y la victoria siempre constituye una especie de superioridad.

Sin embargo, su índole es más buena que mala por no haber presenciado muchas malas acciones. Son crédulos, pues todavía no han sido víctimas de muchos engaños. Están llenos de esperanzas prometedoras, pues aún no sufren muchos reveses. La mayor parte del tiempo viven de esperanzas porque éstas se refieren a] porvenir y casi nunca lo hacen de los recuerdos al pasado: para la juventud el porvenir es duradero y el pasado breve. En los primeros momentos de la vida no nos acordamos de nada, pero podemos esperar todo. Es fácil engañar a los jóvenes, pues todo lo esperan fácilmente.

Son más intrépidos por estar dispuestos a encolerizarse y son propensos a esperar el éxito de sus aventuras; la cólera hace que ignoren el temor, y la esperanza les infunde confianza.

De igual forma se les avergüenza, pues no sospechan que haya algo bello fuera de las prescripciones de la ley que fue su única educadora. Son magnánimos porque la vida aún no los envilece ni tuvieron la experiencia de las necesidades de la existencia. Por otra parte, se consideran dignos de hechos audaces. En la acción prefieren lo bello al útil, pues en la vida se dejan guiar por su temperamento y no por el cálculo. Les gustan los amigos porque sienten placer en sociedad y no están habituados a juzgar las cosas con el criterio del interés, ni a evaluar a los amigos con el mismo criterio.

¿Cometen faltas? estas son más graves y más violentas, pues a todo le dan un tono excesivo: aman con exceso, odian con exceso, y del mismo modo se comportan en todas las ocasiones. Piensan que lo saben todo

y defienden con valentía sus opiniones, lo que incluso es una manifestación de sus excesos. Las injusticias que cometen están inspiradas por la insolencia y no por la maldad. Son compasivos porque suponen que los hombres son virtuosos y mejores de lo que son. Su inocencia les sirve de patrón para contrastar la inocencia de los otros, imaginando siempre que éstos reciben un trato inmerecido. En fin, les gusta reír, y por ello bromean, porque la broma es una especie de insolencia delicada. Éste es el carácter de la juventud.

El carácter de los viejos. Los viejos y aquellos que rebasaron la flor de la edad ostentan caracteres casi opuestos a los jóvenes, como vivieron muchos años y sufrieron muchos desengaños y cometieron muchas faltas, y porque siempre se fracasa en los negocios humanos, avanzan con cautela y revelan menos fuerza de lo que deberían. Tienen opiniones, pero nunca seguridades. Indecisos, nunca dejan de aumentar a lo que dicen un «tal vez», o un «probablemente». Así se expresan siempre, nada afirman de manera categórica. Tienen mal carácter, son desconfiados, la experiencia les inspiró esa desconfianza. Se muestran apáticos en sus afectos y odios, y por eso aman como si un día debieran odiar y odian como si un día debieran amar. Son pusilánimes porque la vida los abatió; no desean nada extraordinario, únicamente lo suficiente para vivir. Son mezquinos porque los bienes son indispensables para vivir, pero también porque la experiencia les enseñó las dificultades para adquirirlos y la facilidad con la que se pierden. Son tímidos y todo les da miedo porque sus ánimos son contrarios a los de los jóvenes; están congelados por los años, mientras que los jóvenes son ardientes. Por eso la vejez abre el camino a la timidez, ya que el temor es como un resfriado. Están apegados a la vida, sobre todo cuando la muerte se aproxima, porque el deseo incide en aquello que nos falta y lo que nos falta es lo que más deseamos. Son egoístas, lo cual es señal de pusilanimidad. Sólo viven buscando lo útil, mas no el bien, y con ello también dan pruebas de exceso debido a su egoísmo, ya que lo útil es relativamente el bien para nosotros mismos, y lo honesto, el bien en sí.

Los viejos se inclinan por el cinismo y no por la vergüenza; como cuidan más de lo honesto que lo útil, desprecian lo que los otros dirán. Son poco propensos a esperar debido a su experiencia, pero la timidez colabora para ello. Viven de recuerdos más que de esperanzas, porque lo que les queda de vida es poca cosa en comparación con lo mucho que vivieron. Ésa es una de las razones por las que son tan habladores; pasan el tiempo martilleando con palabras los recuerdos del pasado; ése es el mayor placer que experimentan. Se irritan con facilidad, pero sin violencia; en cuanto a sus deseos, unos ya los abandonaron, otros están desprovistos de vigor. Por eso ya no están expuestos a los deseos que dejaron de estimularlos y los sustituyen por el amor de la ganancia. De ahí que se tenga la impresión de que los viejos están dotados de cierta sensatez; pero, en realidad, sus deseos se debilitaron, están esclavizados por la codicia.

En su manera de proceder, obedecen más al cálculo que a la índole natural. Cuando cometen injusticias, lo hacen con el fin de perjudicar, y no de mostrar insolencia.

Si los viejos son accesibles a la compasión, sus motivos son diferentes a los de la juventud; los jóvenes son compasivos por humildad, los viejos, por debilidad; piensan que todos los males están prestos a caer sobre ellos. De ahí viene el andar siempre lloriqueando y que no les guste ni bromear ni reír, pues la disposición para el lloriqueo es lo contrario a la jovialidad.

El carácter de la edad adulta. Los hombres, en la edad adulta, tendrán un carácter intermedio entre los que acabamos de estudiar, con la condición de suprimir el exceso que hay en unos y en otros. No mostrarán ni confianza excesiva, ni temores exagerados, se mantendrán en un justo medio relativo a esos dos extremos.

La confianza de ellos no es general, al igual que su desconfianza, y en sus juicios se inspiran en la verdad. No viven exclusivamente para lo bello, ni para lo útil, sino para uno y otro de igual forma. No se muestran mezquinos ni derrochadores, sino que en este asunto observan la medida justa.

Dígase lo mismo con relación al arrebató y al deseo. En ellos, la prudencia va acompañada de valor y moderación, mientras que entre los jóvenes y los viejos estas cualidades están separadas. En una palabra, todas las ventajas que la juventud y la vejez poseen de forma separada se encuentran reunidas en la edad adulta; donde los jóvenes y los viejos pecan por exceso o por falta, la edad madura da muestras de medida justa y adecuada. La edad madura para el cuerpo va de los treinta a los treinta y cinco años, para el alma, se sitúa alrededor de los cuarenta y nueve años.

Tales son los respectivos caracteres de la juventud, de la vejez y de la edad adulta.

CICERÓN **De la educación**

Cicerón es un personaje emblemático del mundo romano: su labor política, su dominio de la oratoria y las preocupaciones sobre el Estado, la moral y el buen rumbo de los hombres, lo han convertido en una suerte de paradigma de la época clásica.

Su figura —junto con la de Quintiliano— señala el rumbo de la educación en la antigua Roma. Sus propuestas, en las que se conjugan las preocupaciones sociales y políticas con el deseo de contribuir a la creación de mejores ciudadanos, continúan teniendo vigencia a pesar de haber sido escritas hace ya varios siglos.

Para esta compilación hemos seleccionado algunos fragmentos de las cartas que Cicerón escribió a su hijo con el fin de legarle una ruta segura hacia el bien. Estos pequeños textos —justo por lo antes señalado— se ocupan del papel que el deber juega en la vida cotidiana de los hombres.

De la educación

Decidí escribirte y comenzar con lo que sea mejor para tu edad y mi autoridad paterna. Entre los temas tratados por los filósofos no conozco nada extenso que las reglas y preceptos que nos transmitieron sobre los deberes.

Negocios públicos o privados, civiles o domésticos, acciones particulares o transacciones, *nada en nuestra vida escapa al deber: observarlo es honesto, y omitirlo deshonra*. Es por esto que la investigación sobre el deber es asunto común de los filósofos. ¿Cómo puede llamarse filósofo alguien que no sabe enseñar los deberes al hombre? Existen sistemas que, a pesar de definir el bien y el mal, desvirtúan la idea del deber. Quien no considera al bien como soberano, como algo independiente de la virtud, y que se basa en el interés y no en la honestidad, no podrá practicar la amistad, la justicia, o la caridad.

¿Qué se aleja del espíritu de quien considera al dolor como el mayor de los males? ¿Cuál es la sensatez que posee una persona que considera a la sensualidad como el bien supremo? Estas cosas tienen claridad y no requieren ser discutidas, por eso no las he debatido.

Para no desmentirse, muchas doctrinas no dicen nada sobre los deberes y por ello no se debe esperar de ellas preceptos sólidos, invariables; por ello, sólo valen las filosofías que ven en la honestidad el único bien, o como un bien preferible a los otros y buscado por sí mismo.

En este sentido seguiremos a los estoicos, pero sin servilismo y, como es nuestra costumbre, nos saciaremos en sus fuentes, pero no abdicaremos de nuestro punto de vista, juicio y arbitrio.

La naturaleza dio a todos los seres animados el instinto de conservación para defender la vida, para evitar lo que le perjudica, para procurar todo lo necesario para vivir: el alimento, el abrigo y otras cosas de ese género. El Creador dio a cada especie, por medio de los dos sexos, una atracción mutua que los lleva a la multiplicación y al cuidado de su prole. Sin embargo, existe una diferencia entre el hombre y el animal, pues éste sólo obedece a los sentidos, sólo vive el presente y no tiene ninguna sensación de pasado o futuro. El hombre, por el contrario, con la ayuda de la razón percibe las consecuencias, el origen, la marcha de las cosas, las compara unas con otras, vincula y une el futuro con el pasado; abarca de un vistazo el curso de su vida y se provee de lo necesario para iniciar una profesión.

La naturaleza recurre a la razón para aproximar a los hombres, haciéndolos conversar y vivir en común; inspirándoles especial ternura por los hijos, haciéndolos desear reunirse y permanecer en sociedad. Por tales razones, la naturaleza los anima a buscar lo necesario para la conservación y las comodidades de la vida, no solamente para sí mismos, sino para su mujer, sus hijos y para todos aquellos que ellos aman y deben proteger. Esos ciudadanos conservan el espíritu vivo, haciéndolos más capaces de actuar.

Pero es la búsqueda de la verdad lo que es propio del hombre. Así, aun después de librarnos ser de ciudadanos y los negocios, deseamos ver, entender, aprender; pensamos que el conocimiento de los secretos o de las maravillas de la naturaleza es indispensable para la felicidad; procuramos ver lo que es verdadero, sencillo y puro, y conveniente a la naturaleza del hombre.

En ese amor por la verdad encontramos cierta aspiración de independencia, haciendo que el hombre bien nacido no desee obedecer a nadie más que a quien lo instruye y dirige conforme a la justicia y las leyes; de ahí surge la grandeza del alma y el desprecio por las cosas humanas.

Nos sustenta el deseo de saber y conocer; nos encanta ser eminentes en la ciencia; ignorar, equivocarse, engañarse, ilusionarse, nos parecen acciones caracterizadas por la desgracia y la vergüenza.

Pero, en esta inclinación natural y honesta, es necesario evitar dos defectos: dar por conocidas las cosas desconocidas, haciendo afirmaciones temerarias (quien quiera evitar este defecto dará al examen de cada cosa el tiempo y cuidado necesario). El otro defecto consiste en poner mucha pasión y estudio en las cosas oscuras e innecesarias. Esos dos defectos, si se evitan, sólo merecen elogios por la aplicación y el trabajo que consagramos a las cosas honestas y útiles.

El mérito de la virtud está en la acción, pero hay intervalos que permiten regresar a los estudios o a la actividad del espíritu que nos impulsa, incluso en el trabajo, a mantenerlos sin intromisión. Además de eso, toda la actividad del espíritu tiene por objeto tomar resoluciones honestas sobre las cosas que contribuyen a la felicidad, o a las investigaciones científicas. Esto es lo que se debe observar en la primera fuente de nuestros deberes.

QUINTILIANO **Reconocer el talento**

Quintiliano es uno de los pedagogos romanos más importantes y sustentó sus ideas educativas en las aportaciones realizadas por Cicerón. Según Quintiliano, el fin del educadores la enseñanza de la virtud, al tiempo que señala que la educación debe realizarse en la escuela desde la infancia, concediendo gran importancia a la personalidad del educando y al conocimiento «psicológico» del mismo. Se opuso a los castigos corporales y afirmaba que el maestro debía emplear un sistema de recompensas positivas. Mantenía que las distintas disciplinas del saber están relacionadas entre sí, y que el niño no debía conocer sólo «la lectura, la escritura y la aritmética, sino también la poesía y la ciencia».

*De su principal obra, **De instituciones Oratoria**, misma que está dedicada a la formación de los oradores, hemos tomado un pequeño fragmento representativo de su pensamiento.*

- [1] Una vez que se ha llevado al niño ante su maestro, éste percibirá su inteligencia y carácter. En los niños, la memoria es el principal indicador de inteligencia y se revela por medio de dos cualidades: la primera es aprender fácilmente y recordar con fidelidad; y la otra es la imitación, la cual pronostica la aptitud para aprender, siempre y cuando el niño reproduzca aquello que se le enseña y no sólo recuerde un aspecto o algunos dichos ridículos.
- [2] No provoca esperanza un niño que, en su gusto por la imitación, sólo busca hacer reír. Es bueno aquel que es talentoso en la verdad: el bueno se alejará del lerdo.
- [3] El niño comprenderá sin dificultad aquellas cosas que se le enseñen y, algunas veces, también preguntará. Sin embargo, algunos infantes acompañarán más a los que corren por delante de sus mentores, estos espíritus jamás llegarán a la madurez.
- [4] Los espíritus inmaduros hacen cosas pequeñas y, guiados por la audacia, ostentan lo que pueden; su alcance se limita a lo inmediato; desfilan con aire intrépido, pero no van muy lejos, aunque caminan rápido.
- [5] En ellos no existe ninguna fuerza verdadera, ni se apoyan en raíces profundas; son como semillas esparcidas a flor de tierra, se disipan rápidamente y, como hierbas pequeñas, amarillan los frutos antes de la cosecha. Estas cosas agradan en la infancia, debido al contraste con la edad; pero después, este progreso se detiene y la admiración disminuye.

- [6] Tras estas consideraciones, el maestro descubrirá de qué modo debe ser tratado el espíritu del alumno. Existen algunos niños que se descuidan si no se insiste en su educación de manera incesante. Otros se indignan con las órdenes; el miedo detiene a algunos y enerva a otros; algunos sólo alcanzan el éxito gracias a un trabajo continuo; y en otros la violencia provoca resultados. Denme un niño al que le excite el elogio, que ame la gloria y llore si es vencido.
- [7] Este alumno será alimentado por la ambición, el regaño lo ofenderá y el honor lo excitará; nunca sospecharé pereza en su persona.
- [8] Sin embargo, se debe dar un descanso a todos, porque no hay alguien que pueda soportar un trabajo continuo; amén de esto, el trabajo tiene como principio la voluntad de aprender, la cual no puede ser impuesta.
- [9] Por esto, aquellos cuyas fuerzas están renovadas y bien dispuestas tienen más vigor y poseen un espíritu más vehemente para aprender, mientras que, casi siempre, se rebelan contra la coacción.
- [10] Entre los niños el gusto por el juego no me impresiona, es una señal de vivacidad. Tampoco esperaría que un niño triste muestre un espíritu activo para el estudio.
- [11] Es necesario que exista una medida para el descanso; si éste se niega surge el odio por el estudio, pero si se otorga en demasía da paso a la ociosidad. Existen algunos juegos para aguzar la inteligencia de los niños, los cuales no son inútiles siempre y cuando se propongan pequeños problemas.
- [12] Las costumbres también se manifiestan en los juegos, a tal grado que no parece existir una edad tan tierna en que no aprenda lo malo y lo bueno; incluso porque la edad más fácil para formar al niño es en la que no sabe simular y cede a los preceptos.
- [13] Siendo así, no hay que hacer nada con pasión o con impotencia. Siempre se debe tener en mente el consejo virgiliano: «en los primeros años el hábito tiene mucha fuerza».
- [14] No estoy en favor de que los niños sean castigados. En primer lugar, porque es bajo y vil, es una injuria, pues sería licito si se tratara de otra edad. Además de esto, si alguien tiene un sentimiento tan poco noble que no se corrija con una reprimenda, también resistirá los golpes como el más vil de los esclavos. Por último, no habrá necesidad de ese castigo, si al lado de los niños hay un asiduo asistente de estudios.
- [15] Pero hoy, la negligencia de los pedagogos parece estar presente entre los niños: no los obligan a hacer bien las cosas, y los castigan porque no lo hacen. Si coaccionas a un niño con golpes, ¿qué harás con el joven que no tendrá nada que temer, al tiempo que debe aprender cosas más importantes?
- [16] Sucederán muchas cosas vergonzosas y humillantes a los niños que son castigados: la vergüenza oprime el alma, la deprime, la lleva a huir y —sobre todo— a detestar la Luz.
- [17] Si fue mínimo el cuidado para elegir las costumbres diligentes y extraordinarias, es vergonzoso decir cuáles serán las acciones infames en las que caerán los hombres viles con derecho de castigar. Nadie debe tener demasiados derechos sobre una edad demasiado débil y expuesta a ultrajes.

TOMÁS DE AQUINO

De la educación

Tomás de Aquino es una de las figuras centrales de la filosofía y el pensamiento medieval. Los momentos más importantes de su vida se iniciaron cuando concluyó sus estudios en Monte Casino, y se matriculó en la Universidad de Nápoles para ingresar a la Orden de los Dominicos. Tras estos acontecimientos se trasladó a París, a fin de estudiar con Alberto Magno hasta alcanzar el título de magister theologiae. Tomás de Aquino es llamado Doctor angelicus y Doctor communis, así como Divus y Ángel de las Escuelas.

En el fragmento que hemos seleccionado de Tomás de Aquino —el cual fue escrito en el siglo XIII—, el Doctor angelicus se pregunta si la educación forma parte de la vida activa o la contemplativa. Este cuestionamiento —a pesar de tener una apariencia absolutamente medieval— tiene una gran vigencia para comprender el hecho educativo de nuestros tiempos.

De la educación

1. Problema: ¿Enseñar es un acto de la vida contemplativa o activa? Parece que corresponde a la contemplativa, pues, como dice Gregorio (en la *Homilía iii* sobre Ezequiel): «la vida activa acaba con el cuerpo». Pero tal cosa no sucede con la enseñanza, pues los ángeles, que no tienen cuerpo, enseñan. Por tanto, parece que la enseñanza pertenece a la vida contemplativa.
2. Como dice Gregorio sobre Ezequiel (*Homilía XIV*): «primero se practica la vida activa para posteriormente llegar a la contemplativa», pero la enseñanza se practica después de la contemplación. En consecuencia, enseñar no pertenece a la vida activa.
3. Sin embargo, en el mismo lugar, Gregorio dice que la vida activa tiene menos visión. Pero quien enseña debe ver más allá del mero contemplativo; de ahí que enseñar pertenece más a la vida contemplativa que a la activa.
4. Por el mismo atributo una cosa es perfecta en sí y comunica a los demás semejante perfección. Del mismo modo, es por el propio calor que el fuego es caliente y calienta. Pero, la perfección propia de una persona en relación con las cosas divinas pertenece a la vida contemplativa. Por consiguiente, la enseñanza, que es transfusión de la misma perfección en otra persona, también pertenece a la vida contemplativa.
5. La vida activa se ocupa de las cosas temporales. Pero la enseñanza versa sobre las cosas eternas cuya doctrina, por otra parte, es superior y perfecta. Por lo tanto, la enseñanza no pertenece a la vida activa, sino a la contemplativa.

Argumentos en favor de la primera

Pero en oposición a lo señalado está el dicho de Gregorio en la misma homilía: «la vida activa es dar el pan a quien tiene hambre y enseñar al ignorante el verbo de la sabiduría». Además, las obras de misericordia pertenecen a la vida activa. Pero enseñar está considerado entre las limosnas espirituales. Por consiguiente, pertenece a la vida activa.

Solución del problema

La vida contemplativa y la activa son diferentes por su esencia y objetivo. Las cosas temporales, objetos del acto humano, son materia de la vida activa; las razones cognoscibles de los seres son materia de la contemplativa. Esa diversidad material proviene de la variedad del objeto, pues, como en las otras cosas, también la materia se determina según las exigencias del fin.

El fin de la vida contemplativa, en el sentido en que ahora la tomamos, es la profundidad de la verdad. Por ésta, entiendo la verdad eterna al alcance de lo contemplativo, es decir, imperfectamente en esta vida, pero posible en la vida futura. De ello, Gregorio también dice (*Homilía XIV*) «que la vida contemplativa empieza aquí para ser completada en la otra vida».

La meta de la vida activa es el trabajo dirigido para el beneficio del prójimo.

Sin embargo, en el acto de enseñar encontramos una doble materia cuya señal es el doble acto acumulado por la enseñanza; pues una de sus materias es aquello mismo que se enseña, otra, la persona a quien se comunica la ciencia. Como argumento de la primera materia, el acto de enseñar pertenece a la vida contemplativa; como argumento de la segunda a la activa, pero como razonamiento del fin, parece pertenecer sólo a la vida activa, porque la última de sus materias, en que se alcanza el fin propuesto, es materia de la vida activa.

De ahí, aunque de cierto modo la enseñanza pertenezca a la vida contemplativa, participa, no obstante, más de la activa que de la contemplativa, como se deduce de lo antes dicho.

Respuesta a los argumentos contrarios a la solución

Al primero: La vida activa termina con el cuerpo, en tanto que ésta se practica trabajando y ampara las debilidades del prójimo, según dice Gregorio en el mismo lugar: «la vida activa es laboriosa porque hace sudar en el trabajo, dos cosas inexistentes en la vida futura». Sin embargo, no deja de haber acción jerárquica en los espíritus celestes, como Dionisio relata (capítulo 4 intitulado “Sobre la jerarquía celeste”); pero es otra acción, de forma diferente a la vida activa que llevamos ahora en esta vida. Por consiguiente, la enseñanza que allá existirá también es muy diferente a la instrucción en este mundo.

Al segundo: Gregorio dice en el fragmento citado: «como el buen orden de la vida consiste en dirigirse de la acción a la contemplación, muchas veces el espíritu, no sin provecho, regresa nuevamente de la contemplación a la acción para que ésta sea cumplida, gracias al fervor que la contemplación encendió en la mente.» Sin embargo, cabe advertir que, con respecto a los actos que no son de modo alguno útiles para la contemplativa, la activa la precede; pero para los actos que obtienen su materia de la contemplativa, es necesario que la activa sea posterior a la contemplativa.

Al tercero: La visión del docente es el principio de la doctrina; pero ésta consiste en comunicar la ciencia de las cosas antes que contemplarlas. De ahí que la visión del docente pertenezca más a la acción que a la contemplación.

Al cuarto: Este argumento prueba que la vida contemplativa es principio de la enseñanza, como del calor no es el propio calentar, sino su principio directivo. Contrariamente, la vida activa también orienta a la contemplativa.

Al quinto: La solución se deduce de lo antes mencionado, pues la enseñanza pertenece a la contemplativa como argumento de la primera materia, como se dijo a lo largo del artículo.

MONTAIGNE

Sobre la educación de los niños

Michel Eyquem señor de Montaigne es uno de los pensadores que cierran el Renacimiento. Su obra nace como resultado de una impresionante introspección que le llevó a escribir «Me estudio a mí mismo más que a ninguna otra cosa»; es coloquio con su yo profundo en busca de todos los temas y las preocupaciones que marcaron sus días.

Los ensayos de Montaigne, esencialmente autobiográficos, abordan un sinnúmero de temas, y uno de esos tópicos es la educación y el sistema escolar, sobre el cual nos ofrece una mirada que —a pesar de los casi quinientos años que nos separan de ella— no ha perdido su vigencia ni frescura.

Demos paso a las palabras de Montaigne, un «renacentista» que nos obliga a pensar y repensar el fenómeno educativo de nuestros tiempos.

Sobre la educación de los niños

En cuanto a quienes, según las costumbres, son encargados de instruir a varios espíritus diferentes por la inteligencia y el carácter, y dan a todos la misma lección y materia, no es de extrañar que sólo dos o tres obtienen el debido provecho de la enseñanza. Que no sólo se pida cuentas al niño de las palabras de la

lección, sino también de su sentido y aquello que se juzgue de provecho, no por el testimonio de la memoria sino por el de la vida.

Es necesario que el educador lo obligue a exponer de mil maneras y adecuar lo que aprende a otros tantos asuntos, a fin de comprobar si lo aprendió y asimilo, cotejando el progreso obtenido según los preceptos pedagógicos de Platón. Vomitar la carne tal y como fue engullida es señal de acidez estomacal e indigestión. El estómago no hace su trabajo mientras no cambie el aspecto y la forma de aquello que se le dio para digerir.

Todo se someterá al examen del niño y no se le meterá nada en la cabeza por autoridad y prestigio. Que ningún principio de Aristóteles, de los estoicos o de los epicúreos, sea su principio. Preséntensele todos en su diversidad y que el niño elija si puede. Y sino puede, se quede con la duda: sólo los locos están seguros de su opinión.

El provecho del estudio consiste en que mejoremos y seamos maduros. Epicarmo decía: «es la inteligencia la que ve y oye, es la inteligencia la que aprovecha todo, dispone todo, actúa, domina y reina. Todo lo demás es ciego, sordo y no tiene alma». Seguramente convertiremos al niño en servil y tímido si no le damos la oportunidad de hacer algo por sí mismo. ¿Quién preguntó a su discípulo qué opinión tiene de la retórica, la gramática o de tal o cual máxima de Cicerón? Nadie, pues los encargados de brindar enseñanza las meten en su memoria bien acomodadas, como vaticinios que deben repetirse al pie de la letra. Saber de memoria no es saber: es conservar lo que se entregó a la memoria para guardar. De lo que realmente sabemos disponemos sin ver el modelo, sin volver los ojos al libro. ¡Triste ciencia la que es puramente libresca! Que sirva de ornato pero no de fundamento, como piensa Platón, quien afirma que la firmeza, la buena fe y la sinceridad, son la verdadera filosofía, y que las otras ciencias, con otros fines, no son más que un brillo engañoso.

Generalmente se admite que el niño no debe ser educado junto a sus padres. Su afecto natural los entenece y los hace mucho menos rigurosos, incluso a los más precavidos. No son capaces de castigar al niño por sus maldades ni de ver que se le eduque de forma un poco severa como conviene, para prepararlo para las aventuras de la vida. No soportarían verlo llegar del ejercicio, sudado y cubierto de polvo, o verlo montado en un caballo brioso o empuñando el florete contra un hábil esgrimista, o dar por primera vez un tiro de arcabuz. Y, sin embargo, no hay otro camino: quien desee hacer del niño un hombre no debe ahorrar en la juventud ni dejar de aplicar los preceptos de los médicos: «que viva al aire libre y en medio de los peligros».

No basta fortalecerle el alma, también es necesario que desarrolle los músculos. El niño tendrá que esforzarse demasiado si completamente solo tiene que cumplir una doble tarea. Sé cuánto me cuesta la compañía del cuerpo tan frágil, tan sensible y que tanto confía en mí. Y muchas veces veo en mis lecturas que mis maestros en sus escritos ponen en evidencia hechos de valentía y firmeza de ánimo que provienen mucho más del espesor de la piel y la dureza de los huesos. Vi hombres, mujeres y niños de tal forma conformados que un bastonazo les duele menos de lo que a mí me duele un coscorrón; y no dicen nada cuando los golpean. Cuando los atletas imitan a los filósofos en paciencia, esto se debe atribuir más al vigor de los nervios que al del alma. El hábito del trabajo lleva al hábito del dolor: «el trabajo endurece para el dolor». Es necesario acostumar al joven a la fatiga y a la rudeza de los ejercicios con el propósito de que se prepare para soportar los dolores físicos, la luxación, los cólicos, los castigos, y hasta la prisión y la tortura, en las que el joven también puede caer en los tiempos actuales, que alcanzan tanto a buenos como a malos. Corremos el riesgo de caer en ellas. Todos los que combaten las leyes amenazan a los hombres de bien con el látigo y la soga.

Por otro lado, la presencia de los padres es nociva a la autoridad del preceptor, la cual debe ser soberana; y el respeto que le tienen los familiares, el conocimiento de la situación y de la influencia de su familia son, a mi juicio, de mucha conveniencia en la infancia.

En esa escuela del comercio a menudo noté un defecto: en lugar de aprender de los demás, nos esforzamos por hacernos conocidos y más nos cansamos en vender nuestra mercancía que en comprar otras nuevas.

El silencio y la modestia son cualidades muy estimadas en la conversación. Se enseñará al niño a mostrar su saber con parsimonia, cuando lo haya adquirido; a no escandalizarse con tonterías y mentiras que se digan en su presencia, pues es increíble e impertinente enfadarse con lo que no agrada. Que se contente con corregirse

a sí mismo y no parezca que censura a otros lo que él no hace, y que no contradiga los usos y costumbres: «se puede ser sabio sin arrogancia».

Es inconcebible que en nuestro tiempo la filosofía no sea, incluso para personas inteligentes, más que un nombre vano y fantástico, sin utilidad ni valor, en la teoría y la práctica. Creo que eso se debe a los raciocinios capciosos y enredados con los que le atestaron el camino. Se hace muy mal en describir al joven como inaccesible y en darle una fisonomía dura, huraña y temible. ¿Quién le puso tal máscara falsa, lívida, repugnante? Pues no hay nada más alegre, más vivo y diría casi más divertido. Tiene un aire festivo y jovial. No vive donde haya caras tristes y fruncidas.

Es probable que en esas condiciones nuestro joven será menos inútil que los demás. Pero como los pasos que damos cuando paseamos en una galería no nos causan tanto como lo hacemos por un camino fijo, aunque el primero sea tres veces mayor, así también nuestras lecciones dadas al acaso del momento y del lugar, y como intervalo de nuestras acciones, transcurrirán sin sentirlas. Los ejercicios y hasta los juegos, las carreras, la lucha, la música, la danza, la caza, la equitación, la esgrima constituirán buena parte del estudio. Quiero que la delicadeza, la civilidad, las buenas maneras se modelen al mismo tiempo que el espíritu, pues no es sólo un alma la que se educa, ni un cuerpo, es un hombre: es menester no separar las dos partes de un todo. Como dice Platón, es necesario no educar una sin la otra y sí conducir las al mismo tiempo, como un par de caballos atados al mismo carro. Y parece que hasta da más tiempo y atención a los ejercicios del cuerpo, pensando que el espíritu se ejercita al mismo tiempo, y no al contrario.

Sea como sea, para esa educación debe procederse con firmeza y ternura y no como se hace de costumbre. Pues como lo hacen actualmente, en lugar de que los jóvenes se interesen por las letras, nos enojan por la tontería y la crueldad. Háganse a un lado la violencia y la fuerza: según mi punto de vista, nada más que eso corrompe y embrutece a una naturaleza generosa. Si queréis que el joven tema a la vergüenza y al castigo no lo habituéis a éstos. Habituadlo al sudor y al frío, al viento, al Sol, a las casualidades que debe desdeñar; quitadle la pusilanimidad y el esmero en el vestir, en el dormir, en el comer y en el deber: acostumbradlo a todo. Que no sea un niño bonito y afeminado, sino sano y fuerte; trátese de un niño o de un anciano, siempre tuvo la misma forma de pensar al respecto.

Siempre me desagradó la disciplina rigurosa de la mayor parte de nuestros colegios. Serían menos perjudiciales si desviarán la disciplina hacia la indulgencia. Los colegios son verdaderas prisiones para el cautiverio de la juventud y la hacen cínica y libertina antes de que llegue a serlo. Ida ver esos colegios en las horas de estudio: sólo oíréis gritos de niños martirizados y de maestros iracundos. ¡Linda manera de despertar el interés por las lecciones en esas almas tiernas y tímidas, esa manera de darlas con el entrecejo fruncido y con el látigo en la mano! ¡Qué método más injusto y pernicioso!

Quintiliano advierte muy bien que una autoridad que se ejerce de modo tan tiránico conduce a las más nefastas consecuencias, principalmente por los castigos.¹ ¡Cómo serían mejores las clases si fueran esparcidas de flores y hojas y no de varas sanguinolentas! Me gustaría que fueran alfombradas de imágenes de alegría, de júbilo, de Fibra y de las Gracias, como mandó hacer en su escuela el filósofo Espeusipo. Donde está el provecho también está la diversión. Hay que poner azúcar en los alimentos útiles para el niño y hiel en los nocivos. Es admirable cómo Platón en sus *Leyes* se muestra preocupado por la alegría, por las diversiones de la juventud de la ciudad y cómo se demora en la recomendación por las carreras, los juegos, las canciones, los saltos y las danzas cuyo patrocinio y orientación se confiaron a los propios dioses: Apolo, las musas, Minerva. Se extiende en mil preceptos sobre los gimnasios, mientras que discurre poco acerca de las letras y parece no recomendar en especial a la poesía, a menos que esté musicalizada.

¡Al final de quince o dieciséis años compárese a nuestro joven con uno de esos latinistas del colegio que habrá pasado el mismo tiempo para aprender a hablar! El mundo es sólo habladoría y nunca vi a un hombre que no dijera más de la cuenta. Y en esto pasamos la mitad de la vida. Nos obligan durante cuatro o cinco años a aprender palabras y unirlas en frases, y otros tantos para componer un largo discurso en cuatro o cinco partes; y por lo menos cinco más para aprender a mezclarlas y combinarlas de manera rápida y más o menos sutil. Déjese eso a quien lo hace como profesión.

¹ Vid, en este volumen p. 50.

Si nuestro joven estuviera provisto de conocimientos reales, no le faltarán las palabras; y fluirán a la buena o a la mala. Hay quien se disculpe por no poder expresar las cosas bellas que desea tener en la cabeza y lamenta su falta de elocuencia para revelarlas: eso es mistificación. ¿Queréis saber lo que eso significa, según mi punto de vista? Es que entrevé algunas vagas concepciones que no tomaron cuerpo, que no puede desenredar y aclarar, y por consiguiente expresar. No se comprende a sí mismo. Contempladlo tartamudear, incapaz de parir, veréis luego que su dificultad no está en el parto sino en la concepción, pues aún anda lamiendo un embrión. Creo, y Sócrates lo dice formalmente, que quien tiene en el espíritu una idea clara y precisa siempre la puede expresar, ya sea de un modo o de otro, incluso con mímica si es mudo: «no fallan las palabras para lo que bien se concibe». Ahora bien, como dice otro, de forma igualmente poética aunque sea en prosa: «cuando las cosas se apoderan del espíritu las palabras fluyen»; o incluso: «las cosas atraen a las palabras». Puede ignorar ablativos, conjuntivos, sustantivos y gramáticas quien es dueño de su idea; es lo que se comprueba con un lacayo cualquiera o una prostituta del Petit Pont, que son capaces de complacerse en lo que queramos sin alejarse mucho más de las reglas de la lengua de lo que lo haría un bachiller de Francia. No saben retórica ni empiezan por captar la benevolencia del lector ingenuo y ni se preocupan por eso. Realmente, todos esos bellos adornos desaparecen ante el brillo de una verdad sencilla y natural. Esos requiebros sirven sólo para divertir al vulgo incapaz de escoger un alimento más sustancial y fino, como Merlo demuestra claramente en *Tácito*.

MARTIN LUTERO

Hasta los animales instruyen a sus crías

Martín Lutero, a partir de su replanteamiento del cristianismo, no sólo abrió nuevas maneras de pensar y vivir la relación del hombre con la divinidad, sino que también contribuyó a la creación de una distinta manera de aproximarse a la vida.

Con el surgimiento de las ideas protestantes, el trabajo dejó de ser visto como una «maldición divina» y se convirtió en un medio para alcanzar la plenitud. Este «simple» cambio transformó por completo las visiones que sobre la educación se tenían hasta ese momento. A raíz del nacimiento del protestantismo, el trabajo y la educación se convirtieron en ejes de la sociedad.

Por esta razón no resulta extraño que convoquemos a Martín Lutero a esta discusión sobre el sentido que posee la educación, gracias a él nos acercaremos a la primera y más importante defensa de la necesidad de educar a los pequeños desde la perspectiva protestante.

Hasta los animales instruyen a sus crías

Realmente es un pecado y una vergüenza que tengamos que ser estimulados e incitados para educar a nuestros niños y considerar sus intereses como los más sublimes, pues nuestra naturaleza nos debería impulsar a eso, y en este sentido el ejemplo de los brutos nos proporciona una variada instrucción. No hay animal irracional que no cuide e instruya a su cría en lo que debe saber, con excepción del avestruz, de quien Dios dice: «ella (la hembra del avestruz) pone sus huevos en la tierra y los calienta en la arena; y es dura con sus polluelos, como si no fueran de ella». ¿De qué serviría si poseyéramos y realizáramos todo lo demás y nos convirtiéramos en santos perfectos, si descuidáramos aquello por lo que vivimos, esto es, cuidar de los jóvenes? En mi opinión no hay ninguna otra ofensa visible que, a los ojos de Dios, sea un fardo tan pesado para el mundo y merezca castigo tan duro como la negligencia en la educación de los niños.

Los padres descuidan ese deber por varios motivos. En primer lugar, hay algunos con tamaña falta de piedad y honestidad que no cumplirían ese deber incluso si pudieran, pero, al igual que la hembra del avestruz, tienen corazón duro para su propia prole y no hacen nada por ella. En segundo lugar, la gran mayoría de los padres no está calificada para eso y no comprende cómo se debe criar y enseñar a los niños. En tercer lugar, aunque los padres estuvieran calificados y estuvieran dispuestos ellos mismos para educar, a causa de otras ocupaciones y deberes no tienen tiempo para hacerlo, de modo que la necesidad exige que tengamos profesores para las escuelas públicas, a menos que cada progenitor emplee a un instructor particular.

Por lo tanto, será deber de los prefectos y los consejeros tener el mayor cuidado con los jóvenes. Dado que la felicidad, honra y vida de esta ciudad están en sus manos, ellos serían considerados cobardes delante de Dios y del mundo en caso de que no buscaran con todo su esfuerzo el bienestar y progreso de la ciudad.

¿Pero si vamos a tener escuelas, y tenemos que tenerlas, qué utilidad tiene enseñar latín, griego, hebreo y Otras artes liberales? ¿No basta enseñar las Escrituras, que son necesarias para la salvación, en la lengua materna? A lo que respondo: desafortunadamente, sé que, nosotros, alemanes, permaneceremos para siempre brutos irracionales, como merecidamente somos llamados por naciones vecinas. Pero me pregunto por qué no decimos también: ¿qué utilidad tienen para nosotros la seda, el vino, las especias y otros artículos extranjeros, dado que nosotros mismos poseemos una abundancia de vino, trigo, lana, lino, madera y piedra en los estados alemanes, no sólo para nuestras necesidades, sino también para embellecimiento y adorno? Estamos dispuestos a despreciar las lenguas y otras artes liberales que no sólo son inocuas sino también un adorno, un beneficio y honra mayores que esas cosas, tanto para la comprensión de las Sagradas Escrituras como para el desempeño del gobierno civil; y no estamos dispuestos a renunciar a los artículos extranjeros que no son ni necesarios ni útiles y que, además de eso, nos empobrecen considerablemente. ¿No es justo que seamos llamados bestias y brutos alemanes?

En verdad, aunque las lenguas no trajeran algún beneficio práctico, deberíamos sentir algún interés por ellas por ser un maravilloso don de Dios, con el cual Él bendijo a Alemania casi más que a cualquier otra tierra. No encontramos muchos ejemplos de casos en que Satanás las haya protegido en las universidades y claustros; por el contrario, esas instituciones acometieron ferozmente contra ellas y siguen haciéndolo. Pues el demonio sintió el peligro que amenazaría su remo en caso de que las lenguas fueran estudiadas por todos. No obstante, dado que él no podía impedir totalmente el cultivo de las lenguas, pretende, por lo menos, confinarlas a límites tan estrechos que por sí mismas irán a declinar y caer en desuso.

J. AMÓS COMENIO

Principios para una educación realista

Juan Amós Comenio (1592-1670) escribió una enorme cantidad de libros y opúsculos, y compiló léxicos y enciclopedias que abarcan casi todas las ramas del saber de su época. Sus obras más importantes son de carácter pedagógico, destacando la Didáctica Magna, que circuló manuscrita en lengua checa y después en latín, y no se imprimió sino hasta 1657 en Amsterdam como parte de la Opera didáctica omnia, y el Pansophiae prodromus.

Su vida fue una sucesión interrumpida de catástrofes nacionales y familiares, peregrinaciones, fugas, desastres e incendios en los que perdió manuscritos y apuntes. No obstante, su actividad fue incesante y le ganó la admiración de la Europa no católica.

El fundamento de la pedagogía comeniana es religioso, de una religiosidad abierta que recoge los más fecundos motivos renacentistas y de la nueva mentalidad científica inaugurada por Francis Bacon.

Principios para una educación realista

[1] La naturaleza observa un ritmo adecuado. Por ejemplo: un pájaro que desee multiplicar su especie no lo hace en invierno cuando todo está rígido y frío, ni en el verano cuando todo está quemado y marchito por el calor; tampoco escoge el otoño, cuando la fuerza vital de todas las criaturas decae con los rayos cada vez más débiles del Sol y un nuevo invierno de apariencia hostil se aproxima, sino que escoge la primavera cuando el Sol devuelve vida y fuerza a todos.

Aquí también el proceso está conformado por varias etapas. Mientras hace filo, el pájaro forma los huevos y los calienta en su cuerpo, donde están protegidos del frío; cuando el aire se calienta, los pone en el nido, pero no los termina de empollar sino que espera la llegada de la estación de calor para que los polluelos puedan acostumbrarse a la luz y al calor gradualmente.

En franca oposición frontal a este principio, en las escuelas se cometen dos errores:

- No se selecciona el tiempo correcto para los ejercicios mentales.
- No se dividen los ejercicios de manera apropiada, de modo que todo progreso pueda hacerse a través de varias etapas necesarias, sin ninguna omisión. Mientras el niño es pequeño no se le puede enseñar, porque las raíces de su comprensión aún se encuentran muy abajo de la superficie. Cuando envejece es demasiado tarde para enseñarle porque el intelecto y la memoria ya están fallando...

Por eso concluimos que:

- La educación de los hombres debe empezar en la primavera de la vida, es decir, en la infancia (pues la infancia es el equivalente a la primavera, la juventud al verano, la edad adulta al otoño y la vejez al invierno).
 - Las horas matinales son las más adecuadas para el estudio (pues aquí la mañana es el equivalente a la primavera, el mediodía al verano, la tarde al otoño y la noche al invierno).
 - Todos los asuntos por aprender deben organizarse de manera tal que sean adecuados a la edad de los estudiantes, a fin de no se les haga aprender algo que esté más allá de su comprensión.
- [2] La naturaleza prepara el material antes de empezar a darle forma. Por ejemplo: el pájaro que desea producir una criatura semejante a él mismo concibe, en primer lugar, el embrión con una gota de su sangre; enseguida, prepara el nido donde pondrá los huevos.

Por eso es necesario:

- Que se mantengan a la mano los libros y materiales necesarios para la enseñanza.
 - Que primero se enseñe la comprensión en relación con los objetos y después se enseñe su expresión en forma de lenguaje.
 - Que la lengua sea aprendida de una gramática, pero de autores apropiados.
 - Que el conocimiento de las cosas preceda al conocimiento de sus combinaciones.
 - Y que los ejemplos vengan antes que las reglas.
- 3] La naturaleza escoge de manera adecuada sobre lo que actuará, o lo somete a un tratamiento apropiado para convertirlo en adecuado. Por ejemplo: un pájaro no coloca ningún objeto en el nido donde está, a menos que sea un objeto en el que se puedan empollar los huevos. Así sea una piedrita, o cualquier otra cosa, el pájaro la saca por no ser útil. Pero cuando ocurre el proceso de empolladura, el pájaro calienta el material contenido en el huevo y cuida de él hasta que el polluelo salga del cascarón. Las escuelas violan ese principio, no porque incluyan a los que tienen bajo intelecto (pues, en nuestra opinión, todos deben ser admitidos en las escuelas), sino porque:

- Esas nuevas plantas no son transplantadas al jardín; es decir, no son confiadas totalmente a las escuelas de manera que nadie que vaya a ser entrenado para ser un hombre tiene permiso de dejar el local de trabajo hasta que su entrenamiento termine.
- Generalmente se hace el intento de colocar el injerto más noble del conocimiento, la virtud y la piedad, demasiado temprano, antes de que el mismo tallo haya echado raíces; es decir, antes de haber provocado el deseo de aprender en aquellos que no tienen ninguna tendencia natural en ese sentido.
- Las ramas ladronas, o aquellas que chupan la raíz, no son removidas antes de hacer el injerto, es decir, las mentes no están libres de todas las tendencias ociosas por el hecho de estar habituadas a la disciplina y al orden.

Por eso, es deseable:

- Que todos los que entran a la escuela perseveren en sus estudios.
- Que, antes de introducirse en cualquier estudio especial, la mente del estudiante sea preparada para eso y se la haga receptiva.
- Que todos los obstáculos sean eliminados del camino de las escuelas. «Pues de nada sirve dar preceptos», dice Séneca, «a menos que los obstáculos que existen en el camino sean eliminados».

- [4] La naturaleza no es confusa en sus operaciones, pero en su progreso avanza de forma diferente de un punto a otro. Debemos aplazar el estudio del griego hasta que se haya dominado el latín, pues es imposible concentrar la mente cuando ésta tiene que ocuparse de varias cosas al mismo tiempo.

Aquel gran hombre, José Escalígero, tenía mucha conciencia de todo eso. Se cuenta sobre él que (tal vez por consejo de su papá) nunca se ocupó de más de una rama del conocimiento al mismo tiempo y concentraba todas sus energías en la que se ocupaba en ese momento. Fue por eso que él pudo dominar no sólo catorce lenguas, sino todas las artes y ciencias que están al alcance del hombre. Se dedicó a ellas una tras otra con tal éxito que en cada tema su cultura rebasaba la de hombres que habían dado su vida por ellas. Y aquellos que intentaron seguir sus pasos e imitar su método lo hicieron con éxito considerable. En consecuencia, las escuelas deberían ser organizadas de tal forma que el estudiante se ocupara sólo de una materia de estudio a la vez.

- [5] En todas las operaciones de la naturaleza el desarrollo se hace de dentro hacia afuera. Por ejemplo: en el caso del pájaro, no son las garras, las plumas o la piel las que se forman primero, sino las partes internas; las partes externas se forman más tarde, en el momento apropiado. Del mismo modo, el jardinero no pone el injerto en la corteza externa ni en la capa exterior de la madera, sino que hace una incisión en la médula y empuja el injerto hacia adentro lo más que pueda. Eso significa que el estudiante «debería, primero, comprender las cosas y enseguida recordarlas y que el profesor debería estar consciente de todos los métodos de conocimiento.»

- [6] La naturaleza, en su proceso formativo, empieza por lo universal y termina con lo particular. Por ejemplo: un pájaro se produce de un huevo. No es la cabeza, el ojo, una pluma o una garra la que se forma en primer lugar, sino que ocurre el proceso que a continuación se describe. Se calienta todo el huevo, el calor produce movimientos, y ese movimiento genera un sistema de venas que esbozan la forma del pájaro entero (definiendo las partes que se transformarán en cabeza, plumas, patas, etc.). Hasta que este esbozo esté completo no se llevarán a cabo las partes individuales. Un artista procede de la misma forma. No empieza dibujando una oreja, un ojo, una nariz o una boca, primero hace un esbozo al carbón del rostro o de todo el cuerpo. Si considera que ese esbozo se asemeja al original, lo pinta con ligeras pinceladas, omitiendo aún todos los detalles. Al final agrega la luz y la sombra y, usando una variedad de colores, termina las diferentes partes en detalle. Eso significa:

- Cada lengua, ciencia o arte debe ser enseñado primero en sus elementos más sencillos, para que el estudiante pueda obtener una idea general sobre ello.
- Después se puede desarrollar más su conocimiento presentándosele reglas y ejemplos.
- En seguida se puede permitir al estudiante aprender la materia de manera sistemática, con acepciones e irregularidades.
- En último lugar, se le puede hacer un comentario, aunque sólo cuando fuera absolutamente necesario, puesto que aquel que dominó por completo un asunto desde el inicio tendrá poca necesidad de comentarios, estando en poco tiempo en posición de escribir él mismo uno propio.

- [7] La naturaleza no da saltos, prosigue paso a paso. Por lo tanto resulta:

- Que todos los estudios deben ser cuidadosamente graduados en diferentes clases, de tal forma que los que vienen primero puedan preparar el camino para los que vienen después, y orientarlos.
- Que el tiempo debe ser dividido cuidadosamente, de manera que cada año, mes, día y hora pueda tener determinada su tarea.
- Que la división del tiempo y las materias del estudio deben ser rigurosamente respetados, para que no se omita ni deforme nada.

- [8] Si la naturaleza empieza cualquier cosa, no la abandona hasta que la operación queda concluida. Resulta, por lo tanto:

- Que aquel que es enviado a la escuela debe ser mantenido en ella hasta convertirse en alguien bien informado, virtuoso y piadoso.

- Que la escuela debe estar situada en un lugar tranquilo, lejos del ruido y de las distracciones.
- Que lo que tenga que ser hecho, de acuerdo con el tema de estudio, se haga sin pretexto.
- Que ningún muchacho, bajo ninguna excusa, tenga permiso de alejarse o faltar a las clases.

[9] La naturaleza evita cuidadosamente los obstáculos y las cosas que tengan probabilidad de causar daño. Por ejemplo, cuando un pájaro está empollando huevos, no permite que un viento frío, ni mucho menos que la lluvia o el granizo los alcance. También ahuyenta a las cobras, las aves de rapiña, etcétera.

De la misma forma el constructor, en la medida de lo posible, mantiene secos su madera, sus tabiques y cal, y no permite que lo que construye sea destruido o se desmorone. Así también el pintor protege un cuadro recién pintado del viento, el calor violento y el polvo, y no permite que cualquier otra mano además de la suya lo toque.

El jardinero también protege una planta nueva cercándola con estacas u otro obstáculo para que las liebres o cabras no la coman o arranquen.

Por eso es una locura presentar a un estudiante puntos controvertidos cuando él está apenas empezando una materia; es decir, permitir a una mente que está dominando algo nuevo asumir una actitud de duda. ¿Qué es eso sino arrancar una planta que está empezando a echar raíces? Es justo lo que Hugo dice: «aquel que empieza por las investigaciones de puntos dudosos nunca entrará en el templo de la sabiduría»: pero es exactamente eso lo que ocurre si los jóvenes no son protegidos de libros incorrectos, intrincados y mal escritos, así como de malas compañías. Las escuelas deben tener cuidado:

- Para que los estudiantes no reciban cualquier tipo de libros, a no ser aquellos adecuados para sus clases.
- Que esos libros sean de tal especie que puedan ser llamados, con justicia, fuentes de sabiduría, virtud y piedad.
- Que los estudiantes no tengan permiso de mezclarse con malos compañeros ni en la escuela ni en proximidades.
- Si se observaran todas esas recomendaciones, sería casi imposible que las escuelas fracasaran en lograr su objetivo.

JOHN LOCKE **Dos textos sobre educación**

John Locke, David Hume y René Descartes marcan el inicio del pensamiento moderno. A partir de las ideas de estos filósofos el mundo nunca volvería a ser visto de la misma manera: la ciencia, el fin de las monarquías, el surgimiento del maquinismo y la fe en el progreso están, de una u otra forma, atados a los planteamientos de estos filósofos.

En este sentido, la inclusión de dos bravísimos textos de Locke en esta compilación no sólo tiene por objeto mostrar a uno de los «creadores» de la modernidad, sino que sus palabras también nos acercan a un ideal educativo distinto y distante de los paradigmas que hablan determinado el fin de la educación.

Así pues, demos paso a las ideas de Locke y asomémonos —aunque sea de manera breve— a uno de los pensamientos que transformaron nuestra concepción del mundo.

El autocontrol

El gran error que observé en la educación de los hijos es que no se cuida lo suficiente de ese aspecto en la época debida, no se hace que la mente obedezca a la disciplina ni sea dócil a la razón, mientras que, al inicio, era más tierna, más fácilmente doblegada. Los padres, al recibir sabiamente la orden de la naturaleza en el sentido de amar a sus hijos, tienen gran tendencia —si la razón no observa muy atentamente su afección natural— a dejar que la afección tome cuenta de todo. Aman a sus hijos, y éste es su deber, pero, con frecuencia, también aman sus errores. Naturalmente, no se debe molestar a los hijos, se les debe permitir que

actúen según su voluntad en todo, y como los niños no son capaces de cometer grandes faltas, sus padres piensan que pueden, con bastante seguridad, perdonar sus pequeñas irregularidades y divertirse con aquella graciosa maldad, la cual es considerada muy adecuada en esa edad inocente. Pero Solón respondió muy bien a un padre amoroso que no deseaba que su hijo fuera corregido por una broma malvada, alegando que era un asunto sin importancia: «sí, pero el hábito tiene gran importancia».

El amor del docente

La gran habilidad de un profesor reside en obtener y mantener la atención de su alumno; mientras tenga eso, tendrá la seguridad de progresar tan rápidamente como la capacidad del alumno lo permita: y, sin eso, toda su urgencia y entusiasmo tendrán poco o ningún propósito (por grande que sea la utilidad de lo que enseña); asimismo, que el profesor haga ver al alumno que con lo que aprendió éste puede hacer algo de lo que antes no era capaz, algo que le dé cierto poder y ventaja real sobre los demás que desconocen el mismo asunto. A todo eso, el profesor debe agregar amabilidad a todas sus clases, y por medio de cierta ternura en su actitud, dejar percibir al niño que es amado y que el profesor no tiene otra intención que no sea el bien del niño; ésta es la única manera de crear amor en el niño, lo cual hará que ponga atención a las clases y sienta placer por lo que el profesor le enseña.

J. J. ROUSSEAU El hombre nace bueno

Jean Jacques Rousseau es una de las figuras que marcan al Siglo de las Luces. No sólo participó en el proyecto de la Enciclopedia, sino que también realizó importantes aportaciones en distintos campos del saber. Su pedagogía fue el primer intento —radical y apasionado— de oposición a las ideas educativas de su época. De tal manera que su obra Emilio —de la que a continuación presentamos un breve fragmento— se convirtió en el manifiesto del nuevo pensamiento pedagógico.

Con Emilio, Rousseau pretendía probar que «todo lo que sale de las manos del Creador de la naturaleza es bueno, pero todo se degenera en las manos del hombre». Por esta razón, a lo largo de su obra, Rousseau abogó en favor de dar al niño la posibilidad de un desarrollo libre y espontáneo: la educación no debía tener por objeto la preparación con miras al futuro, ni modelar a los educandos para determinados fines; sólo debía ser un ejercicio de libertad y espontaneísmo.

El hombre nace bueno

Todo lo que sale de las manos del Creador de la naturaleza es bueno, pero, todo se degenera en las manos del hombre. Él obliga a la tierra a nutrir las producciones de otra tierra, a un árbol a dar frutos de otro; mezcla y altera los climas, las estaciones; mutila a su perro, a su caballo, a su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; ama la deformidad, los monstruos; no quiere nada como lo hizo la naturaleza, ni siquiera al hombre: tiene que adiestrarlo para sí mismo, como un caballo de picadero; tiene que moldearlo a su manera como un árbol de su jardín.

Sin eso, todo iría de mal en peor y nuestra especie no debe de ser formada sólo a medias. En el estado en que ya se encuentran las cosas, un hombre abandonado a sí mismo desde su nacimiento sería el más desfigurado de todos. Los prejuicios, la autoridad, la necesidad, el ejemplo, todas las instituciones sociales a las que nos encontramos sometidos, asfixiarían en él la naturaleza y no pondrían nada en su lugar. Ella —la naturaleza— sería como un arbusto que la casualidad hizo nacer en medio del camino y que los paseantes luego matarán, golpeándolo por todos lados y doblándolo en todos los sentidos...

Nacemos débiles, necesitamos fuerza; nacemos desprovistos de todo, necesitamos protección; nacemos estúpidos, necesitamos ser juiciosos. Todo lo que no tenemos al nacer y que necesitamos como adultos, la educación nos lo da.

Esa educación proviene de la naturaleza, de los hombres o las cosas. El desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos es la educación de la naturaleza; el uso que nos enseñan a hacer de ese

desarrollo es la educación de los hombres; y las ganancias de nuestra propia experiencia sobre los objetos que nos afectan es la educación de las cosas.

Por consiguiente, cada uno de nosotros es formado por tres especies de maestros. El alumno, en quien se contradicen las diversas lecciones de esos maestros, está mal educado y nunca estará de acuerdo consigo mismo; aquel alumno en quien todas las lecciones tienen por objeto los mismos puntos y tienden hacia los mismos fines, sólo va al objetivo y lo vive en consecuencia. Solamente ése está bien educado.

Pero, de esas tres diferentes educaciones, la de la naturaleza no depende de nosotros; la de las cosas depende sólo en ciertos aspectos. La de los hombres es la única de la que realmente somos señores y aun así sólo lo somos por suposición, pues, ¿quién puede esperar dirigir completamente las palabras y las acciones de todos los que rodean a un niño?

Nacemos sensibles y desde nuestro nacimiento los objetos que nos rodean nos incomodan de diversas formas. Apenas tomamos, por así decirlo, conciencia de nuestras sensaciones y nos disponemos a buscar los objetos que las producen o huimos de ellos, primero si las sensaciones son agradables o desagradables, después de acuerdo con la conveniencia o la inconveniencia que encontramos entre esos objetos y nosotros, y, finalmente, según los juicios que hacemos de ellos en relación con la idea de felicidad o perfección que la razón nos da. Esas disposiciones se extienden y se afirman en la medida en que nos hacemos más sensibles y lúcidos; pero, apenados por nuestros hábitos, ellas se alteran más o menos bajo la influencia de nuestras opiniones. Antes de esa alteración, ellas son en nosotros aquello que se llamó naturaleza.

Así pues, todo debería referirse a esas disposiciones primitivas; y eso sería posible si nuestras tres educaciones fueran diferentes, ¿pero qué hacer cuando son opuestas; cuando, en vez de educar a un hombre para sí mismo se quiere educarlo para otros? Entonces el acierto resulta imposible. Forzado a combatir la naturaleza o las instituciones, es necesario optar entre hacer un hombre o un ciudadano, pues no se puede hacer uno y otro al mismo tiempo.

Toda sociedad parcial, cuando está restringida y bien unida, lo enajena. Todo patriota es duro con los extranjeros: solamente son hombres. No son nada bajo sus ojos. Tal inconveniente es inevitable, pero es débil. Lo esencial es ser bueno con la gente con la que se vive. Con los de fuera el espartano era ambicioso, avaro, injusto; pero el desinterés, la equidad, la concordia reinaban dentro de los muros de su ciudad. Desconfiad de esos cosmopolitas que van a buscar en sus libros los deberes que desdeñan cumplir en relación con los suyos. Tal o cual filósofo ama a los tártaros, para ser disculpado de amar a sus vecinos.

El hombre natural es todo para él; es la unidad numérica, el absoluto total que no tiene otra relación que no sea consigo mismo o con sus semejantes. El hombre civil —en cambio— no pasa de una unidad fraccionaria unida al denominador y cuyo valor está en relación con el todo, que es el cuerpo social. Las buenas instituciones sociales son las que mejor saben desnaturalizar al hombre, quitarle su existencia absoluta para darle otra relativa y colocar él yo en la unidad común, de modo que cada particular deje de considerar el ser uno, que se sienta una parte de la unidad, y sólo sea pierda o que tu anciano se arrastre a fin de que el barco no vaya a la deriva antes de que te des cuenta.

En el orden social en que todos los lugares están marcados, cada uno debe de ser educado para el suyo. Si un individuo, formado para el suyo, sale de él, no sirve para otra cosa. La educación sólo es útil en la medida en que su carrera esté de acuerdo con la vocación de los padres; en cualquier otro caso ella es no viva para el alumno, aunque sea sólo en virtud de los prejuicios que le da. En Egipto, donde el hijo era obligado a seguir la profesión del padre, la educación tenía, un fin verdadero. Pero, entre nosotros, cuando las situaciones existen y los hombres cambian sin cesar de estado, nadie sabe si educando al hijo para lo suyo, no trabaja contra él.

En el orden natural, al ser todos los hombres iguales, su vocación común es el estado de hombre; y quien sea bien educado para ello, no puede actuar mal con los que se relacionan con él. Que mi alumno se dedique a la carrera militar, a la eclesiástica o a la abogacía, poco me importa. Antes de la vocación de los padres, la naturaleza lo llama para la vida humana. Vivir es el oficio que le quiero enseñar. Saliendo de mis manos, él no será, estoy de acuerdo, ni magistrado, ni soldado, ni cura; será un hombre. Todo lo que un hombre debe

ser, él lo sensible al todo. Un ciudadano de Roma no era Cayo ni Lucio, era un romano; amaba realmente una patria exclusivamente suya. Régulo pretendía ser cartaginés, como si se hubiera convertido en propiedad de sus señores. En su calidad de extranjero, rechazaba ocupar un lugar en el Senado de Roma; fue necesario que un cartaginés lo ordenara. Le indignaba que le quisieran salvar la vida. Venció y regresó triunfante para morir en el suplicio.

Queda al final la educación doméstica o de la naturaleza, pero, ¿qué será para los demás un hombre sólo educado para sí mismo? Si el doble objetivo que se propone, por ventura pudiera reunirse en uno solo, eliminando las contradicciones del hombre, se eliminaría un gran obstáculo para su felicidad.

Para juzgar, ha sido necesario verlo completamente formado; ha sido necesario haber observado sus tendencias y visto sus progresos, acompañando su evolución; en pocas palabras, ha sido necesario conocer al hombre natural.

Para formar ese hombre raro, ¿qué debemos hacer? Mucho: impedir que no se haga nada. Cuando sólo se trata de ir contra el viento, se bordea, pero si el mar está agitado y no se quiere salir del lugar, basta arrojar el anda. Ten cuidado, joven piloto, para que el cabo no se sabrá si es necesario y por más que el destino lo haga cambiar de situación él siempre estará en su lugar.

Nuestro verdadero estudio es el de la condición humana. Quien entre nosotros mejor sabe soportar los bienes y los males de esta vida es, a mi ver, el mejor educado; de ahí proviene que la verdadera educación consista menos en preceptos que en ejercicios. Empezamos a instruirnos al empezar a vivir; nuestra educación empieza con nosotros; nuestro primer precepto es nuestra nana. Por eso, esta palabra educación tenía, entre los antiguos, un sentido diferente al que hoy le damos: significaba alimento.

Así, la educación, la institución y la instrucción son tres cosas tan diferentes en su objeto cuando al gobernante, al preceptor y al maestro. Pero tales distinciones son mal comprendidas y para que el niño sea bien orientado debe seguir a un solo guía.

Por lo tanto, es necesario generalizar nuestros puntos de vista y considerar en nuestro alumno el hombre abstracto, el hombre expuesto a todos los accidentes de la vida humana. Si los hombres nacieran arraigados al suelo de un país, si la misma estación durara todo el año, si cada cual se aferrara a su destino de manera que nunca pudiera cambiar, la práctica establecida sería buena hasta cierto punto; el niño educado para su condición no podría ser expuesto a los inconvenientes de otra. Pero, dada la movilidad de las cosas humanas, dado el espíritu inquieto y agitado de este siglo que transforma todo a cada generación, ¿se podrá concebir un método más insensato que el de educar a un niño no dejándolo salir nunca de su cuarto y estando rodeado siempre de los suyos? Si el infeliz da un solo paso en la tierra, si baja sólo un escalón está perdido. Eso no es enseñarle a soportar el dolor, es ejercitarlo a sentirlo.

Sólo se piensa en conservar al niño; pero esto no basta, se le debe enseñar a conservarse siendo un hombre, a soportar los golpes de suerte, a enfrentar la opulencia y la miseria, a vivir, si es necesario, en los hielos de Islandia o en el risco escaldante de Malta. Por más precauciones que toméis para que no muera, tendrá que morir, aunque su muerte no fuera obra de vuestros cuidados, aun así éstos son mal entendidos. Se trata menos de impedir que muera, que de hacerlo vivir. Vivir no es respirar; es actuar; es hacer uso de nuestros órganos, de nuestros sentidos, de nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan el sentimiento de nuestra existencia. El hombre que más vive no es aquel que tiene más años sino el que más siente la vida.

JOSEF VAZQUEZ
Los eruditos a la violeta

La vida y los hechos de Josef Vázquez forman parte de un territorio casi desconocido. Sabemos que este personaje vivió en la Nueva España a finales del siglo xviii, y que fue autor de un extraño libro publicado en la imprenta de Eulalia Piferrer en 1782: Los eruditos a la violeta o curso completo de todas las ciencias dividido en siete lecciones para los siete días de la semana. Esta obra —más allá de su barroquísimo título— era una gran burla sobre la educación de su época, no en vano Josef Vázquez ofrecía su libro «en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco».

Al igual que en otros de los textos incluidos en esta compilación, las palabras de Josef Vázquez pueden parecernos lejanas, estamos a casi tres siglos de distancia de ellas, pero con cada una de sus afirmaciones y burlas nos sitúa ante un espejo que magnifica nuestras miserias educativas.

Los eruditos a la violeta

Así como el río al llegar cerca del mar se hace más ancho y profundo, muestra más mezcladas sus aguas, admite más peces, y lleva con más fuerzas los buques; así también, mi lección, será más dilatada, más llena de ciencia, más abundante de especies varias, llevará mayor erudición, y destruirá con más fortaleza las objeciones de la ignorancia. Permitidme que os llame a la memoria el asunto de mis lecciones pasadas, aunque sea necedad hablar dos veces de una misma cosa: el lunes aplaudí la excelencia de nuestro siglo, sobre los pasados y futuros: en esto seguí la loable costumbre de los nuestros, que lo hacen con frecuencia y satisfacción, para ahorrar este trabajo a la posteridad, que tal vez tendrá otras cosas que hacer. En el mismo día os di un pleno conocimiento de las ciencias, su objeto y su utilidad; también señalé las cualidades que debe tener quien aspire a estudiar con provecho este curso, no queriendo admitir a mi escuela hebdomadal (¡qué poco os esperabais este terminillo!), a los que muestren esta natural disposición. ¿De qué me servirían unos hombres que para averiguar una cita se están con los codos compenetrados con el bufete horas y más horas; o aquellos que para adelantar en público una proposición, abren diez libros, preguntan a veinte doctos, y gastan cuarenta noches en rumiarse la especie, y aun después de esto la profieren con modestia y desconfianza? De nada servirían sino para entristecer mi academia, de lo que Dios nos defienda.

El *martes* os dije más de lo necesario; estuve superabundante en las materias poéticas y en la oratoria; ya fe que me quedó cansada la cabeza. El *miércoles* os enseñé todos los misterios de la filosofía de antaño y hogaño, de aquende y allende. ¡Pero qué bien! El *jueves* dije bravas cosas del derecho de gentes, y de la naturaleza; y cuidado ¡qué estuve precioso! El *viernes* os enseñé teología, y a fe que dije cosas estupendas. Ayer *sábado* hablé de matemáticas; y a la verdad, con gran solidez. Hoy *domingo*, después de encargaros que repaséis las lecciones de los anteriores días, algunas veces mientras os cepillan el vestido, o mientras arriman el coche, os digo que no basta el profundo conocimiento que os he inoculado (¡qué alusión a las viruelas!) con sumo método y primor; se ha hecho indispensable una tintura menos sólida de otras facultades y noticias, como son las siguientes:

Historia, Lenguas vivas, Blasón, Música, Viajes, Crítica

Si yo me hallará en vuestro pellejo, me sería fácil adquirir la fama de hombre incomparable en la ciencia histórica; no por cierto, por leer la Biblia, los *Varones* de Plutarco, los *Anales* de Tácito, la *Historia de los Cesares* por Suetonio, Dionisio Halicarnaso, y otras de estas autoridades entre las antiguas, la universal de Rolin, las de las Españas, por Mariana, Garibai, Ferreras, Herrera, Zurita, Bernal Díaz del Castillo, Solís, Inca, y otros varios; la de la Gran Bretaña por Hume, la de Francia por el padre Daniel, y las de los demás países por sus autores más célebres; en ninguno de estos prolijos escritos, ni siquiera el universal compendiador, el presidente don Hainault, y sus imitadores, que han reducido los anales de todos los pueblos del mundo a unos cortos compendios cronológicos. Nada menos que eso. Os haréis insignes, con decir que es corto el trecho que hay de la fábula más ridícula, a la historia más estudiada.

Repetid, que poca fe dais al Alejandro de Quinto Curcio, y al Cortés de Solís, como al Aquiles de Homero. Esto se llama destruir el edificio por el cimiento, y caminar con paso gigantesco al templo de la singularidad, deidad no conocida de los romanos. Pero como muchas veces los auditorios son como los niños, que si no

comen han de jugar, y si no juegan han de comer, tomad los apresados compendios, que en pocas hojas os dirán cuanto ha pasado.

Las lenguas vivas forman un renglón muy importante de la educación y la erudición. Os pido encarecidamente no toméis este estudio de veras; porque esto de aplicarse a la francesa, inglesa, italiana, y alemana, pide cuatro vidas; y más si os detuvierais en aprenderlas de raíz; esto es, su origen, variaciones, índole, abundancia o pobreza, progresos, relaciones, usos. Basta qué sepáis del francés lo preciso para leer algunos libritos que no parecen sino de azúcar, mazapán y caramelo. Del italiano lo suficiente para entender las arias que cante alguna dama. Del inglés decid que es lengua de pájaros; que tiene pocas reglas; que suelen poner la señal del genitivo, dativo y ablativo al fin de la oración: que en sus poemas parten sus palabras por medio, cuando lo necesitan, como el albañil parte su ladrillo para embutirlo en pared. Del alemán decid que es lengua muy áspera, pero alabad su antigüedad. Si decís que de vuestra lengua todas las palabras que empiezan con al, como alcahuete, alcalde, alcuza, alameda y otros, son arábigos, os tendrán por intérprete general; y tendréis los votos de todos, *nullo discrepante*, para archiveros de la torre de Babel.

En todo esto no hallo más que un sólo y leve inconveniente, a saber, que con el imperfecto conocimiento de tantos idiomas olvidéis el de vuestro mismo país; pero despreciad este escrupulillo, con el consuelo de que muchos retacitos de varias lenguas hacen un idioma entero, porque muchos poquitos hacen un cirio pascual. Quejaos muchas veces de la pobreza del castellano, y decid que Carlos V fue un majadero en publicar que este idioma era el mejor para hablar con Dios, sin duda porque creyó hallar en él mucha majestad, abundancia, dulzura y energía. Decid que no tenemos en español palabra que signifique las siguientes francesas, *papillotage*, *coqueterie*, *perfiilage*, y otras varias de esta importancia; ni las inglesas *rake*, *freethinker*. Irritaos cuanto puede un sabio contra los españoles, que pretende ser su idioma capaz de todas las hermosuras imaginables: que con este motivo citan pasajes de sus autores antiguos que ya no entendemos, y que se oponen a la entrada de todo barbarismo, o voz extranjera, como si fuera un ejército moro que desembarcará en la costa de Granada.

Como quiera que habéis de procurar comer siempre con grandes, embajadores y poderosos, tomad alguna noticia de blasón; sabed lo que es gules, sinople, suportes, saja, timbre, armiño, gefe, punta, costado, pasante, rampante, cuarteles, y otras voces que parecen de magia negra, y cuatro o cinco retazos de blasón; y hablando de vuestra casa decid, mi escudo es de cuatro cuarteles, primero y cuarto al campo de gules, un león rampante de oro, coronado de plata; y el segundo y tercero sinople un águila imperial de plata, coronada de oro, oria de oro y ocho armiños, tres en gefe, dos en costado y tres en punta, suportado de dos ángeles, carnación, con dalmática azul, sembrado de leones de oro, por timbre un camello y un elefante de plata con bandera de armiño, y por mote o grito. ¡Qué pesados! U otra serie de desatinos semejantes, porqué ¿quién os ha de entender? Tened presentes unas cuantas genealogías libres de polvo y paja; y encajad su grano a celemines, que no faltará jumento que lo trague.

De la música hay mucho que hablar. Exclamad que la buena se aniquiló. ¿Dónde hallaremos, diréis, aquella composición que hacía tan maravillosos efectos, como la historia nos cuenta? Esto vendrá mal, o habéis dicho que toda historia es fábula; y os tendrán por inconsecuentes; pero esto se reduce a dejar pasar algún intervalo considerable de una conversación a otra, como seis o siete minutos. ¿Dónde hallaremos, diréis, aquellos efectos prodigiosos que causaban los tonos antiguamente de este o del otro modo combinados y modulados? ¿Qué músico moderno italiano o alemán hará hacer al gran visir de los turcos los excesos que Timoteo hizo hacer a Alejandro, a quien dominaba tanto con la música, que le hacía pasar del odio a la ternura, de la ternura al rencor, del rencor a la piedad, y así por todas las demás pasiones humanas? En ninguna parte. Nuestra música está toda reducida a cuatro cláusulas amorosas o furiosas, sin conexión, modulación, ni dominación sobre el alma: ni el *Stabat mater* de Pergolese, ni las tonadillas de Mison son capaces de mover una tecla de las infinitas que tiene el buen templado órgano del corazón humano.

El renglón solo de viajes es una Babilonia; ¡pero lo que puede el método! En un tris os sacaré del apuro. O habéis de viajar en cuerpo y alma, o leer los viajes que andan impresos. Si viajáis efectivamente, guardaos bien de seguir el método que prescribe el adjunto papel, en que me trajeron envueltos unos bizcochos de la confitería, y era del tenor siguiente.

Instrucciones

Dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes

Antes de viajar y registrar los países extranjeros, sería ridículo y absurdo que no conocieras tu misma tierra empieza, pues, por leer la historia de España, los anales de estas provincias, su situación, producto, clima, progresos y atrasos, comercio, agricultura, población, leyes, costumbres, usos de sus habitantes; y después de hechas estas observaciones, apuntadas las reflexiones que de ellas te ocurran, y tomando pleno conocimiento de esta península, entra por la puerta de los Pirineos en Europa: nota la población, cultura, y amenidad de la Francia, el canal con que tu mayor rey ligó el Mediterráneo al océano: las antigüedades de sus provincias meridionales, la industria y comercio de León y otras ciudades, y llega a su capital: no te dejes alucinar del exterior de algunos jóvenes intrépidos, ignorantes y poco racionales. Éstos agravian a sus paisanos de mayor mérito: busca a éstos, y los hallarás prontos a acompañarte e instruirte, y hacerte provechosa su esencia en París, que con otros compañeros te sería perjudicial en extremo.

Después que escribas cada noche lo que en cada día hayas notado de sus tribunales, academias y policía, dedica pocos días a ver también lo ameno y divertido, para no ignorar lo que son sus palacios, jardines y teatros, pero con discreción, que será honrosa para ti y para tus paisanos. Después encamínate hacia Londres, pasando por Flandes, de cuya provincia cada ciudad muestra una historia para un buen español: nota la fertilidad de aquellas provincias y la docilidad de sus habitantes, que aún conservan algún amor a sus antiguos hermanos los españoles.

En Londres se te ofrece mucho que estudiar Aquel gobierno compuesto de mucho; aquel tesón en su marina y comercio, aquel estímulo para las ciencias y oficios; aquellas juntas de sabios; la altura a que llegan los hombres grandes en cualesquiera facultades y artes, hasta tener túmulos en el mismo templo que sus reyes, y otra infinidad de renglones de igual importancia; ocuparán dignamente el precioso tiempo, que sin estos estudios desperdiciarías de un modo lastimoso en la crápula y libertinaje (palabras que no conocieron mis abuelos, y celebraré que ignoren tus nietos). Además de estos dos reyes, no olvides las cortes del norte y toda la Italia, notando en ella las reliquias de su venerable antigüedad, y sus progresos modernos en varias artes liberales; indaga la causa de tu actual enfado respecto del antiguo, en que dominó al orbe desde el capitolio: después restitúyete a España, ofrécete al servicio de tu patria; y si aun así fuese corto tu mérito o fortuna para colocarte, cástate en tu provincia con alguna mujer honrada y virtuosa, y pasa una vida tanto más feliz, cuanto más tranquila en el centro de tus estudios y en el seno de tu familia, a quien dejarás suficiente caudal con el ejemplo de tu virtud. Esta misma herencia he procurado dejarte con unas cortas posesiones vinculadas por mis abuelos, y regadas primero con la sangre que derramaron alegres en defensa de la patria y servicio del Rey.

Aquí estaba roto el manuscrito, gracias a Dios, porque yo me iba durmiendo con la lectura, como habrá sucedido a todos vosotros y a cualquiera hombre de buen gusto, bello espíritu y brillante conversación. De otro cuño es la moneda con que quiero enriqueceros en punto de viajes; y así dando a la adjunta instrucción el uso más bajo que podáis, tomad la siguiente.

- Primo: no sepáis una palabra de España, y si es tanta vuestra desgracia que sepáis algo, olvidadlo, por amor de Dios, luego que toquéis la falda de los Pirineos.
- Segundo: id como bala salida del cañón, desde Bayona a París, y luego que lleguéis, juntad un consejo íntimo de peluqueros, sastres, bañadores y con justa docilidad entregaos en tus manos, para que os apulan, labren, acicalen, compongan y hagan hombres de una vez.
- Tercero: luego que estáis bien pulidos y hechos hombres nuevos, presentaos en los paseos, teatros y otros pasajes, afectando un aire francés que os caerá perfectamente.
- Cuarto: después que os hartáis de París, o París se harte de vosotros, que creo más inmediato, idos a Londres. A vuestra llegada os aconsejo dejéis todo el exterior contraído en París, porque os podrá costar caro el afectar mucho galicismo. En Londres os entregaréis a todo genero de libertad, y volved al continente para correr la posta por Alemania e Italia.
- Quinto: volveréis a entrar en España con algún extraño vestido, peinado, tonillo y gesto, pero sobre todo haciendo tantos ascos y gestos como si entraréis en un bosque o desierto. Preguntad cómo se llama el

pan y agua en castellano, y no habléis de cosa alguna de las que Dios crió de este lado de los Pirineos por acá. De vinos, alabad los del Rin, de Caballos, los de Dinamarca, y así de los demás renglones, y seréis hombres maravillosos, estupendos, admirables y dignos de haber nacido en otro clima.

La crítica es, digámoslo así, la política de la república literaria. Es la que inspecciona lo bueno y lo malo que se introduce en su dominio. Por consiguiente, los que ejercen esta dignidad, debieran ser unos sujetos de conocido talento, erudición, madurez, imparcialidad y juicio, pero sería corto el número de los candidatos para tan apreciable empleo, y son muchos los que lo codician por el atractivo de sus privilegios, inmunidad y representación.

Meteos a críticos de bote y boleo. Tomad sin más ni más este encargo, que os acreditará en breve con la confianza que os habrá inspirado este curso; arrojaos sobre cuantas obras os salgan al camino, o id a su encuentro como Don Quijote en busca de los encantadores, y observad las siguientes reglas de crítica a la Violeta.

- Primero: despreciad todo lo antiguo, o todo lo moderno: Escoged uno de estos dictámenes, y seguidlo sistemáticamente; pero las voces modernas y antiguas, no tengan en vuestros labios sentido determinado: no fijáis jamás la época de la muerte o nacimiento de lo bueno, ni de lo malo. Si os hacéis *philoantiguos* (palabritas de la fábrica de casa, hecha de géneros latino y griego), aborreced todo lo moderno sin excepción: las *Obras* de Feijoo os parezcan tan despreciables como los *Romances* de Francisco Estevan. Si os hacéis *philomoderno* (palabra prima hermana de la otra), abominad con igual rencor de todo lo antiguo, y no hagáis distinción entre una arenga de Demóstenes y un cuento de viejas.
- Segundo: con igual discernimiento escogeréis entre nuestra literatura y la extranjera. Si, como es más natural, escogéis todo lo extranjero, y desheredáis lo patriota, comprad cuatro libros franceses que hablen de nosotros peor que de los negros de Angola, y arrojad rayos, truenos, centellas y granizo, y aun haced caer lluvias de sangre sobre todas las obras, cuyos autores hayan tenido la grande y nunca bastantemente llorada desgracia de ser paisanos de los Sénecas, Quintilianos, Marciales, etcétera.
- Tercero: no pequéis Contra estos dos mandamientos, haciendo, como algunos, igual aprecio de todo lo bueno y desprecio de todo lo malo, sin preguntar en qué país y siglo se publicó.
- Cuarto: cualquier libro que os citen, decid que ya lo habéis leído y examinado.
- Quinto: Alabad mutuamente los unos las obras de los otros; viceversa, mirad con ceño todo lo que no esté en vuestra matrícula.
- Sexto: de antigüedades, como monedas, inscripciones, etc. Y de historia natural, facultades menos cursadas en España, apenas necesitáis saber más que los nombres, cuando no, diccionarios, compendios y ensayos hay en el mundo.

Conclusión

Cumplí mi promesa. llené mi objeto: seréis felices si os aprovecháis de mi método, erudición y enseñanza, para mostraros completos eruditos a la violeta.

JOHANN FRIEDRICH HERBART **Cómo enseñar**

A partir de la modernidad y el Siglo de las Luces, la pedagogía vivió una época de profundas transformaciones: las ideas de Locke, Rousseau y Otros pensadores buscaban replantear la educación de su tiempo. En este contexto, Johann Friedrich Herbart nos ofrece una propuesta sumamente interesante: por una parte aboga —como buen representante de la modernidad— en favor de una educación «científica», al tiempo que supone que todos los procesos educativos confluyen en la construcción de la moral.

De esta manera, sus experiencias —mismas que se fundaban en los primeros desarrollos de la psicología— conducían a una nueva manera de plantear el desarrollo de las actividades docentes, la cual, de una u otra forma, ha permanecido hasta nuestros días. Demos paso a uno de los creadores de la pedagogía científica: Johann Friedrich Herbart.

Cómo enseñar

Existen maestros que atribuyen mayor valor al análisis minucioso de lo pequeño y lo mínimo, y hacen que los alumnos repitan de igual modo aquello que dijeron. Otros prefieren enseñar en forma de conversación y también conceden a sus discípulos mucha libertad de expresión. Hay otros que exigen los pensamientos capitales con una precisión completa y una conexión prescrita. Por último, algunos se ejercitan autónomamente en la reflexión ordenada.

De esto pueden nacer diferentes formas de enseñanza, pero no es necesario que predominen, como es costumbre, unas y se excluyan las otras; lo que se debe preguntar es si cada una presta algún servicio a la educación múltiple. Pues cuando se tiene que aprender mucho es necesario el análisis para no caer en la confusión. Ésta puede empezar por la conversación, proseguir resaltando los pensamientos principales y concluir con una autorreflexión ordenada: *claridad, asociación, sistema, método*.

En un estudio más detenido se observa que estas formas de enseñanza no deben excluirse, y sí seguirse unas a otras en cada círculo de objetos de enseñanza, porque, en primer lugar, el principiante sólo puede avanzar lentamente; los pasos menos son para él los más seguros; ha de detenerse en cada punto lo necesario para comprender lo particular, y durante esa parada debe dirigir a este realce sus pensamientos. Por eso, al inicio, el arte de enseñar depende de que el maestro sepa descomponer el objeto en sus partes menores, para no dar saltos inconscientemente.

En un segundo momento, en lo referente a la asociación, ésta, principalmente al inicio, no puede realizarse sólo de un modo sistemático. En el sistema cada punto tiene su lugar determinado: este lugar está unido a los otros puntos próximos y separado de los puntos alejados a los cuales se une por puntos intermedios; la forma de unión tampoco es siempre la misma. Además de eso, un sistema no sólo debe ser aprendido, sino también empleado, aplicado y muchas veces completado con nuevas adiciones que deben ser introducidas en los lugares correspondientes. Esto exige habilidad para activar las ideas partiendo de un punto a otro. Por estas razones, un sistema debe ser en parte preparado y ejercitado. La preparación reside en la asociación, a ésta tiene que seguir el ejercicio de reflexión metódica. Al principio —mientras el problema principal sea la claridad de lo particular— convienen las palabras breves y lo más inteligibles posible; y será oportuno hacer que algunos alumnos (no todos) las repitan con frecuencia después de haberlas pronunciado (la pronunciación simultánea y rítmica de todos los alumnos fue intentada con éxito en algunas escuelas y puede convenir de vez en cuando en los primeros grados de la instrucción de los niños pequeños).

Para la asociación, el mejor es esta conversación libre, porque con ella el alumno encuentra la oportunidad de investigar, modificar y multiplicar los enlaces casuales de las ideas, en la forma más cómoda y más fácil para él, y de apropiarse, a su manera, de lo ya aprendido. Con esto se evita el cansancio que se origina del simple aprender sistemático. Por el contrario, el sistema exige una exposición más coherente, y en él se ha de separar cuidadosamente el tiempo de la exposición del dedicado a la repetición. Resaltando los pensamientos capitales, el sistema revelará las ventajas del conocimiento ordenado y aumentará ampliamente la suma de los conocimientos. Los alumnos no saben apreciar ninguna de las dos cosas cuando se inicia prematuramente la exposición sistemática. Ellos adquirirán la práctica de la reflexión metódica.

HERBERT SPENCER **El conocimiento más valioso**

A mediados del siglo XIX Europa se encontraba frente a los primeros resultados de la modernidad: la revolución industrial avanzaba a pasos agigantados, las ciencias se desarrollaban con gran velocidad y, aunado a ello, surgían o se consolidaban nuevas interpretaciones sobre el mundo, tal es el caso de las propuestas de Comte y Darwin.

En este momento de ebullición maquinista y científica aparece Herbert Spencer, quien en su obra Educación intelectual, moral y física hizo una apuesta en favor de una pedagogía utilitaria: para él, la educación sólo tenía sentido en la medida en que contribuía a la conservación y mejora de los individuos, las familias y la sociedad: el fin de la pedagogía era otorgar a los hombres todo aquello que requirieran a fin de que

avanzaran e hicieran avanzar a nuestra especie. Veamos ahora algunos de los planteamientos de Spencer en su obra Educación intelectual, moral y física.

El conocimiento más valioso

El primer paso que se debe dar está en la clasificación, por orden de importancia, de los géneros principales de la actividad que constituyen la vida del hombre.

Pueden enunciarse naturalmente de la siguiente forma: [1] actividades que contribuyen directamente a la conservación; [2] actividades que, garantizando las cosas necesarias para la vida, contribuyen indirectamente a la propia conservación; [3] actividades que tienen por objetivo la educación y disciplina de los hijos; [4] actividades relativas a nuestro procedimiento social y nuestras relaciones políticas; y [5] actividades que llenan el resto de la vida, consagradas a la satisfacción de los gustos y de los sentimientos.

No requerimos de largas consideraciones para demostrarnos que éste es, aproximadamente, el orden al que debemos sujetar aquella subordinación. Las acciones y precauciones por las cuales garantizamos nuestra conservación personal, deben ocupar el primer lugar.

Así para la pregunta que formulamos —¿cuáles son los conocimientos de mayor valor?— existe una respuesta uniforme: la ciencia. Es el *verdictum* para todas las interrogantes. Para la propia conservación, es decir, la conservación de la vida y la salud, el conocimiento más importante es la ciencia. Para la propia conservación indirecta, o ganarse la vida, la ciencia también es el conocimiento de mayor valor.

Para el justo desempeño de las funciones de familia la guía más adecuada sólo se encuentra en la ciencia. Para la interpretación de la vida nacional, en el pasado y en el presente, sin la cual el ciudadano no puede regularizar su proceder, la clave indispensable es la ciencia. Para la producción más perfecta y para los gozos del arte en todas sus formas, la preparación imprescindible también es la ciencia, y para los fines de la disciplina intelectual, moral y religiosa, el estudio más eficaz es, una vez más, la ciencia.

La pregunta que al principio nos pareció tan embarazosa se hizo, después de nuestra investigación, relativamente sencilla. Si calculamos los grados de importancia de los diferentes órdenes de la actividad humana y el mérito de los diversos estudios relacionados con ella, vemos que el estudio de la ciencia, en su significado más alto, es la mejor preparación para todos esos órdenes de actividad. No debemos juzgar entre las pretensiones de los conocimientos de mayor valor, aunque sean convencionales, y las de los conocimientos de menor valor, a pesar de que sea intrínseco; los conocimientos que prueban tener más valor son aquellos que tienen mayor valor intrínseco y su mérito no depende de la opinión.

Necesarias y eternas, como son sus verdades, todas las ciencias interesan por cierto tiempo a toda la humanidad. En el presente, así como en el futuro más lejano, debe ser de máxima importancia para la regularización de su proceder que los hombres estudien la ciencia de la vida física, intelectual y social, y que consideren todas las otras ciencias como la clave para la ciencia de la vida. Este estudio, trascendental por su importancia, es aquel que, en un siglo en que tanto se exalta la educación, menos atención nos merece. Cuando aquello que llamamos civilización no se puede obtener de ningún modo sin la ciencia, ésta constituye un elemento apreciable en la enseñanza de nuestras sociedades civilizadas.

En el progreso de la ciencia debemos encontrar alimento para millones de individuos donde antaño sólo había para unos miles; sin embargo, de esos millones sólo unos miles rinden homenaje a aquello que les hizo posible la existencia. A pesar de que el conocimiento progresivo de las propiedades y las relaciones de las cosas no sólo faculta a las tribus errantes para convertirse en naciones populosas, sino que da comodidades y placeres a miembros incontables de esas populosas naciones, este género de estudios ahora sólo recibe un aplauso regateado en nuestros institutos de la más alta educación.

Nuestra emancipación de las más burdas supersticiones se debe al lento y progresivo conocimiento de las secuencias de los fenómenos y del establecimiento de las leyes invariables. Si no fuera por la ciencia, hasta la fecha adoraríamos fetiches y con hecatombes rendiríamos culto a las divinidades diabólicas. Sin embargo, esa ciencia que, en lugar de habernos dado las más degradantes concepciones de las cosas, nos dio una gran

visión sobre las grandezas de la creación, es considerada por nuestras teologías como enemiga y fulminada desde lo alto de nuestros púlpitos.

Parafraseando una fábula oriental, podemos decir que en la familia de los conocimientos, la ciencia es la mujer hogareña, casera, que en la oscuridad oculta perfecciones ignoradas. A ella se le encomiendan todos los trabajos: gracias a su pericia, a su inteligencia y a su dedicación se han obtenido todas las comodidades y los placeres, y mientras trabaja incesantemente por todas las demás, se mantiene en el último plano para que sus hermanas puedan ostentar sus oropeles ante los ojos del mundo. La comparación puede ser llevada aun más lejos, a medida que caminamos hacia el desenlace, las posiciones van cambiando; y mientras esas hermanas altivas caen en el merecido desprecio, la ciencia, proclamada como la más alta en valor y belleza, reinará suprema.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Leer y escribir

Nietzsche es uno de los filósofos más polémicos de la historia occidental: ha tenido más jueces que lectores y su obra —lamentablemente— se ha vinculado con algunos de los momentos de mayor barbarie en el siglo XX. Sin embargo, este pensador está mucho más allá de cualquier simplificación: su obra es una búsqueda en lo más profundo del hombre.

Convocar su presencia en esta compilación —salvando las posibles suspicacias— abre la posibilidad de asomarnos a una lectura de la educación que rompe y se aleja de las anteriores visiones, a fin de sumergirse en las gélidas aguas del vitalismo. Leamos a Nietzsche y descubramos un planteamiento distante de los lugares comunes y que nos enfrenta con un compromiso personal de endurecimiento para afrontar la batalla de la vida.

Leer y escribir

De todo lo que se escribe, sólo me gusta lo que un hombre escribe con su propia sangre. Escribe con sangre, y comprenderás que la sangre es espíritu.

No es una empresa fácil comprender la sangre ajena; odio a los lectores perezosos y ociosos. Conocer al lector no hace nada por él. Un siglo más de lectores, y el espíritu olerá mal. El derecho a leer de todo el mundo, no sólo estropea el escribir, sino el pensar. Hubo un tiempo en que el espíritu fue Dios; luego se hizo hombre y, por último, plebe. El que escribe máximas con su sangre no quiere ser leído, sino aprendido de memoria. En las montañas, el camino más corto es el que va de cima a cima; mas para recorrerlo, es menester que tenga las piernas muy largas. Las máximas deben ser cimas, y aquellos a quienes van dirigidas, son hombres altos, grandes y robustos. Al aire puro y ligero, el peligro próximo y el espíritu alegre y malicioso, son cosas que se compaginarán bien. Quiero tener duendes a mí alrededor, pues soy valeroso. El valor que ahuyenta a los fantasmas crea sus propios duendes: el valor quiere reír.

Yo no siento al unísono con vosotros. Esa nube que veo a mis pies, esa negra y pesada nube de la que me río, es para vosotros una tormenta. Miráis a lo alto cuando queréis elevaros. Pero yo, como estoy en las alturas, miro hacia abajo. ¿Quién de vosotros puede reír y estar al mismo tiempo en las alturas? El que escala las más altas montañas se ríe de todas las tragedias, de la escena y la vida. Valerosos, despreocupados, burlones, violentos; así nos quiere la sabiduría; es hembra y ama al guerrero. Vosotros me decís: «la vida es difícil de soportar».

Pero, ¿a qué se refiere vuestro orgullo por las mañanas y vuestra sumisión y resignación por las noches? La vida es difícil de soportar; pero eso no me enternece. Todos somos lindos burros que llevamos nuestra carga. ¿Qué tenemos de común con el capullo de una rosa, que tiembla porque siente la gota de rocío sobre sus pétalos? Amamos la vida, no porque estemos habituados a ella, sino porque estamos habituados al amor. Hay siempre un poco de locura en el amor. Pero siempre hay algo de razón en la locura. Y también yo, bien avenido con la vida, creo que quien más sabe de felicidad son las mariposas y las burbujas de jabón y los que a ellas se asemejan entre los hombres. Ver revolotear a estas almitas ligeras e inquietas, alocadas y encantadoras, es lo que arranca a Zaratustra lágrimas y canciones. Yo no podría creer más que en un Dios

que supiese bailar. Cuando vi a mi demonio, lo encontré serio, grave, profundo y solemne; era el espíritu de la pesantez: por él caen todas las cosas. No se mata con la cólera, sino con la risa; matemos, pues, el espíritu de la pesantez. Aprendí a andar; desde entonces corro. Aprendí a volar; desde entonces no quiero que me empujen para trasladarme de un lugar a otro. Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo debajo de mí, ahora baila un dios en mí.

Así habló Zaratustra.

EMILE DURKHEIM

Educación y sociología

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el desarrollo del pensamiento sociológico fue una de las características de Occidente: los trabajos de Marx, Comte, Spencer y otros pensadores dan razón y cuenta de este auge de la sociología.

Las propuestas pedagógicas de Emile Durkheim (1858-1917) —vistas en este contexto— son una respuesta de la sociología a la cuestión educativa. En efecto, para este pensador la educación tiene por objeto crear en los niños las habilidades físicas, morales e intelectuales que les permitan responder a las exigencias de la sociedad; es decir: la educación es el mecanismo de socialización por excelencia. Adentrémonos en esta mirada sobre la educación que —impregnada del espíritu sociológico— cabalga entre dos siglos.

Educación y sociología

Para definir educación, es necesario considerar los sistemas educativos que existen o han existido, compararlos, y descubrir las características comunes. El conjunto de esas características constituirá la definición que buscamos.

En las consideraciones del punto anterior, ya señalamos dos de esas características. Para que exista educación, se requiere de la existencia, frente a una generación de adultos, una generación de individuos jóvenes, niños y adolescentes; y que la primera ejerza una acción sobre la segunda. Sería necesario definir, ahora, la naturaleza específica de esa influencia de una generación sobre otra.

No existe sociedad en la cual el sistema de educación no presente el doble aspecto: el de ser, al mismo tiempo, uno y múltiple. Veamos cómo él es múltiple. En cierto sentido, existen tantas especies de educación en determinada sociedad, como medios. ¿Ella está formada por castas? La educación varía de una casta a otra; la de los «patricios» no era la de los plebeyos; la de los brahmanes no era la de los sudras. De la misma forma, en la Edad Media, ¿qué diferencia de cultura se presentaba entre el escudero, instruido en todos los secretos de la caballería, y el aldeano que iba a aprender en la escuela de la parroquia, cuando aprendía, pocas nociones de cálculo, canto y gramática! ¿Aún hoy en día no vemos que la educación varía entre las clases sociales y entre las regiones? La educación de la ciudad no es igual a la del campo, la del burgués no es la del obrero. Se dirá que esta organización no es moralmente justificable y que no se puede ver en ella más que un defecto, un remanente de otras épocas que está destinado a desaparecer. La respuesta a esa objeción es sencilla. Es claro que la educación de los niños no debería depender de la casualidad, que los hace nacer aquí o allá de estos padres y no de aquellos. Pero, aunque la conciencia moral de nuestro tiempo hubiera recibido la satisfacción que ella espera, la educación no sería más uniforme e igualitaria.

Y, en vista de que la vida de cada niño no fuera en gran parte predeterminada por la herencia, la divinidad moral de las profesiones no dejaría de acarrear, como consecuencia, gran diversidad pedagógica. Cada profesión constituye un medio *sui generis*, que requiere aptitudes particulares y conocimientos especiales, medio que es regido por ciertas ideas, ciertos usos, ciertas maneras de ver las cosas; y, como el niño debe ser preparado de acuerdo con cierta función a la que será llamado a cumplir, la educación no puede ser la misma para todos los individuos. He aquí por qué vemos en todos los países civilizados la tendencia que la educación manifiesta para ser diversificada y especializada; y esa especialización, día con día, se hace más precoz. La heterogeneidad, que así se produce, no reposa sobre injustas desigualdades. Para encontrar un tipo de educación absolutamente homogéneo e igualitario, sería necesario remontarse hasta las sociedades

prehistóricas, en el seno de las cuales no encierra diferencia. Sin embargo, debemos comprender que tal especie de sociedad sólo representa un momento imaginario en la historia de la humanidad.

La sociedad no podría existir sin que hubiera en sus miembros cierta homogeneidad: la educación perpetúa y refuerza esa homogeneidad, fijando en el alma del niño ciertas similitudes esenciales, requeridas por la vida colectiva. Por otro lado, sin talo cual diversificación, toda cooperación sería imposible: la educación garantiza la persistencia de esta diversidad necesaria, diversificándose y dando lugar a las especializaciones. Si la sociedad ha llegado a un grado de desarrollo en que las antiguas divisiones, en castas y clases, no pueden mantenerse más, ella prescribirá una educación más igualitaria como básica. Si al mismo tiempo, el trabajo se especializa, la educación ofrecerá los niños, sobre un primer fondo las ideas y de sentimientos comunes, una diversidad de aptitudes profesionales más rica. Si un grupo social vive en un permanente estado de guerra con sociedades vecinas, se esforzará por formar espíritus nacionalistas; si la competencia internacional es más pacífica, el tipo que buscará crear será más general y más humano.

Para la sociedad la educación es el medio por el cual ella prepara, en lo íntimo de los niños, las condiciones esenciales de la propia existencia. Por ahora, llegamos a la fórmula siguiente: *la educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las generaciones que aún no se encuentran preparadas para la vida social; tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño cierto número de estados físicos, intelectuales y morales, requeridos por la sociedad en su conjunto y por el medio especial al que el niño, específicamente, su destino.*

ANTON S. MAKARENKO
Educación y trabajo colectivo

La revolución bolchevique de 1917 marca un cambio en la historia del siglo XX. A partir de ella, el mundo no volvería a ser el mismo: la partición política, el agudizamiento de algunos conflictos políticos y el deseo de construir la utopía se convirtieron en algunos de los hechos que se desencadenarían a raíz de los acontecimientos en Rusia... El ascenso al poder de los bolcheviques no sólo implicó un cambio en los sistemas políticos y económicos, sino que también transformó los espacios escolares. Uno de los principales representantes de la nueva pedagogía soviética es Anton S. Makarenko, quien —a partir de sus trabajos en una colonia para jóvenes delincuentes y huérfanos— fue capaz de reformular la acción educativa.

*Adentrémonos en las ideas del autor del **Poema pedagógico**, y descubramos una propuesta educativa que, como digna heredera de su época, realiza una apología del trabajo y la vida comunitaria.*

Educación y trabajo colectivo

En el desarrollo de mis investigaciones llegué a una conclusión: no imaginé cómo se podría educar a un conjunto infantil, si no existiera un conjunto de pedagogos. No queda duda de que no se podrá hacerlo si cada uno de los pedagogos de una escuela realiza separadamente su trabajo según su entendimiento y deseo.

Voy más allá: estoy dispuesto a analizar cuestiones como la duración del colectivo de pedagogos y el tiempo de servicio de cada uno de sus miembros, porque un grupo constituido por educadores con sólo un año de experiencia indudablemente será débil. También la cuestión de la correlación entre los viejos pedagogos y los más jóvenes es una cuestión científico-pedagógica.

En mi trabajo experimenté dudas bastante serias cuando se abrían plazas para educadores nuevos. Por ejemplo, tengo una plaza... ¿a quién debo invitar para ocuparla? El principio casual de la formación del grupo pedagógico algunas veces funciona, otras no. Recuerdo casos en que consideraba necesario invitar a un educador joven, pues ya tenía muchos viejos; algunas veces pecaba, pensando que mi grupo necesitaba de una muchacha simpática. ¿Por qué razón? Esta muchacha simpática introduciría en él la juventud, la frescura y un cierto entusiasmo. Que corran incluso rumores de que a éste o a aquel profesor le gusta ella; eso animará la atmósfera del grupo. ¿Y quién estudió la importancia de esa atmósfera? Es necesario que en el grupo haya también un viejo rezongón, que no perdone nada a nadie, ni haga concesiones a quien quiera que sea. También es necesario que haya un «alma buena», un hombre maleable, que quiera a todos y perdone a

todos y que dé las mismas calificaciones a todos; este hombre reducirá las fricciones que surjan en el colectivo.

El colectivo de los profesores y el de los niños no son diferentes, sino el mismo colectivo pedagógico. Hay que notar que no considero necesario educar a una persona aislada, sino educar a un colectivo. Es el único camino para la educación correcta. Yo mismo fui profesor desde los 17 años, y durante mucho tiempo pensé que sería mejor educar a un alumno, después a otro y así consecutivamente, para construir un buen colectivo. Después, llegué a la conclusión de que, algunas veces, es necesario hablar no sólo con un alumno, sino con todos. Para eso es necesario crear formas que obliguen a cada alumno a formar parte de la actividad común. Es así como educamos al colectivo, formándolo. Es de esa manera, después de lo que él mismo crea, convirtiéndose en una gran fuerza educadora, como lo consolidamos. Estoy profundamente convencido de esto. Y la confirmación no surgió en el reformatorio que llamé Colonia Gorki, sino en la Comuna Dzerjinski. En esta última logré que el colectivo se convirtiera en una fuerza creadora, severa puntual y competente. Tal colectivo no pudo ser formado por un decreto, ni creado en un lapso de dos o tres años, su creación exige más tiempo. Era una cuestión cara, pero cuando tal colectivo existe y funciona, es necesario mantenerlo y cuidarlo, entonces, todo el proceso educativo transcurre con facilidad.

Junto al colectivo es necesario poner la maestría... pero sólo es necesario tener en vista una auténtica maestría; es decir, el conocimiento real del proceso educativo, la competencia educativa. Mediante la experiencia, llegué a la convicción de que la cuestión puede ser resuelta por la maestría basada en la competencia y en la calificación.

En mi práctica se hicieron decisivas lo que normalmente se consideraban «cosas insignificantes», como la manera de mantenerse en pie, sentarse, levantarse de la silla, manera de levantar la voz, sonreír, mirar, etcétera; todo eso también debe ser marcado por una gran maestría. Aquí entramos en un terreno conocido por todos y denominado «arte dramático» o... hasta de ballet: es el arte de impostar la voz, el arte del tono, del mirar, de hacer silencio y de mover el cuerpo. Todo eso es necesario, sin eso no se puede ser un buen educador. Existen muchos indicios de esta maestría, hábitos y medios que todos los pedagogos y educadores deben conocer.

En nuestras escuelas, los alumnos se comportan bien en las clases de un profesor y mal en las clases de otro. Y eso no es de ningún modo porque uno de ellos sea talentoso y el otro no, sino porque uno es maestro y el otro no.

No sólo es necesario dar instrucciones a los pedagogos, sino educarlos. Independientemente de la instrucción que demos a los pedagogos, si nosotros no los educamos, no podremos contar sólo con su talento.

Consideramos que el niño debe jugar; tenemos muchos juguetes, pero estamos —¡quién sabe por qué!— convencidos de que para la diversión debe haber un lugar separado y es a eso a lo que se limita toda la participación del juego en la educación. La organización infantil debe contar con muchos juegos. La edad infantil necesita del juego, y esta necesidad debe ser satisfecha: no porque el trabajo deba ser intercalado con la diversión, porque el trabajo del niño depende de la manera en qué juega. Yo fui partidario del principio de que la organización del colectivo debe incluir el juego, y nosotros, pedagogos, debemos participar en él.

¿Y los camaradas que no me conocen piensan que nosotros, adultos, no jugamos? ¡Claro que jugamos! Tomemos, por ejemplo, todas esas corbatas, botonaduras, collares, clubes exclusivos, convenciones de toda especie..., son un juego. Todo eso parece muy natural, pero, en realidad, nosotros jugamos; algunas veces jugamos a los hombres importantes en nuestros cubículos, jugamos a los bibliófilos cuando nos rodeamos de libros y pensamos que tenemos una biblioteca. ¿Por qué razón, entonces, luego que vemos a un niño lo tratamos con la mayor seriedad, predicamos conceptos moralistas y lo obligamos a ir a estudiar? ¿Cuándo deben jugar ellos?... «Ellos juegan en los intervalos entre las clases», dicen los profesores, «Ve a jugar un poco, pero no quiebres nada, ni ensucies el piso o lastimes tu nariz», dicen los padres.

En todo caso, en la ropa de un niño deben existir elementos de juego, esto es propio no sólo de los pequeños, sino también de los adultos: muchos de ellos usan uniforme, otros, overoles profesionales y no pocos sueñan

con usar uno de ellos un día. Creo que en eso existe algo que hace bien y es agradable: así se siente un hombre vistiendo un overol nuevo, de un ferrocarrilero tal vez. Pero, para el alumno, eso es más importante.

JOHN DEWEY

Educación

Una de las características de la educación contemporánea es la apuesta en favor de las «escuelas activas», a tal grado que los sistemas memorísticos, pasivos y rígidamente disciplinados se han convertido en sinónimo de obsolescencia pedagógica. A pesar de que esta «revolución» educativa en favor de la libertad no es tan reciente como se piensa de manera común —pues Rousseau en el Emilio había planteado sus líneas más generales—, su impacto en el siglo XX está vinculado con las ideas de un solo educador: John Dewey.

*Dewey, a partir de las ideas de «iniciativa, originalidad y cooperación» realizó una de las críticas más feroces a los sistemas educativos tradicionales y, con ello, abrió camino para una pedagogía contraria a los principios de obediencia y sumisión. Conozcamos a Dewey a partir de un breve fragmento de su obra **Experiencia y educación.***

Educación

Al hombre le agrada pensar en términos de oposiciones, de polos opuestos. Formula sus creencias en términos de «uno u otro», «esto o aquello», y no reconoce posibilidades intermedias. Cuando es forzado a reconocer que no puede actuar con base en esas posiciones extremas, se inclina a sostener que es correcto en la teoría pero en la práctica las circunstancias impiden el acuerdo. La filosofía de la educación no hace excepción a esa regla.

La historia de la teoría de la educación está marcada por la oposición entre la idea de que la educación es un desarrollo de adentro hacia fuera y de que es formación de fuera para adentro; de que se basa en las dotes naturales y de que es un proceso de vencer las inclinaciones naturales y sustituirlas por hábitos adquiridos bajo presión externa.

La oposición, en lo referente a los aspectos prácticos de la escuela, tiende a tomar la forma de contraste entre la educación tradicional y la educación progresiva. Si buscamos formular, de modo general, sin las calificaciones necesarias para la perfecta exactitud, las ideas fundamentales de la primera, podremos resumirlas de la siguiente manera: la materia o el contenido de la educación consiste en cuerpos de información y habilidades que se elaboraron en el pasado; la tarea principal de la escuela es transmitirlos a la nueva generación. En el pasado, también se establecieron patrones y reglas de conducta; en consecuencia, educación moral consiste en adquirir hábitos de acción en conformidad con tales reglas y patrones. Finalmente, el plan general de organización de la escuela (las relaciones de los alumnos unas con otros y con los profesores) crea una institución radicalmente diferente de las otras instituciones sociales. Imaginemos el salón de clase común, sus horarios, esquemas de clasificación, de exámenes y promoción de reglas de orden y disciplina y después veremos lo que deseo expresar con el «plan de organización». Si contrastamos la escena de la escuela con lo que pasa en la familia percibiremos lo que Intenté explicar al decir que la escuela se hizo una especie de institución radicalmente diferente de cualquier otra forma de organización social.

Las características que acabamos de mencionar determinan los fines, los métodos de la instrucción y la disciplina escolar. El principal propósito u objetivo es preparar al joven para sus futuras responsabilidades y para el éxito en la vida, por medio de la adquisición de cuerpos organizados de información y de formas existentes de capacitación, que constituyen el material de instrucción. Ya que las materias de estudio, así como los patrones de conducta apropiada, nos vienen del pasado, la actitud de los alumnos debe ser de docilidad, receptividad y obediencia. Los libros son los principales representantes del conocimiento y de la sabiduría del pasado, y los profesores son los órganos por medio de los cuales los alumnos entran en relación con ese material. Los maestros son los agentes de comunicación del conocimiento y las capacitaciones, y de imposición de las normas de conducta.

Si buscamos formular la filosofía de educación implícita en las prácticas de la educación más nueva, podemos descubrir ciertos principios comunes entre la variedad de escuelas avanzadas existentes. A la im-

posición de arriba hacia abajo, se opone la expresión y cultivo de la individualidad; a la disciplina externa, se opone la actividad libre; a aprender por libros y profesores, aprender por experiencia; a la adquisición por ejercicio y entrenamiento de habilidades y técnicas aisladas, su adquisición como medios para alcanzar fines que respondan a demandas directas y vitales del alumno; a la preparación para un futuro más o menos remoto se opone aprovecharse al máximo de las oportunidades del presente; a los fines y conocimientos estáticos se opone la toma de contacto con un mundo en cambio.

Considero que la idea fundamental de la filosofía de la educación más nueva y que da unidad es la relación íntima y necesaria entre los procesos de nuestra experiencia real y la educación. Si esto es verdad, el desarrollo positivo y constructivo de su idea básica depende de tener una idea correcta de experiencia. Cuando se rechaza el control externo, el problema es cómo encontrar los factores de control inherentes al proceso de experiencia. Cuando se evita la autoridad externa, no se persigue que toda autoridad deba ser rechazada, sino que se debe buscar una fuente de autoridad más efectiva. Debido a que la educación antigua imponía al joven el saber, los métodos y las reglas de conducta de la persona madura, no se persigue, a no ser en la base de la filosofía de los extremos de «esto-o-aquello», que el saber de la persona madura no tenga valor de dirección para la experiencia del inmaduro. Por el contrario, basándose la educación en la experiencia personal, puede significar contactos más numerosos y más íntimos entre el inmaduro y la persona madura de lo que jamás hubo en la escuela tradicional.

PRÓLOGO

El secreto de la felicidad

La felicidad es esquivada para la mayoría de los hombres. El mundo —las más de las veces— se presenta ante los seres humanos como un espacio donde sólo tienen cabida la violencia, la lucha, el odio, la intolerancia y la competencia feroz y, justo por ello, la posibilidad de acceder a la felicidad se ve cancelada a cada instante. Pareciera que estamos condenados a la infelicidad y el sufrimiento, que el placer y la felicidad apenas y son un brevísimo destello en una existencia marcada por las sombras.

Sin embargo, como seguidores de Sísifo,¹ los hombres buscamos de manera inexorable llegar a la felicidad o, cuando menos, pretendemos que en nuestra vida ocurran algunos pequeños destellos capaces de iluminar nuestra existencia y desterrar a las tinieblas que parecen apoderarse de lo cotidiano.

Así, desde el principio de los tiempos, los hombres —por decirlo en palabras de Bertrand Russell— sólo hemos pretendido conquistar la felicidad.

La conquista de la felicidad no sólo ha sido motivo de acciones que van del heroísmo a la cobardía y de lo sublime a lo grotesco; la felicidad también ha sido el motor de una infinidad de reflexiones que atraviesan la historia humana: casi podríamos afirmar que no existe ningún filósofo que no haya dedicado —por lo menos— unas cuantas líneas a esta búsqueda desgarrada.

En esta brevisísima compilación, sólo he convocado —a través de la magia de las palabras que rompen con el tiempo y nos permiten encontrarnos con quienes desaparecieron hace siglos— a algunos de los pensadores de la antigüedad clásica: a los griegos y los romanos que fueron capaces de mostrarnos una ruta para acceder a esta bendición que nos permite convertirnos en seres capaces de encontrar la eternidad en un instante.

Ellos, los hombres que abrieron la puerta a nuestro pensamiento, nos acompañarán a lo largo de las siguientes páginas para revelarnos el secreto de la felicidad a lo largo de una serie de fragmentos que —a pesar de los siglos— continúan manteniendo su vigencia y capacidad para brindarnos luz en los momentos más oscuros.

Avancemos con ellos y descubramos el secreto de la felicidad en un mundo donde —en apariencia— casi todo está en contra de nuestra posibilidad de acercarnos a ella.

José Luis Trueba Lara

¹ Personaje que fue condenado por los dioses griegos a subir una enorme roca a una montaña sólo para verla rodar hacia abajo y sufrir la pena de reiniciar su tarea hasta la eternidad (N. del E.).

ARISTÓTELES

La naturaleza de la felicidad

La Ética Nicomaquea es una de las obras cruciales del pensamiento aristotélico; en ella encuentran fin y sentido los trabajos del Estagirita a fin de dar razón y orden al mundo con el objeto de descubrir las virtudes del alma que permitieran la vida en la polis.

Este libro —cuyo título se debe al nombre del hijo de Aristóteles— dedica dos de sus capítulos a los problemas del placer y la felicidad: la Ética Nicomaquea, por lo menos en este sentido, inicia y concluye analizando el problema de la felicidad. Sin embargo, en esta obra, la felicidad y el placer no se muestran como una virtud o como un logro estrictamente individual, sino como una virtud necesaria para la vida política y social.

De esta manera, la visión que sobre el placer y la felicidad tenía Aristóteles no sólo posee valor como resultado de una especulación filosófica, sino que también adquiere relevancia en la medida en que sus palabras serán el punto de partida para la mayor parte de las reflexiones que sobre el placer y la felicidad se dieron en la antigüedad clásica: Epicuro, Marco Aurelio, Cicerón, Séneca, Plutarco y muchos más, plantearon sus obras y construyeron sus reflexiones como una refutación o ampliación de las propuestas aristotélicas. Así, damos paso a las palabras de un filósofo que definió el rumbo de la antigüedad clásica, al tiempo que se convirtió en una piedra de toque para el pensamiento occidental.

La naturaleza de la felicidad

1. *Importancia ética del placer. Diversas opiniones.* El placer parece estar íntimamente asociado a nuestra naturaleza y por ello conducimos a los jóvenes al placer y al dolor. Asimismo, parece que disfrutar y odiar lo que se debe contribuye a la virtud moral, que se extiende durante toda la vida, y ejerce influencia sobre la virtud y la felicidad, ya que todos los hombres escogen deliberadamente lo agradable y evitan lo molesto.

No deberíamos pasar por alto estas cuestiones, especialmente cuando hay mucho desacuerdo sobre ellas. En efecto, unos dicen que el bien es el placer, y otros sostienen que el placer es malo del todo, porque creen que representar el placer como un mal —aunque no lo sea—, tiene un mejor efecto para nuestra vida.

Se juzga que la mayoría de los hombres están inclinados hacia los placeres y son esclavos de ellos, y por eso es preciso guiarlos en sentido contrario, al término medio. Quizá esto se diga sin razón, porque los argumentos relativos a las pasiones y a las acciones son menos convincentes que los hechos. En efecto, el que censura el placer, a veces se inclina a él. Así pues, los verdaderos argumentos parecen ser de gran utilidad no sólo para el conocimiento, sino también para la vida, porque, estando en armonía con los hechos, convincentes, se exhorta a los hombres inteligentes a vivir de acuerdo con ellos. Ahora vamos a hablar sobre las opiniones acerca del placer.

2. *Refutación de la opinión de que el placer es el bien supremo.* Eudoxo pensaba que el placer es el bien supremo porque veía que todos los seres, racionales e irracionales, aspiran a él, y que en todos es deseable lo bueno y lo excelente; por consiguiente, el que todos fueran atraídos hacia lo mismo indicaba que el placer era el mayor bien, y que el bien de todos y al que todos aspiran es el bien único.

Estos argumentos convencen más por la excelencia de su carácter que por ellos mismos; pues Eudoxo, considerado como un ser de una sobriedad excepcional, creía que sus argumentos eran valiosos no por ser amigo del placer, sino porque esa era la verdad del asunto. De igual manera sostenía que esta doctrina no era menos evidente desde el punto de vista del contrario: el dolor es evitado por todos, y su contrario siempre es preferible. Por otra parte, decía que el objeto deseable en él más alto grado, es el que no se prefiere por causa de otra cosa ni por amor de otra cosa, y todos están de acuerdo en que el placer tiene esa índole; porque nadie pregunta con qué fin goza, como si el placer fuera elegible por sí mismo. Y cuando el placer se añade a cualquiera de los bienes, por ejemplo a una acción justa o moderada, lo hace más apetecible y el bien es acrecentado por otro bien.

Este argumento parece demostrar que el placer es uno de los bienes y no más que otro cualquiera: todo bien es más digno de ser elegido añadido a otro bien, que por sí mismo. Con tal argumento, Platón refuta la opinión de que el bien es un placer: la vida agradable es más apetecible con prudencia que sin ella, y si la mezcla es mejor, el placer no es bueno, porque no hay nada que, añadido al bien, pueda hacerlo más deseable.

Es evidente que ninguna cosa puede ser el bien, si la adición de algo que es bueno por sí mismo hace la combinación más deseable.

Quienes objetan que no es un bien aquello a lo que todos tienden, dicen un desatino. En efecto, lo que todo el mundo cree decimos que así es, y quien rechaza esta convicción no encontrará otra más convincente: sólo los insensatos desearán estas cosas, y quizá aun en los malos existe un bien natural más fuerte que ellos mismos, el cual tiende a la realización de su propio bien.

El argumento referente a lo contrario del placer tampoco parece acertado. Dicen, que si el dolor es un mal, no se sigue de ello que el placer sea un bien, ya que un mal se puede oponer a otro mal y ambos pueden oponerse pero estos juicios no son verdaderos en el caso que hablamos: si ambos fueran malos, ambos deberían ser evitados, y si ninguno fuera malo, ninguno sería evitado o lo sería por igual, es evidente que a uno se le rehúya como a un mal, y al otro se le elija como un bien; y así, son opuestos el uno al otro.

3. *Sigue el examen de otros argumentos sobre el placer.* Tampoco existe una razón para considerar que el placer no sea una cualidad o un bien; en efecto, tampoco las actividades de la virtud son cualidades, ni la felicidad posee esta distinción.

Algunos pensadores dicen que el bien se puede determinar, pero que el placer es indeterminado, porque admite el más y el menos. Ahora bien, si así juzgan partiendo del placer que sentimos, lo mismo ocurriría con la justicia y las demás virtudes, de acuerdo con las cuales se dice que existen determinadas personas y obras, pues hay hombres más justos y más fuertes, y es posible practicar la justicia y ser más o menos moderado. Pero si juzgan por los placeres, es posible que no digan la verdadera causa, si unos placeres son puros y otros mezclados. Además, ¿qué impide que el placer sea como la salud, que, siendo determinada, admite el más y el menos? La proporción no es la misma en todas las cosas, ni una sola se da en la misma cosa, sino que persiste y puede variar en graduación. Y tal puede ser el caso del placer.

Contra quienes aducen que los placeres merecen reproche podría decirse que no son placeres (en efecto, si algunas cosas resultan agradables a los que están mal dispuestos, no se ha de considerar, por eso, que son agradables, excepto para ellos, como tampoco consideramos sanas, dulces o amargas las cosas que le parecen a los enfermos, ni blancas las que le parecen a los que padecen oftalmía). O uno podría decir que los placeres son deseables, pero no a base de estos medios, como es deseable el enriquecerse, pero no a costa de una traición, o el disfrutar de salud, pero no por comer cualquier cosa. O también uno podría replicar que hay distintas especies de placeres, unos que proceden de nobles acciones y otros, de vergonzosas, y que no es posible obtener el placer de un hombre justo, si no se es justo, ni de un músico, no siendo músico, y de manera semejante con los Otros. La diferencia entre un amigo y un adulator parece también poner de manifiesto que el placer no es un bien, o que hay placeres de diferente especie; pues se considera que la compañía del amigo es por causa del bien, mientras que la del adulator es por causa del placer, y al uno se le censura y, en cambio, al otro se le alaba puesto que se comporta con otros fines. Y nadie elegiría vivir toda la vida con la inteligencia del niño, aunque fuera disfrutando de los mayores placeres de que un niño es capaz, ni complacerse en hacer algo vergonzoso aun cuando no experimentara dolor alguno. Y hay muchas cosas que nos esforzaríamos en hacerlas aun cuando no nos trajeran ningún placer, como ver, recordar, saber, poseer las virtudes. Y nada importa si estas actividades van seguidas necesariamente de placer, pues las elegiríamos aun cuando de ellas no se originara placer. Parece claro, que ni el placer es un bien ni todo placer es deseable, y que algunos son deseables por sí mismos, difiriendo por la índole de los otros o porque proceden de distintas fuentes.

Es suficiente lo dicho respecto del placer y del dolor.

4. *Opinión del autor sobre la naturaleza del placer.* Si volviéramos a tomar la discusión desde el principio, podríamos plantear la siguiente pregunta: ¿qué es el placer y de qué naturaleza podría llegar a ser más evidente? La visión parece ser perfecta en cualquier tiempo; no tiene necesidad de nada que perfeccione su forma. En esto se parece el placer: es un todo, y en ningún momento podría tomarse un placer que se perfeccionase en cuanto a su forma. El placer no es movimiento, ya que todo movimiento transcurre en el tiempo. La forma del placer, por otra parte, es completa en cada tiempo. Por tanto, es evidente que el placer y el movimiento son diferentes, y que el placer es de las cosas enteras y completas. Esto podría deducirse también del hecho de que no es posible moverse, sino en el tiempo, pero si es posible gozar, porque lo que ocurre en el presente es un todo.

De estas consideraciones resulta claro que no tienen razón los que dicen que el placer es un movimiento o una generación, ya que estas cualidades se predicán no de todas las cosas, sino sólo de las divisibles y que no son un todo; en efecto, ni hay generación de la visión, ni del punto, ni de la unidad, ni de ninguna de estas cosas hay movimiento ni génesis; luego tampoco las hay del placer, porque es un todo.

Es evidente que el placer surge con respecto a las sensaciones, pues decimos que las vistas y sonidos son agradables. Y también que estas actividades son más agradables cuando el sentido es excelente y va dirigido hacia un objeto semejante. Y si ambos, el que siente y lo que siente, son de tal naturaleza siempre habrá placer. Por consiguiente, siempre que el objeto que se piensa o siente sea como debe habrá placer en la actividad.

¿Cómo, entonces, nadie está gozando de manera continua, o nos cansamos de gozar? Todas las actividades humanas son incapaces de actuar constantemente y, en consecuencia, tampoco se produce placer, pues éste sigue a la actividad. Por la misma razón, algunas cosas nos deleitan cuando son nuevas, pero luego dejan de hacerlo de la misma manera, porque, al principio, la mente es atraída y su actividad hacia ellas es intensa, pero, después, la actividad ya no es la misma, pierde su fuerza, y de ahí que el placer se desvanezca. Podría pensarse que todos los hombres aspiran al placer, porque todos desean vivir. La vida es una especie de actividad y cada uno orienta sus actividades hacia las cosas y con las facultades que prefiere: el músico se complace con escuchar melodías, el estudioso ocupa la mente con objetos teóricos. Es razonable, entonces, que también aspiren al placer, puesto que perfeccionan la vida que cada uno ha escogido. Dejemos de lado, por el momento, la cuestión de si deseamos la vida por causa del placer o el placer por causa de la vida. Pues ambas cosas parecen encontrarse unidas y no admiten separación: sin actividad no hay placer y el placer perfecciona toda actividad.

5. *Diferencias específicas de los placeres.* Por la misma razón, parece que existen diversas especies de placer, ya que creemos que las cosas específicamente distintas son perfeccionadas por otras. Asimismo, las actividades específicamente distintas son perfeccionadas por cosas de especie distinta: las actividades intelectuales difieren de las actividades de los sentidos.

Esto también podría deducirse del hecho de que cada placer reside en la actividad que perfecciona: cada una es incrementada con el placer que le es propio, y los que se ejercitan con placer en las cosas juzgan mejor y hablan con más exactitud de ellas. Así pues, los placeres intensifican las actividades que les son propias; pero a actividades específicamente diferentes deben corresponder placeres específicamente diferentes.

Esto resulta más evidente pues las actividades son obstaculizadas por los placeres de otras actividades. Así, los aficionados a la flauta son incapaces de prestar atención a una conversación sobre a un flautista y escuchan de ese modo; el placer de la flauta destruye la actividad de la conversación. Y lo mismo ocurre en los demás casos, siempre que nos ejercitemos en dos cosas al mismo tiempo: la más agradable expulsa a la otra. Por esta razón, cuando disfrutamos mucho de algo, no hacemos caso a otra cosa, y nos ponemos a hacer otra; así, los que comen golosinas en los teatros lo hacen, sobretudo, cuando los actores son malos.

Puesto que las actividades difieren por su bondad o maldad; y unas son dignas de ser buscadas, evitadas o ser indiferentes, lo mismo ocurre con los placeres, pues a cada actividad le corresponde su propio placer. Así, el placer propio de la actividad honesta será bueno, y el de la mala, perverso.

También parece que cada animal tiene un placer propio, así como una función propia, pues tiene un placer conforme a su actividad. El placer de un caballo, de un perro y de un hombre son diferentes. Como dice Heráclito: «los asnos prefieren la paja al oro», porque el pasto es más agradable que el oro para los asnos. Así, los placeres de animales diferentes son diferentes en género, y es razonable pensar que los placeres dentro de cada especie no difieren. En los hombres, los placeres varían poco, pues las mismas cosas agradan a unos y molestan a otros, y las hay molestas y odiosas para unos, y agradables y amables para otros. Pero, en tales casos, se considera que lo verdadero es lo que le parece al hombre bueno. Y si las cosas que le molestan le parecen agradables a alguien, no es sorprendente, pues en los hombres hay muchas corrupciones y vicios, y tales cosas son sólo agradables a estas personas ya otras que están en las mismas condiciones. Así, estos placeres, unánimemente considerados como vergonzosos, no deben ser considerados como placeres, excepto por los que son corruptos. Por consiguiente, tanto si es una como si son muchas las actividades del hombre perfecto y feliz, los placeres que perfeccionan estas actividades serán llamados legítimamente placeres propios del hombre.

6. *Contenido de la felicidad.* Después de haber tratado acerca de las virtudes, la amistad y los placeres, nos resta una discusión sumaria en torno a la felicidad, puesto que la colocamos como fin de todo lo humano. Nuestra discusión será más breve, si resumimos lo que hemos dicho.

Dijimos, que la felicidad no es un modo de ser, pues de otra manera podría pertenecer también al hombre que pasara la vida durmiendo o viviera como una planta, o al hombre que sufriera las mayores desgracias. La felicidad se ha de colocar entre las cosas deseables por sí mismas y no por causa de otra, porque la felicidad no necesita de nada, se basta a sí misma, y las actividades que se escogen por sí mismas son aquellas por las cuales no se busca nada fuera de la misma actividad. Tales parecen ser las acciones de acuerdo con la virtud. Pues hacer lo que es noble y bueno es algo deseado por sí mismo. Asimismo, los hombres son perjudicados por las diversiones que son agradables en apariencia, ya que no se buscan por causa de otra cosa, y sólo contribuyen a descuidar sus cuerpos y sus bienes. Sin embargo, la mayor parte de los hombres que son considerados felices recurren a tales pasatiempos y ésta es la razón por la que los hombres ingeniosos son muy favorecidos por los tiranos, porque ofrecen los placeres que ellos desean y tienen necesidad de ellos. De esta manera, los pasatiempos parecen contribuir a la felicidad, porque es en ellos donde los hombres de poder pasan sus ocios. Pero quizá, la aparente felicidad de tales hombres no es señal de que sean realmente felices: ni la virtud ni el entendimiento, que proceden de las buenas actividades, radican en el poder, y el hecho de que tales hombres, por no haber buscado un placer puro y libre, recurran a los placeres del cuerpo no es razón para considerarlos preferibles, pues también los niños creen que lo que ellos aprecian es lo mejor.

Es lógico que, así como para los niños y los hombres son diferentes las cosas valiosas, así también para los malos y para los buenos. Por consiguiente, como hemos dicho, las cosas valiosas y agradables son aquellas que le parecen como tales al hombre bueno. La actividad más preferible para cada hombre será, entonces, la que está de acuerdo con su propio modo de ser, y para el hombre bueno será la actividad de acuerdo con la virtud: la felicidad no está en la diversión, pues sería absurdo que el fin del hombre fuera la diversión y que el hombre se afanara y padeciera toda la vida por causa de la diversión. Ocuparse y trabajar por causa de la diversión parece necio y pueril, en cambio, divertirse para afanarse después parece estar bien, porque la diversión es como un descanso, y como los hombres no pueden estar trabajando continuamente, requieren descanso. El descanso, por tanto, no es un fin, porque tiene lugar a causa de la actividad.

La vida feliz, por otra parte, se considera que se da conforme a la virtud, y ésta tiene lugar en el esfuerzo, no en la diversión. Y decimos que son mejores las cosas serias que las que provocan risa, y más seria la actividad de la parte virtuosa del mejor hombre, siempre superior que hace a uno más feliz. Y cualquier hombre, el esclavo no menos que el mejor hombre, puede disfrutar de los placeres del cuerpo; pero nadie concedería felicidad al esclavo, a no ser que se le atribuya también a él la vida humana. Porque la felicidad no está en tales pasatiempos, sino en las actividades que se realizan conforme a la virtud.

7. *La felicidad perfecta.* Si la felicidad es una actividad acorde con la virtud, es razonable que se realice de acuerdo con la virtud más excelsa, y ésta será una actividad de la parte mejor del hombre. Ya sea el

intelecto u otra cosa, parece mandar, dirigir y poseer el conocimiento de los objetos nobles y divinos. Y esta actividad es contemplativa.

Esto parece estar de acuerdo con lo que hemos dicho y con la verdad: esta actividad es la más excelsa (pues el intelecto es lo mejor que hay en nosotros) y también es la más perdurable, pues somos más capaces de contemplar continuamente que de realizar cualquier otra actividad. Pensamos que el placer debe estar mezclado con la felicidad, y todo el mundo está de acuerdo en que la más agradable de nuestras actividades virtuosas es la actividad en concordancia con la sabiduría. Con razón, se considera que la filosofía posee placeres admirables en pureza, y es razonable que los hombres que saben, pasen su tiempo más agradable que los que investigan. Además, la dicha autarquía se aplicará, sobre todo, a la actividad contemplativa, aunque el sabio y el justo necesiten, como los demás, de las cosas necesarias para la vida; pero el justo necesita de otras personas hacia las cuales y con las cuales practicar la justicia, y lo mismo el hombre moderado, el valiente y todos los demás; en cambio, el sabio, aun estando sólo, puede teorizar, y cuanto más sabio, más; quizá sea mejor para él tener colegas, pero, con todo, es el que más se basta a sí mismo.

Esta actividad es la única que parece ser amada por sí misma: nada se saca de ella excepto la contemplación, mientras que de las actividades prácticas obtenemos otras cosas, además de la acción misma. Se cree también que la felicidad radica en el ocio, pues trabajamos para tener ocio y hacemos la guerra para tener paz.

La actividad de las virtudes prácticas se ejercita en la política o en las acciones militares, y las acciones relativas a estas materias se consideran penosas; las guerras en absoluto, pues nadie elige el guerrear por el guerrear mismo, ni se prepara sin más para la guerra; pues un hombre que hiciera enemigos de sus amigos para que hubiera batallas y matanzas, sería considerado un completo asesino; también es penosa la actividad del político que aparte de la propia actividad, aspira a algo más, o sea, a poderes y honores, o en todo caso, a su propia felicidad o a la de los ciudadanos, que es distinta de la actividad política y claramente buscada como distinta. Entre las acciones virtuosas sobresalen las políticas y guerreras por su gloria y grandeza, y al ser penosas, aspiran a algún fin y no se eligen por sí mismas, mientras que la actividad de la mente, que es contemplativa, parece ser superior en seriedad, y no aspira a otro fin que a sí misma ya tener su propio placer, entonces el autodomínio, el ocio y la ausencia de fatiga, y todas las demás cosas que se atribuyen al hombre dichoso, parecen existir, en esta actividad. Ésta, entonces, será la perfecta felicidad del hombre, si ocupa todo el espacio de su vida, porque ninguno de estos atributos es incompleto.

Tal vida, sin embargo, sería superior a la de un hombre, pues el hombre viviría de esta manera no por ser hombre, sino en cuanto que hay algo divino en él; y la actividad de esta parte divina del alma es superior a la composición humana. Si la mente es divina respecto del hombre, también la vida será divina respecto de la humana. Pero no hemos de seguir los consejos de quienes dicen que, siendo hombres, debemos pensar sólo de manera humana y, siendo mortales, ocuparnos solo de las cosas modales, sino que debemos —en la medida de lo posible— immortalizamos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con la más excelente que hay en nosotros.

Lo que es propio de cada uno por naturaleza es lo mejor y lo más agradable para cada uno: para el hombre, lo será la vida conforme a la mente, si en verdad para un hombre es primero su mente. Y esta vida será también la más feliz.

8. *Argumentos sobre la supremacía de la vida contemplativa.* La vida de acuerdo con la otra especie de virtud es feliz de una manera secundaria, ya que las actividades conforme a esta virtud son humanas: la justicia, la valentía y las demás las practicamos de manera recíproca en los contratos, servicios y acciones de todas clases, observando en cada caso que conviene con respecto a nuestras pasiones. Es evidente que todas esas cosas son humanas. Algunas de ellas parece que incluso proceden del cuerpo, y la virtud ética está asociada con las pasiones. También la prudencia está unida a la virtud ética, y ésta a la prudencia. Puesto que estas virtudes éticas están también unidas a las pasiones, lo estarán, asimismo, en relación con la composición humana, y las virtudes de este compuesto son humanas; y la vida y la felicidad con base en estas virtudes serán también humanas.

La virtud de la mente está separada. Parecería con todo, que esta virtud requiriese recursos externos sólo en pequeña medida o menos que la virtud ética. Concedamos que ambas virtudes requieran las cosas necesarias, aun cuando el político se afane más por las cosas del cuerpo, pero hay mucha diferencia en lo que atañe a las actividades: el hombre liberal necesita riqueza para ejercer su liberalidad, y el justo para poder corresponder a los servicios, y el valiente necesita fuerzas, si es que ha de realizar alguna acción de acuerdo con la virtud, y el hombre moderado necesita los medios. Casi siempre se discute si lo más importante de la virtud es la elección o las acciones, ya que la virtud depende de ambas: la perfección de la virtud radica en ambas, y para las acciones se necesitan muchas cosas, y cuanto más grandes y más hermosas sean más se requieren. Pero el hombre contemplativo no tiene necesidad de nada de ello, al menos para su actividad, y se podría decir que estas cosas son un obstáculo para la contemplación; pero en cuanto el hombre vive y elige actuar de acuerdo con la virtud, necesitará de tales cosas para vivir como hombre.

La felicidad perfecta es una actividad contemplativa y esto será evidente por lo siguiente. Consideramos que los dioses son bienaventurados y felices, pero ¿qué género de acciones hemos de atribuirles? ¿Acaso las acciones justas? ¿No parecerá ridículo ver a los dioses haciendo contratos, devolviendo depósitos y otras cosas semejantes? ¿O sólo deben ser contemplados afrontando peligros, arriesgando su vida para algo noble? ¿O realizando acciones generosas? Pero, ¿a quién darán? Sería absurdo que ellos tuvieran dinero o algo semejante. Y ¿cuáles serían sus acciones moderadas? ¿No será una alabanza vulgar, puesto que los dioses no tienen deseos malos? Aunque recurriéramos a todas las virtudes, todas las alabanzas relativas a las acciones nos parecerían pequeñas e indignas de los dioses.

Sin embargo, todos creemos que los dioses viven y que ejercen alguna actividad. Pues bien, si a un ser vivo se le quita la acción y la producción, ¿qué le queda, sino la contemplación? De suerte que la actividad divina que sobrepasa a todas las actividades en beatitud, será contemplativa; en consecuencia, la actividad humana que está más íntimamente unida a esta actividad, será la más feliz. Una señal de ello es el hecho de que los demás animales no participan de la felicidad por estar del todo privados de tal actividad. Pues, mientras toda la vida de los dioses es feliz, la de los hombres lo es en cuanto que existe una cierta semejanza con la actividad divina; pero ninguno de los demás seres vivos es feliz, porque no participan, en modo alguno, de la contemplación. Por consiguiente, hasta donde se extiende la contemplación, la felicidad, y aquellos que pueden contemplar más son también más felices, pero no por accidente, sino en virtud de la contemplación. Pues ésta es por naturaleza honorable. La felicidad será una especie de contemplación.

Sin embargo, el hombre contemplativo necesitará del bienestar externo, ya que nuestra naturaleza no se basta a sí misma para la contemplación, sino que necesita salud corporal, alimento y los demás cuidados. Por cierto, no debemos pensar que el hombre, para ser feliz, necesitará muchos y grandes bienes externos; puede ser bienaventurado sin ellos, pues la autarquía y la acción no dependen de una superabundancia de estos bienes, ya que uno puede actuar de acuerdo con la virtud aun con recursos moderados. Esto puede verse por el hecho de que los particulares, no menos que los poderosos, pueden realizar acciones honrosas: de esta manera si uno dispone de tales recursos, la vida será feliz si se actúa de acuerdo con la virtud. Quizá Solón se expresaba bien cuando decía que, a su juicio, el hombre feliz era aquel que, provisto moderadamente de bienes, hubiera realizado las más nobles acciones y vivido una vida moderada, pues es posible practicarlo que se debe con bienes moderados. Anaxágoras no atribuía al hombre feliz ni riqueza ni poder, al decir que no le extrañaría que el hombre feliz pareciera un extravagante del vulgo, pues éste juzga por los signos externos, que son los únicos que percibe. Las opiniones de los sabios, parecen estar en armonía con nuestros argumentos. Pero, mientras estas opiniones merecen crédito, la verdad es que, en los asuntos prácticos, se juzga por los hechos y por la vida. Así, debemos examinar lo dicho refiriéndolo a los hechos y a la vida, y aceptarlo, si armoniza con los hechos, pero considerándolo como simple teoría, si choca con ellos.

Además, el que procede en sus actividades de acuerdo con su intelecto y lo cultiva, parece ser el mejor dispuesto y al más querido de los dioses. Si los dioses tienen algún cuidado de las cosas humanas, también será razonable que se complazcan en lo mejor y más a fin a ellos, y que recompensen a los que más lo aman y honran. Todas estas actividades pertenecen al hombre sabio y por eso será el más amado

de los dioses y es cierto que sea también el más feliz. De modo que, considerado de este modo, el sabio es el más feliz de todos los hombres.

EPICURO

Máximas para una vida feliz

La muerte de Aristóteles marca —por lo menos de manera simbólica— el fin de la Grecia clásica. No en vano, tras la desaparición del Estagirita comenzamos a hablar sobre el «helenismo». Sin embargo, el fin de la Grecia clásica y del espíritu de lo social como eje de las reflexiones filosóficas se encuentra vinculado — como algo más allá de lo simbólico— con la derrota de los hoplitas y el surgimiento del imperio de Alejandro.

Tras la derrota de los griegos y las imposiciones de los macedonios, la polis y lo social perdieron su antiguo sentido y, con ello, la visión de la felicidad se transformó y dio paso a una revuelta filosófica contra el Estagirita. Epicuro —por lo menos en este sentido— inicia la ruptura con la propuesta aristotélica de la felicidad, al buscarla de manera individual dentro del alma humana, «había que intensificar las relaciones con nosotros mismos antes de pensar en organizarnos como sociedad» comenta uno de los estudiosos de Epicuro al interpretar uno de sus pensamientos.

La propuesta de Epicuro no apela a los dioses —pues ellos son muy lejanos de los hombres—, tampoco busca su sentido en la política —pues ella siempre se enloda a causa de las pasiones y la maldad— y mucho menos espera hallarla en la convivencia entre los hombres —pues ella siempre queda marcada por las pasiones que enturbian el alma—. La felicidad, en consecuencia, sólo puede estar dentro de nosotros mismos.

De esta manera, incluir en esta compilación una buena parte de las máximas que de este filósofo han sobrevivido a la historia, no sólo nos permite descubrir las características de la revuelta contra Aristóteles, sino también adentramos en un individualismo capaz de realizarse en la felicidad.

Máximas para una vida feliz

- El hombre feliz no tiene preocupaciones ni se las causa a otros, esto sólo se da en el débil.
- Para nosotros la muerte no es nada. Lo disuelto es insensible y lo insensible no es nada para nosotros.
- El límite de los placeres es la eliminación del dolor. Donde exista placer, por el tiempo que dure, no existe dolor.
- El dolor no se demora en la carne, el más terrible permanece muy poco tiempo. Las enfermedades muy duraderas tienen una dosis mayor de placer que de dolor.
- Es imposible vivir en el placer sin vivir sensata, honesta y justamente; ni vivir sensata, honesta y justamente, sin vivir placenteramente. Quien no consigue tales presupuestos, no puede vivir con placer.
- Algunos han buscado ser famosos y admirados, creyendo que conseguirían rodearse de seguridad frente a la gente. De modo que, si su vida es segura, consiguieron el bien de la naturaleza. Pero si no es segura, se quedan sin el objetivo al que se sintieron impulsados.
- Ningún placer es un mal. Pero las cosas que producen ciertos placeres acarrearán más perturbaciones que placeres.
- Si cualquier placer pudiera intensificarse, y pudiera hacerlo tanto por su duración como por su impacto a las partes dominantes de nuestra naturaleza, entonces los placeres no podrían diferenciarse individualmente.
- Si las cosas que producen placer a los perversos les liberaran de los terrores sobre los fenómenos celestes, la muerte y los sufrimientos, y además le enseñaran el límite de sus deseos, no tendríamos nada que reprocharles, estarían saciados por todas partes de placeres y carentes de dolor y pesar, de lo que es, en definitiva, el mal.
- Si no nos perturbaran los fenómenos celestes y el temor a la muerte y si desconociéramos los límites de los dolores y los deseos, no necesitaríamos de la investigación de la naturaleza.
- Era imposible liberarse del temor ante las preguntas sin conocer cuál es la naturaleza del universo: sin la investigación de la naturaleza no será posible recoger placeres sin mancha.

- Ninguna sería la ganancia de procurarse la seguridad entre los hombres si uno se angustia por los fenómenos del cielo.
- Cuando se tiene cierta seguridad frente a la gente, se consigue la seguridad más límpida, que procede de la tranquilidad y del apartamiento de la muchedumbre.
- La riqueza acorde con la naturaleza está delimitada y es fácil de conseguir. Pero la de las ambiciones se derraman al infinito.
- Al sabio poco le ofrece la fortuna. Sus mayores bienes se los ha distribuido su juicio y se los distribuye y distribuirá a lo largo de todo el tiempo de su vida.
- El justo es imperturbable, y el injusto está repleto de perturbación.
- No crece el placer en la carne, una vez que se ha extirpado el dolor por alguna carencia, sólo se colorea. El límite del placer puesto por la mente, lo produce la reflexión sobre las cosas que habían causado los mayores temores.
- Un tiempo ilimitado y un tiempo limitado contienen igual placer, sino se miden los límites de éste mediante la reflexión.
- La carne concibe los límites del placer como ilimitados, y querría un tiempo ilimitado para procurárselos. Pero la mente nos consigue una vida perfecta: gracias a ello no necesitamos ya un tiempo infinito, pues no rehuye al placer.
- Quien es consciente de los límites de la vida sabe que fácil de obtener es aquello que provoca dolor por una carencia; quien sabe esto no necesita aquello que conlleva luchas competitivas.
- Es preciso confirmar por medio de la reflexión el fin que nos hemos propuesto y la evidencia que referimos en nuestras opiniones. De lo contrario, todo estará lleno de incertidumbre y confusión.
- Los deseos que no terminan en el dolor de no saciarse, no son necesarios, representan un impulso fácil de eludir cuando son de difícil consecución o efectos perniciosos.
- De los bienes que la sabiduría ofrece para la felicidad, el mayor es la adquisición de la amistad.
- Si rechazas las sensaciones no tendrás ninguna referencia para juzgar a las que afirmas que son falsas.
- Si vas a rechazar en bloque cualquier sensación y no vas a distinguir lo imaginado, lo añadido, lo presente en la sensación y en los sentimientos, en y cualquier contacto imaginativo de la mente, confundirás las demás sensaciones con tu vana opinión. Por el contrario, si vas a dar por seguro todo lo añadido en tu imaginación y lo que no se presta a la confirmación, no evitarás el error. En cualquier deliberación estarás guardando una ambigüedad total entre lo auténtico y lo falso.
- El mismo conocimiento que nos ha hecho tener confianza en que no existe nada terrible, eterno o duradero, nos hace ver que la vida consigue su perfección en la amistad.
- Unos deseos son naturales y necesarios, otros son naturales y no necesarios. Otros no son naturales ni necesarios, sino que nacen de la vana opinión.
- A algunos de los deseos naturales, que no acarrearán dolor si no se sacian, proceden de una vana opinión; y no se diluyen, por su propia naturaleza, sino por la vanidad del ser humano.
- Lo justo sobre un acuerdo es lo conveniente para no hacerse daño unos a otros.
- Respecto de todos aquellos animales que no pudieron hacer pactos para no hacer daño ni sufrirlo, hicieron algo que no fue justo ni injusto. De igual modo, aquellas razas que no pudieron o no quisieron hacer esos pactos para no hacer ni sufrir daño, no hicieron nada justo o injusto.
- La justicia nunca fue por sí misma, sino que fue un pacto para no hacer ni sufrir daño en repetidas ocasiones y en ciertos lugares.
- La injusticia no es en sí misma un mal, sino que es mala por el temor ante la sospecha de que no pasará inadvertida a los destinados a castigar tales actos.
- No le es posible a quien viola en secreto alguno de los acuerdos para no hacer ni sufrir daño, confiar en que pasará inadvertido, aunque haya sido así diez mil veces hasta el presente: es imprevisible que pase así hasta el fin de su vida.
- Quien se prepara de la mejor manera para no depender de las cosas externas, procura familiarizarse con todo lo posible, y que las cosas imposibles no le sean menos extrañas.
- Quienes han obtenido la máxima confianza en sus prójimos, han logrado vivir en comunidad del modo más agradable al tener segura la fidelidad; y aunque tengan la más plena intimidad, no lloran la apresurada despedida del compañero que muere.
- Cualquier dolor es fácilmente desdeñable; el que entraña intenso sufrimiento tiene corta duración, y el que perdura en el cuerpo sólo produce ligero pesar.

- Es difícil que quien comete injusticia pase inadvertido; también es imposible que consiga la confianza de pasar inadvertido.
- La necesidad es un mal, pero no existe ninguna necesidad de vivir en tal necesidad.
- Para la mayor parte de los hombres la inactividad es torpeza, locura.
- Una sola vez nacemos, y no podemos vivir eternamente. Aunque no eres dueño de tu mañana, sometes la dicha a dilación. De esta manera, la vida se consume inútilmente en una espera y cada uno de nosotros muere sin haber gozado la quietud.
- Apreciamos nuestras costumbres como algo que nos es propio; del mismo modo es preciso apreciar las de nuestro prójimo, si es honesto.
- Nadie, cuando ve el mal, lo elige: queda cautivo de él, pues es seducido como por un bien en relación a un mal aún mayor.
- No ha de ser estimado dichoso el joven, sino el viejo que ha vivido una hermosa vida. El joven es frecuentemente sacudido por las veleidades del azar, mientras que el viejo arriba a la vejez como a un puerto, coronando los bienes que antes había esperado con zozobra.
- Si se suprime la vista, el trato y el contacto, se desvanece la pasión amorosa.
- El que se olvida de los bienes gozados en el pasado ya es viejo.
- No hay que violentar la naturaleza sino persuadirla; y la convenceremos satisfaciendo los deseos necesarios que no nos resulten perjudiciales, y rechazando los nocivos.
- Toda amistad es deseable por sí misma; pero tiene su origen en los beneficios.
- Los sueños no tienen naturaleza divina ni poder adivinatorio, resultan de los simulacros.
- La pobreza que se acomoda a la naturaleza es una gran riqueza y la riqueza sin límites es una gran pobreza.
- El discurso extenso y breve tienden al mismo fin.
- No se han de considerar aptos para la amistad a los precipitados ya los indecisos, pues por amor a la amistad es preciso arriesgarla.
- La veneración del sabio es un bien para quien lo venera.
- Este es el grito de la carne: no tener hambre, no tener sed, no tener frío; quien tenga y espere lograr esto podría rivalizar con Zeus en felicidad.
- No necesitamos tanto de la ayuda de nuestros amigos, sino de la confianza que nos proporciona esa ayuda.
- La naturaleza es débil para el mal, pero no para el bien; en los placeres se conserva; en los dolores, al contrario, se destruye.
- Es muy poca cosa aquél que encuentra muchos motivos razonables para abandonar la vida.
- No es un verdadero amigo el que busca en todo la utilidad, o el que jamás la une a la amistad. Uno se convierte en tendero de favores con la idea de recompensa y el otro corta de raíz la buena esperanza para el futuro.
- Quien dice que todo sucede por necesidad nada puede objetar al que niega que todo acontece por necesidad, pues esto mismo afirma que todo acontece por necesidad.
- Es preciso reír y filosofar, así como cuidar de los asuntos domésticos y mantener las relaciones habituales, sin dejar de proclamar las máximas de la filosofía.
- En el mismo tiempo nace y se goza el máximo bien.
- Codiciar el dinero injustamente es impío; de acuerdo con lo justo, indecoroso. Es vergonzoso, atesorar con sordidez, incluso de acuerdo con lo que es justo.
- Desterremos las malas costumbres como lo haríamos con los hombres malvados que, durante mucho tiempo, nos causan daños.

- Esforcémonos, mientras estemos en el camino, en hacer el último esfuerzo mejor que el precedente. Y cuando lleguemos al final, alegrémonos con moderación.
- La amistad danza en la tierra y anuncia que despertemos para la felicidad.
- De nadie se ha de sentir envidia: los buenos no lo merecen y los malos, cuanto más afortunados son, tanto más se perjudican a sí mismos.
- Es necesario no fingir que filosofamos, sino hacerlo realmente; no necesitamos aparentar que estamos sanos, sino estarlo verdaderamente.
- Debemos curarlas desgracias con el grato recuerdo de los bienes perdidos.
- No sufre más el sabio si es sometido a tortura que si un amigo es sometido, y por él está dispuesto a morir. Porque, si traiciona a su amigo, toda su vida será desconcierto y agitación por causa de su infidelidad.
- Hemos de liberarnos de la cárcel de los intereses que nos rodean y lo mismo debemos hacer con respecto a la política.
- No es insaciable el vientre, sino la falsa opinión acerca de la ilimitada avidez del vientre.
- Cada cual deja la vida como si acabara de nacer ahora.
- Si la ira de los padres con los hijos está justificada, es necio oponerse y no tratar de obtener el perdón. Si no está justificada, es ridículo recurrir a todo lo que va contra la provocación y no apaciguarlo de otra manera.
- La frugalidad tiene su medida; quien no la tiene en cuenta sufre por quien desborda los límites por su inmoderación.
- Es absurdo pedir a los dioses lo que uno es capaz de procurarse por sí mismo.
- Compadezcámonos de los amigos, no con lamentaciones sino prestándoles ayuda.
- Una vida libre no puede adquirir grandes riquezas porque no es fácil conseguirla sin servilismos al vulgo ya los poderosos.
- Nada es suficiente para quien lo poco es suficiente.
- La ingratitud del alma hace variar hasta el infinito los alimentos.
- No hagas en tu vida aquello que pueda procurarte un temor conocido por el prójimo.
- Tenemos que presentar a todos y cada uno de los deseos estas interrogaciones: ¿qué me sucederá si se realiza lo que mi deseo trata de conseguir? y ¿qué sino se realiza?
- El que haya padecido algunos dolores en el cuerpo le ayuda a ser cauteloso frente a sus congéneres.
- En las discusiones entre quienes aman razonar obtiene más provecho el que resulta inferior por lo que aprende del otro.
- La libertad es el más grande fruto de la autosuficiencia.
- El hombre bien nacido se dedica principalmente a la sabiduría y la amistad: una es un bien mortal; la otra, inmortal.
- El hombre sereno no da molestias a sí mismo o a los demás.
- En el joven, el remedio infalible para su salud es conservar la juventud y estar precavido contra todo lo que pueda enturbiarla.

MARCO AURELIO
Máximas y meditaciones

Imaginemos al autor de estas páginas: Marco Aurelio es el hombre más poderoso del mundo occidental; es el César, el líder de los ejércitos que enfrentan a los bárbaros en las fronteras orientales del imperio, el hacedor de leyes que buscaban crear una Roma justa y bondadosa, el guerrero que durante su mandato apenas y vivió unos cuantos años de paz. Imaginémoslo en su tienda tras la batalla, veámoslo escribiendo en

unas tablillas una serie de reflexiones que —salvo su primera parte en la que da cuenta de los dones recibidos de su familia, mentores y amigos— surgen de manera libre para acercarle a la filosofía.

Las Meditaciones de Marco Aurelio —este es el nombre más común que los editores y los traductores han dado a estas páginas, que llevaban como encabezado las palabras «para mí mismo»— no fueron pensadas como un texto que sería publicado, eran —simplemente— unos cuantos folios destinados al uso personal de su autor. Tal vez por ello, las Meditaciones se perdieron al paso de los siglos y no fueron publicadas sino hasta 1559; tras ser descubiertas en una antigua biblioteca.

Tras la aparición de este libro, durante casi 500 años Marco Aurelio ha vuelto para mostrarnos un camino que conduce a una felicidad que no apela a la necesidad de afeites, poder o riqueza, pues ella se encuentra —justo como lo señalaba Epicuro— dentro de cada uno de nosotros.

Máximas y meditaciones

- De mi abuelo Vero heredé la bondad y la ecuanimidad.
- De la buena fama y memoria legadas por mi padre, recibí la circunspección y el carácter viril.
- De mi madre heredé la piedad, la liberalidad y la capacidad no sólo para ejecutar una acción mala, sino también para pensarla; además, de ella recibí la capacidad para disfrutar la simplicidad en el vivir y la distancia en cuanto al sistema de vida que siguen los ricos.
- De mi bisabuelo recibí el no haber frecuentado las escuelas públicas y haberme proveído de buenos maestros en casa.
- De mi ayo, el no haber sido ni verde ni azul, ni partidario de los parmularios o de los escutarios; la constancia en la fatiga y los escasos cuidados; el afán de obrar por mí mismo, sin agobiarme con las tareas excesivas; el menosprecio a los chismosos.
- De Diognetes recibí la aversión a las frivolidades; la incredulidad de lo que cuentan los charlatanes acerca de la manera de preservarse de los espíritus; a no dedicarme a la cría de codornices ni enfrascarme en manías; a aguantar la impresión de que se está hablando de uno en las conversaciones; a familiarizarme con la filosofía, oyendo las lecciones; a ejercitarme, de niño, en componer diálogos; a haber codiciado el camastro de campaña, cubierto de simple piel y las otras disciplinas inherentes a la educación helénica.
- Debo a Rústico el comprender la necesidad de enderezar mi carácter y vigilarlo; no haberme desviado hacia la sofística, ni haber compuesto tratados teóricos ni esas obras retóricas que tienden a la persuasión: no intentar sorprender al público con actividades de beneficencia; haber renunciado a la retórica, la poesía y al estilo atildado; no pasearme por casa en toga, impidiéndome tales vanidades ceremoniosas; escribir sencillamente mis cartas; estar siempre dispuesto a doblarme y reconciliarme con los que me irriten o me ofendan; leer con reflexión, sin contentarme con una noticia superficial de los escritos; no dar fácil ascenso a las personas que charlan de todo fuera de propósito; haber podido leer los escritos de Epicteto, que él me prestó de su biblioteca.
- Debo a Apolonio la independencia de espíritu, la decisión sin perplejidades, el no dejarme regir por otro principio que por la razón; permanecer siempre igual, en los dolores más agudos, en la muerte de un hijo, en las largas enfermedades; haber visto claramente que se puede juntar la mayor energía a la dulzura; no tener ningún desabrimiento a lo largo de las lecciones; en haber visto a un hombre que juzgaba como la menor de sus cualidades su experiencia y su destreza en transmitir la doctrina; haber aprendido cómo hay que aceptar las finezas de los amigos, sin dejarse esclavizar por ellas y sin rechazarlas de manera ruda.
- A Sexto, la benevolencia y el modelo de una casa patriarcal; la idea de la vida conforme a la razón natural; la gravedad sin afectación; la solicitud desvelada por los amigos; la tolerancia con los necios y los atolondrados, en suma: la armonía con todos. Asimismo, de él recibí la habilidad de descubrir con exactitud y método los principios necesarios para la vida; no haber nunca manifestado —incluso en apariencia— señales de cólera u otra pasión, antes bien, poseer un carácter muy pacífico y, al mismo tiempo, entrañable; propenso a la alabanza, pero con discreción; la vasta erudición, sin pedantería.
- Aprendí de Alejandro el gramático, el no censurar; no herir a quienes cometieron un error, sino anunciar con maestría la única palabra que convenía proferir, bajo la forma de una respuesta, de una

confirmación o de una deliberación sobre el fondo mismo, o por otro medio apropiado de hábil sugerencia.

- De Frontón, el haber comprendido hasta qué punto llega la envidia, la duplicidad y la hipocresía de los tiranos, y cómo esos personajes son insensibles a la estima.
- De Alejandro el platónico, el no repetir a menudo y sin necesidad, que estoy muy ocupado; y no rechazar así los deberes que las relaciones sociales imponen, pretextando un agobio de quehaceres.
- De Cátulo, el no despreocuparme por las quejas de los amigos, aun en el caso de que fueran inmotivadas, sino al contrario, intentar restablecer las relaciones de amistad; elogiar a los maestros, como lo hacían Domicio y Atenodoto. Amar sinceramente a los hijos.
- De mi hermano Severo, el amor a la familia, a la verdad y al bien; el haber adquirido la idea cabal de un Estado democrático, fundado sobre la igualdad y la libertad de voto, y de un poder que respetase, por encima de todo, la libertad de sus vasallos; de él, también, la aplicación perseverante a la filosofía; la beneficencia a la asidua liberalidad; la plena esperanza y confianza en la buena fe de los amigos; ningún disimulo para aquellos que se deben de censurar; ninguna necesidad de que sus amigos adivinaran qué quería, pues procedía francamente con ellos.
- De Máximo, el señorío de sí mismo, sin dejarse arrastrar por las ocasiones; buen ánimo en todas las coyunturas, aun durante las enfermedades; la moderación de carácter, dulce y grave en el cumplimiento sin esfuerzo de cuantas tareas se tienen a cargo; el que todos confiaran que así sentía como decía, y que cuando obraba, lo hacía sin fin torcido, sin asombro ni temor; nunca precipitación ni perplejidad, ni incertidumbre, ni abatimiento, ni medias sonrisas, seguidas de arrebatos de ira o desconfianza; la beneficencia, la facilidad en perdonar, la sinceridad; dar la sensación de hombre firme más bien que enderezado. Ninguno pudo imaginarse que Máximo les aventajara en admitir que nadie le fuera superior; destacando su urbanidad y cortesía.
- De mi padre, la dulzura, pero también la firmeza inalterable en las resoluciones tomadas con madurez; la indiferencia respecto a las vanas apariencias de gloria; el amor a los negocios con perseverancia; la atención para prestar oídos a los que son capaces de proponer algún proyecto de utilidad pública; el distribuir a cada uno, según su mérito; la habilidad en discernir cuando hay necesidad de un esfuerzo persistente o de un aflojamiento; la renunciación a la familiaridad con los mancebos; la jovialidad con todos; la libertad concedida a los amigos para que no asistieran siempre a sus convites ni le acompañaran necesariamente en los viajes, encontrándole siempre ecuánime cuando alguien por alguna situación le hubiera dejado algún tiempo; el afán y la constancia en examinar minuciosamente los asuntos sin renunciar a una cabal investigación, satisfecho con una información superficial; el cuidado en conservar a los amigos sin mostrárseles fastidiado ni excesivamente apasionado; el arte de bastarse a sí mismo en todo, manteniendo la serenidad; la atención en prever de lejos y en ajustar con anticipación todos los pormenores sin alboroto; la represión de las aclamaciones y de todo género de lisonja hacia su persona; mantener la vigilancia constante sobre los grandes intereses del Estado; la administración con cuenta y razón de los impuestos públicos, y la tolerancia con las murmuraciones que en este particular le herían, ninguna superstición en el culto a los dioses; respecto a los hombres, ninguna bajeza para granjearse la popularidad, mostrándose demasiado obsequioso o demasiado amigo del populacho; antes bien, sobriedad en todo, conducta constante, experiencia del vivir decoroso y sin deseo de novedades, el uso de los bienes que contribuyen al regalo de la vida —que de ellos había colmado la fortuna— a la vez sin fastuosidad y sin excusas, de suerte que sin alborozo los gozaba, cuando venían a sus manos, y no los echaba de menos cuando le faltaban.

Nadie había podido tacharle de charlatán, de adulator o pedante; al contrario, todo el mundo reconocía en él a un hombre maduro, consumado, inaccesible a la adulación, capaz de dirigir los negocios ajenos sin olvidar los propios. Además, el respeto con que trataba a los que se afanaban en el ejercicio de la filosofía; en cuanto a los que lo fingían, sin dirigirles reproche alguno, no se dejaba embaucar por ellos, pues su plática era afable y encantadora, sin llegar al hartazgo.

La diligencia con que cuidaba razonablemente la compostura de su cuerpo, pero no como quien ama en demasía la vida, sin refinamiento y negligencia, gracias al cuidado de su persona, no tuvo casi nunca necesidad de recurrir a la medicina ni a los medicamentos de uso interno o externo; sobretodo, su complacencia, exenta de envidia, para los hombres excelentes en alguna facultad, por ejemplo, la elocuencia, la jurisprudencia, la ética o bien otra ciencia; la ayuda que les prestaba para que consiguiera cada uno los honores que merecía por sus particulares profesiones, teniendo siempre a la

vista la disciplina de sus antepasados, pero sin hacer alarde ni amoldarse a dichas costumbres. No era de los que propenden a desplazarse o a desasosegarse, sino que gustaba de permanecer largo tiempo en los mismos sitios y quehaceres; al cesar los violentos ataques de sus dolores de cabeza, entregábase pronto, rejuvenecido y vigoroso, a sus tareas habituales; no habla muchos secretos, sino escasos, de tarde en tarde, y sólo sobre asuntos de Estado: su conducta era razonable y mesurada en la celebración de fiestas, en la construcción de edificios, en las distribuciones al pueblo y en otros casos análogos, como cuadra al hombre sólo gobernado por las reglas del deber y no por el aura de la gloria popular; ni baños a deshora, ni afición apasionada por edificar, ni primor en la comida, ni en los tejidos y pliegues del vestido, ni en el brillante aspecto de sus pajes. La holgura que le procuraba la vida oficial en Lorio permitíale desplazarse a una quinta vecina, algo más abajo, y las más de las veces a las que poseía en Lanuvio; librábase en tales ocasiones de todo aparato ceremonioso, si bien solía disculparse de tanta libertad, como hizo con un publicano, en Tásculo, que le ofrecía sus servicios. Esta era habitualmente su manera de vivir, nadie le vio altanero, ni malhumorado, ni duro, hasta el punto que se pudiera decir de él: ¡mira nada más cómo suda!, sino que siempre sus planes estaban meditados exactamente, despacio, sin turbación ni desorden, sólidamente, concertadamente. Se le podría con razón aplicar lo que se cuenta de Sócrates: que sabía abstenerse y disfrutar de los bienes, cuya carencia hace infelices a muchos hombres, mientras se entregan a su goce sin templanza. En fin, su fuerza, su resistencia y el equilibrio en uno y otro caso, son propios de un hombre que posee un espíritu bien templado, invicto, como lo probara en la enfermedad que le llevó al sepulcro.

- Debo a los dioses el haber tenido buenos abuelos, buenos padres, una buena hermana; buenos maestros, buenos familiares, parientes y amigos casi todos buenos; el no haber faltado en nada a mi deber con ninguno de ellos, aun cuando, debido a mi carácter, hubiera podido, dada la ocasión hacerlo; es, un beneficio de los dioses el no haberse producido un concurso de circunstancias capaz de hacerme avergonzar; no haber sido educado largo tiempo en casa de la concubina de mi abuelo; haber conservado sin mancillar la flor de mi juventud; no haber usado mi prematura virilidad; más todavía, haberlo hecho en el tiempo oportuno; quedar supeditado a un príncipe, mi padre, que debía destruir en mí toda vanidad y hacerme comprender que se puede vivir en la corte sin tener necesidad de una guardia personal, de vestidos lujosos, de lámparas, de estatuas y otras cosas parecidas y de tal pompa, y que, por el contrario, cabe muy bien ceñirse casi a la condición de un simple particular, sin proceder por ello indigna o negligentemente con relación a los deberes que impone la soberanía del Estado. Haberme tocado en suerte un hermano, capaz por su carácter de incitarme al cuidado de mí mismo y que, al mismo tiempo, me encantaba con su trato y su cariño; haber tenido hijos, no ineptos ni contrahechos; no haber avanzado demasiado en la retórica, en la poesía y en los otros estudios que acaso me habrían absorbido si yo hubiese observado que adelantaba en ellos; haberme anticipado a los deseos de mis maestros, colocándolos en el grado de dignidad que me parecía deseaban, sin abandonarme a la esperanza de poder más tarde, dada mi juventud, efectuar mi deseo; haber conocido a Apolonio, Rústico, Máximo; haberme representado, claramente y a menudo, el sistema de una vida conforme a la naturaleza, de suerte que, en cuanto concierne a los dioses, a sus comunicaciones, socorros e inspiraciones, nada me impedía, desde entonces, vivir acorde con la naturaleza; y, si aun estoy lejos de ello, es por mi culpa y por haber desatendido las advertencias, mejor, las lecciones de los dioses; la resistencia indefectible de mi cuerpo a tal género de vida de no haber estado en contacto, ni con Benedicta ni con Teodoto; y más tarde, acosado por las luchas amorosas, haberme curado; aunque enojado a menudo contra Rústico, no haber hecho nada de lo que deba arrepentirme; el que mi madre, destinada a morir joven, pasó por ¡o menos cerca de mí sus postreros años; que cuantas veces quise socorrer a un hombre indigente o que necesitaba de ayuda, nunca me escuché decir que no hubiera dinero disponible por haber experimentado yo mismo la necesidad del socorro ajeno; haber tenido una consorte tan obediente, apasionada y sencilla; haber tenido en abundancia maestros capacitados para mis hijos; haber recibido, sueños, la revelación de diversos remedios, y especialmente para mis vómitos de sangre y mis dolores de cabeza, y una especie de oráculo, en Gaeta; el no haber caído, cuando empecé a gustar de la filosofía, en manos de un sofista, ni haberme dedicado al análisis de autores, o a resolver silogismos o a perder el tiempo con la física celeste.

Todas estas gracias provienen necesariamente de los dioses benéficos y de la fortuna.

- Apenas amanezca, piensa: hoy tropezaré con algún entrometido, ingrato, insolente, doloso, un envidioso o un egoísta. Todos estos vicios les sobrevinieron por ignorancia del bien y del mal. Pero

yo, habiendo observado que la naturaleza del bien es lo bello, y que la del mal es lo torpe, y que la condición del pecador mismo es tal que no deja de ser mi pariente, participante, no de mi sangre o prosapia, pero si de una misma inteligencia y de una partícula de divinidad, no puedo recibir afrenta de ninguno de ellos, porque nadie podría mancharme con su infamia. Ni puedo tampoco enojarme contra mi pariente ni aborrecerle, porque hemos sido creados para ayudarnos mutuamente, como lo hacen los pies, las manos, los párpados, los dos órdenes de dientes, el superior y el inferior. Actuar como adversarios los unos de los otros, es ir contra naturaleza: tratar a alguien de adversario provoca el indignarse o apartarse de él.

- Todo mi ser se reduce a esto: la carne, el espíritu, la facultad rectora. Renuncia a los libros y no te distraigas más tiempo; esto no te es lícito; pero, pensando que eres mortal, desprecia la carne: no es más que fango, sangre, huesos, un manojo de nervios, una red de venas y arterias. Mira lo que viene a ser tu espíritu: viento, y no siempre el mismo, que a cada instante lo expeles para aspirarlo de nuevo. Queda, en tercer lugar, la recta razón. Haz de cuenta que eres viejo; no permitas que se te esclavice, que te agiten, como títere movido por hilos, a merced de instintos egoístas; que se te irrite contra el destino presente o futuro.
- Las obras de los dioses se presentan rebosantes de una providencia; las de la fortuna, no dejan de depender de la misma naturaleza o de una trama y concatenación de los acontecimientos regidos por la providencia. Todo dimana de ella. Además, cuanto acontece es necesario y contribuye a la utilidad común del universo, del cual tú eres una parte. Además en cada una de las partes de la naturaleza, el bien es lo que lleva consigo la condición de lo universal y lo que ordena su conservación. El mundo se conserva por la transformación de los cuerpos mixtos, sea por la de los elementos. Estos pensamientos son principios perpetuos. En cuanto a tu sed de lectura, deséchala, para poder morir, realmente resignado y con el corazón abierto a los dioses.
- Recuerda cuánto tiempo has diferido la ejecución de estas máximas y las veces que has obtenido moratorias de los dioses, sin aprovecharlas. Conviene, que ahora por fin comprendas de qué soberano del mundo provienes, y que tu vida está circunscrita en un tiempo acotado. Si no aprovechas de este momento para serenar tus apetitos, pasará, y tú pasarás con él, y no volverás otra vez.
- Afánate, a cada momento, como romano y varón, en hacer lo que tienes entre manos, con precisa y sincera gravedad, con amor, libertad y justicia, procurando desasirte de cualquier otra preocupación. Lo conseguirás si ejecutas cada acción de tu vida como si fuese la última, despojada de toda irreflexión y de toda apasionada repugnancia al señorío de la razón, sin falsedad, ni egoísmo, ni displicencia ante las disposiciones del destino. Ya ves qué pocos son los principios que debes poseer para vivir una vida próspera y temerosa de los dioses. Que los dioses no exigirán otra cosa a quien observe estos preceptos.
- ¡Ultrájate, ultrájate a ti misma, alma mía! Y no encontrarás luego la ocasión de adquirir el honor que a ti misma debes. Breve es la vida de todos. La tuya se te paso casi toda, y no te aprecias cuando, por el contrario, mides tu felicidad por lo que acontece en las almas ajenas.
- No te distraigan los incidentes exteriores. Desocúpate para aprender algo más de lo bueno y cesa de andar girando como una devanadera. Conviene asimismo precaverte de otra clase de extravío. Que desvarían los que, a causa de tantos quehaceres, se hastían de la vida y no tienen blanco alguno al que dirijan todos sus esfuerzos y, en una palabra, sus ideas.
- No es fácil tropezar con un hombre que sea desgraciado por dejar de entrometerse en lo que ocurre en el alma de los demás. Pero los que no escudriñan los movimientos de su propia alma forzosamente son desgraciados.
- Es menester tener siempre presentes estos principios: cuál es la naturaleza del universo y la mía; qué relación existe entre ésta y aquella; qué parte del universo soy yo y qué es; que nadie te impida hablar y obrar siempre conforme con la naturaleza, de la que formas parte.
- Como filósofo Teofrasto afirma que las faltas cometidas por concupiscencia son más graves que las cometidas por ira. En efecto, el hombre montado en cólera experimenta cierta pena y una secreta angustia de corazón al desviarse de la razón. Pero el que peca por concupiscencia, vencido por el deleite, aparenta cierta debilidad y afeminamiento al incurrir en estas faltas. Con razón, y como filósofo digno de tal nombre, Teofrasto sostiene que los desórdenes cometidos por placer son más censurables que los cometidos por dolor. Ciertamente, en el último caso, el culpable parece ser un hombre provocado por la justicia y forzado a inflamarse en cólera; en el primer caso, por el contrario, es él mismo quien ha decidido ser injusto, arrastrado a obrar así por el capricho de la concupiscencia.

- Conformar siempre tus acciones, palabras y pensamientos a la idea de que puedes salir a cada instante de la vida; pues, si hay dioses, despedirse de los hombres nada quiere decir, pues éstos no sabrían hundirte en la desgracia. Y si no los hay, o bien si no se cuidan de las cosas humanas, ¿por qué vivir en un mundo vacío de dioses o falto de providencia? Pero la verdad es que ellos existen y miran por las cosas humanas y, con el fin de que venga el hombre a incurrir en los verdaderos males, se le confiere de plena autoridad. Si algo, fuera de estos males, nos fuera nocivo, ellos se hubieran desvelado para que cada uno de nosotros pudiera cuidarse.

Pero lo que no empeora al hombre ¿cómo podría hacerlo la vida? la naturaleza universal no hubiera dejado de proveer para este mal, ni por ignorancia ni por propósito, como sin arbitrio para precaverlo o corregirlo; ni por impotencia ni por incapacidad hubiera cometido la naturaleza el grave delito de repartir los bienes en la misma medida que los males, a los buenos y a los malos indistintamente. Pero la muerte y la vida, la gloria y la oscuridad, el dolor y el placer, la riqueza y la pobreza, todo está repartido en la misma medida, a los hombres buenos y a los malos, sin ser por ello ni cosas honestas ni torpes; luego, en rigor, no son ni bienes ni males verdaderos.

- ¿Con cuánta velocidad se pasa todo: en el mundo, los cuerpos, y en la posteridad, su memoria! ¿De qué condición son todos los objetos sensibles y, con particularidad, los que nos halagan por el placer o nos espantan por el dolor o resuenan, por la vanidad, a todos los vientos! ¿Cómo aparece todo vil, despreciable, vulgar, destructible, muerto, a las mentes capaces de percibirlo! ¿Qué son aquellos de cuyo modo de opinar y hablar depende la reputación? ¿Qué es la muerte? Que, si se la mira aisladamente y se abstraen, por análisis de los conceptos, los fantasmas que la imaginación aumenta, no se verá en ella más que un efecto de la naturaleza. Ahora bien: es evidentemente pueril temer los efectos de la naturaleza. Y no sólo la muerte es efecto de la naturaleza, sino aún la conveniencia de la misma. ¿Cómo se une el hombre con Dios y qué parte de sí mismo, y, sobre todo, cómo está dispuesta esta parte del hombre?
- Nada más infeliz que el hombre que lo inquiere todo girando de aquí para allá, que escruta, como dice el poeta, “las profundidades de la tierra”; que indaga por conjeturas lo que acontece en el alma ajena, sin acabar de entender que le bastaría sólo aplicarse al dios que habita en su interior y venerarle como es debido. Este culto consiste en conservarse puro de pasiones, de temeridad y de disgusto por aquello que procede de los dioses y de los hombres. Porque lo que viene de los dioses es digno de respeto, por ser obra de sí virtuosa; y lo que viene de los hombres nos es caro a causa del parentesco, si bien a veces no deja de ser, en cierto sentido, objeto de compasión por su ignorancia del bien y del mal, ceguera no menor que la que nos pide poder discernir lo blanco de lo negro.
- Aunque debieras vivir tres mil años y aun diez veces más, acuérdate siempre que no se pierde otra vida que la que se vive y que sólo se vive la que se pierde. Así, la más larga vida y la más corta vienen a reducirse a lo mismo. El momento presente que se vive es igual para todos; el que se pierde lo es también, y éste llega a parecernos indivisible. Y es que no se pierde el pasado ni el futuro; pues lo que no poseemos ¿cómo podría arrebatársenos? Conviene tener siempre en la mente estas dos cosas: la una, que todo, desde una eternidad, se presenta con un mismo semblante gira en la misma órbita, de modo que poco importa contemplar el mismo espectáculo cien o doscientos años, o un tiempo ilimitado; la otra, que el anciano y el que muere prematuramente experimentan la misma pérdida, puesto que sólo se nos priva del presente, que es lo único que poseemos, no se puede perder lo que no se posee.
- “Todo es opinión”. Evidentes son estas palabras atribuidas a Mónimo el cínico; evidente también la utilidad de dicha máxima, si sabemos valernos de agudeza, sin rebasar el límite de su verdad.
- Se deshonra el alma del hombre particularmente cuando, por lo que a sí toca, viene a hacerse como un divieso o una excrecencia en el cuerpo del mundo; porque irritarse con alguno de los acontecimientos que sobrevienen es como un absceso de la naturaleza universal, de la cual participan las de los otros seres. El alma se deshonra asimismo cuando se muestra adversa a alguno de los otros hombres, o se comporta con intención de hacerles mal, como acontece con las almas poseídas de ira. lo tercero, se deshonra cuando se da por vencida a causa de] dolor o el placer lo cuarto, cuando disimula, finge y altera la verdad por obra o de palabra. Lo quinto, cuando lanza su actividad o sus apetitos sin blanco fijo, y lo ejecuta todo al azar y sin continuidad, siendo que aun las más pequeñas acciones debieran tender a un fin propuesto; y el fin de los seres racionales es obedecer la razón y a la ley de la naturaleza, la más augusta de las ciudades y gobiernos.

- El tiempo de la vida humana es un punto; la sustancia, fluente; la sensación, oscurecida; toda la constitución del cuerpo, corruptible; el alma, inquieta; el desafío, enigmático; la fama, indefinible; en resumen, todas las cosas propias del cuerpo son a manera de un río, las del alma, sueño y vaho; la vida, una lucha, un destierro; la fama de la posteridad, olvido. ¿Qué es lo que nos pueda llevar al salvamento? Una sola y única cosa: la filosofía. Y ésta consiste en conservar el dios interior sin ultraje ni daño para que triunfe de placeres y dolores, para que no se realice en el acaso, y se mantenga lejos de toda falsedad y disimulo, al margen de que se haga o no se haga esto o aquello; además, para que acepte la parte que le toque en los varios sucesos accidentales e integrantes, procedentes de aquel origen del que procede él mismo; y, en particular, para que aguarde la muerte en actitud plácida, no viendo en ella otra cosa más que la disolución de los elementos de que consta todo ser viviente. Si no hay nada que se tema de los mismos elementos en esta transformación incesante ¿por qué temer la transformación y disolución de las otras cosas? Esto es conforme con la naturaleza: y nada es malo lo que en ella se acomoda.

CICERÓN

La felicidad en la vejez

En el año 44 A. c., Cicerón se convirtió oficialmente en un anciano. Tras muchos años de participación política, el pensador romano habla traspasado las puertas de lo que hoy llamamos «tercera edad». Ante este acontecimiento —que estaba más allá del control del tribuno—, Cicerón tomó la pluma para escribir un nuevo diálogo, cuyo principal destinatario era su amigo Tito Pomponio Ático, quien también se había convertido en un anciano, justo como lo señaló Cicerón en uno de sus textos: «pero así como yo, un viejo, escribí para un viejo acerca de la vejez, así en este libro, escribí muy amistoso, para un amigo, acerca de la amistad».

En este diálogo —conocido por los estudiosos como el Cato Maior— Cicerón no sólo nos da cuenta de la manera en que se concebía a la vejez durante la antigüedad clásica, sino que también nos ofrece la posibilidad de revalorar a la vejez como un periodo dichoso. Así pues, demos paso a las palabras de Cicerón, un anciano que fue capaz de revelarse contra los mitos de la vejez, y que encontró en esta época de la vida algunos de los ingredientes más valiosos para una vida feliz.

La felicidad en la vejez

Dicen algunos que la vejez carece de placeres. ¡Oh preclaro don de nuestra edad, puesto que nos quita lo que es más vicioso en la juventud! Escuchad, jóvenes, un viejo discurso de Arquitas de Tarento, que me fue transmitido cuando, siendo muy joven, me encontraba en Tarento con Quinto Máximo.

Arquitas sostenía que la naturaleza no había dado a los hombres ningún azote más terrible que el placer del cuerpo, por el cual las pasiones se desarrollaban de manera temeraria y desenfrenada.

De las pasiones nacen las traiciones a la patria, los trastornos de la república, las conjeturas y los enemigos. No existe ningún crimen, ni mala acción, que no impulse el deseo de placer; por cierto, los estupro, los adulterios y toda infamia también son provocados por el placer; y que no habiéndole dado al hombre más importante que la mente, nada es tan enemigo de este divino regalo como el placer. A tal grado que, cuando domina la pasión, no hay lugar para la templanza y la virtud no puede establecerse en el reino del placer.

Para que esto pudiera entenderse con mayor precisión, Arquitas aconsejaba imaginar a alguien incitado por el mayor placer del cuerpo, pues consideraba que nada podría meditar en la mente de una persona en estas condiciones; asimismo, nada conseguiría con la razón o con el pensamiento. Por ello, nada es tan detestable como el placer, puesto que éste, a medida que se intensifica y prolonga, extingue la luz del alma. Nearco de Tarento, huésped nuestro, que había permanecido en la amistad del pueblo romano, decía Arquitas, habló estas cosas con Cayo Poncio, padre de aquel, quien había superado a los cónsules Espurio Postumio y Tito Veturio en la batalla Caudina, participó en esa conversación el ateniense Platón, que vino a Tarento siendo cónsules Lucio Camilo y Apio Claudio.

¿Para qué cité esto? Para que se entendiera que, sino podemos rechazar el placer mediante la razón y la sabiduría, debemos tener una inmensa gratitud a la vejez. El placer, en efecto, impide la reflexión, es enemigo de la razón, ofusca, por así decir, los ojos de la mente y no tiene relación alguna con la virtud. Contra mi voluntad hice echar del Senado a Lucio Flaminio, siete años después de ser cónsul; porque pensé que debía ser censurada su pasión. Cuando se hallaba en la Galia en calidad de cónsul, se dejó persuadir en un convivio por los ruegos de una prostituta a que hiriera con el hacha a un hombre que estaba en la cárcel, condenado por un crimen capital. El escapó, pero Flaco y yo no pudimos aprobar una pasión tan escandalosa y depravada, que unía el oprobio privado y el deshonor del poder.

Muchas veces escuché a los mayores de edad, quienes decían que, siendo niño Cayo Fabricio solía sorprenderse del hecho de que, estando como embajador en el palacio de Pirro, había oído que en Atenas existía cierto hombre que se declaraba sabio y decía que todo lo que hacemos debe referirse al placer. Oyendo esto, Manio Curio y Tiberio Coruncanio deseaban que se persuadiera de esta doctrina a los samnitas y al propio Pirro, para que más fácilmente pudieran ser vencidos, una vez que se hubieran dado a los placeres.

¿Por qué razón hablamos tanto del placer? Porque no sólo no es ningún vituperio, sino un mérito de la vejez, el que no se eche de menos a ninguno de los placeres. Si se carecen de manjares, mesas colmadas, copas; en consecuencia de embriaguez, indigestión e insomnios. Pero si algo ha de concederse al placer, porque no fácilmente resistimos a sus halagos —pues la llama «el cebo de los males», al placer porque sin duda los hombres son atrapados, como los peces por el anzuelo—, puede deleitarse en módicos convivios. A menudo, siendo niño, veía a Cayo Duelio, el primero que derrotó con su flota a los cartagineses, que siendo viejo sólo un ciudadano regresaba de una cena con antorchas de cera y flautistas.

¿Pero por qué menciono a otros? Volveré a mí mismo. En primer lugar, siempre he tenido cófrades; siendo auxiliar de un cónsul fueron establecidas las cofradías y se acogieron los ritos de la Magna Madre; banqueteeaba, con mis cófrades con absoluta moderación; porque cierto hervor de la edad, al avanzar en el tiempo se hace más sosegado: no medía el deleite de los convivios por los placeres del cuerpo, sino por la reunión y las conversaciones de los amigos. Nuestros mayores llamaban a esta declinación de los amigos en el banquete, «convivio», porque tiene comunión de vida; la llamaron mejor que los griegos quienes decían «potaje en común» o «comida en común».

Por el placer de la conversación me deleito en los convivios prolongados, y no sólo con los de mi edad, de los cuales quedan muy pocos, sino también con los de la vuestra y con vosotros, pero tengo una enorme gratitud a la vejez, la cual me ha incrementado el deseo de la conversación y me ha quitado el de la bebida y comida. Y si esas cosas deleitan a alguien, que no parezca que he declarado totalmente la guerra al placer, del cual quizá haya también cierto límite natural y no veo porque la vejez carezca de la sensación en esos placeres. Por cierto, a mí me deleitan tanto las presidencias de festines, instituidas por nuestros mayores, como esas palabras que, de acuerdo con la costumbre de nuestros mayores, son pronunciadas, con la copa en mano, desde el puesto más importante, y las copas, como está escrito en *El banquete* de Jenofonte son pequeñas y en las que se vierte el vino gota a gota, dando frescura en el verano y fuego en el invierno. Cosas que por cierto también entre los sabinos suelo practicar, y diariamente lo hago: un convivio con los vecinos hasta muy entrada la noche que se prolonga con variada conversación.

Creo que en los viejos no es tan grande ese cosquilleo de los placeres, pero tampoco es echado de menos; y nada es molesto si no se le extraña. Bien respondió Sófocles cuando, abrumado ya por la edad, alguien le preguntó si usaba los placeres de Venus: «¡Quieran los dioses lo mejor! —dijo—; por cierto, gustosamente escapé de ellos como de un amo salvaje y furioso.» Para quienes están ansiosos de ellos, tal vez es enfadosa y molesta su ausencia, mas para quienes están saciados es más agradable carecer de ellos y por consiguiente es más agradable no echarlos de menos.

La buena edad disfruta más de esos placeres. En primer lugar de cosas insignificantes, en segundo, de esas de las que la vejez, aunque no las posee abundantemente, no carece del todo. Así como se deleita más con *Tuipían Ambivio* el que contempla el espectáculo desde la primera fila, y también el que lo hace desde la última, así la juventud tal vez se alegra mirando más de cerca los placeres, pero también la vejez se deleita viéndolos de lejos.

Además, ¡que grande valor que tiene el alma cuando ha cumplido el servicio a la sensualidad, la ambición, las rivalidades, las enemistades y todas las pasiones. Y si consideramos algún alimento de estudio y aprendizaje, nada más agradable que una vejez desocupada. Veíamos consumirse en el esfuerzo de medir casi el cielo y la tierra a Cayo Galo, íntimo amigo de tu padre, Escipión que ¡cuántas veces, habiéndose puesto por la noche a trazar algunas figuras, lo sorprendió el día; cuántas otras, habiendo empezado por la mañana, lo sorprendió la noche! ¡Cómo lo deleitaba predecirnos, mucho antes, los eclipses del Sol y la Luna!

¿Qué decir respecto a estudios más ligeros, pero no obstante ingeniosos? ¡Cómo se alegraba Nevio con su Guerra Púnica! ¡Plauto con su *Truculento* y su *Pseudolo*! Vi también al viejo Livio, el cual habiendo representado una obra teatral seis años antes de que yo naciera, continué en existencia hasta mi juventud.

¿Qué decir de la dedicación de Publio Licinio Craso al derecho pontificio y civil, o de la de nuestro Publio Escipión que fue hecho pontífice máximo en estos últimos días? Además, a todos los que mencioné los vi, ya viejos, enardecidos por dichos estudios. Y a Marco Cetego, a quien Ennio llamó «médula de la persuasión», ¡con cuánta dedicación lo veía ejercitarse en la oratoria siendo ya viejo! ¡Qué placeres de banquetes, juegos o

prostitutas son comparables con estos placeres? Y en verdad que son los gustos por la cultura, los cuales en los prudentes y bien formados crecen con la edad, de manera que es honorable aquello que Solón afirma en cierto verso: que él envejecía aprendiendo muchas cosas cada día. Ningún placer puede ser mayor que el del alma.

Vengo ahora a los placeres de los agricultores, con los cuales yo me deleito increíblemente; no son impedidos por la vejez y a mí me parece que se aproximan mucho a la vida del sabio. Los agricultores tienen relación con la tierra, que nunca rehúsa su poder y nunca devuelve con usura lo que ha recibido, sino con un interés; aunque en verdad a mí me deleita no sólo el fruto, sino también la fuerza y naturaleza de la tierra misma. Cuando ésta recibe en su seno mullido y removido la semilla que se esparce, primeramente la sujeta recubriéndola, después, habiéndola entibiado con su calor y presión, la expande y hace salir de ella un verdor que, apoyado en las fibras de las raíces, poco a poco se desarrolla y, erguido en su tallo nudoso, se encierra, ya como púber, en las vainas; cuando emerge, produce el grano de la espiga, dispuesto en orden, y contra las mordeduras de las aves menores se protege con una empalizada de aristas.

Estos son, entre otros, placeres de la vejez.

SÉNECA

De la tranquilidad del alma

Séneca —al igual que Borges o Nietzsche— cruza la historia enfrentando la escisión entre obra y persona. Séneca, el hombre, ha sido visto como un personaje difícil: sus nexos con Calígula, Claudio y Nerón, su riqueza extrema, su participación en algunas conjuras políticas y sus casi incesantes destierros lo presentan como un ser que encarna algunas de las actitudes más oscuras de la antigua Roma; sin embargo, sus múltiples obras, lo convierten en un pensador capaz de proponernos un camino opuesto al que Séneca siguió durante su existencia. Lo cual, para muchos, sólo revela una irresoluble contradicción entre vida y obra.

Pero, más allá de estas discusiones biográficas, las palabras de Séneca trascienden su persona y su tiempo. Son una voz que nos ofrece un planteamiento vital capaz de llevarnos al descubrimiento de la virtud y la felicidad; son —asimismo— una propuesta que ha marcado la obra de los pensadores más disímbolos a lo largo de los siglos. Séneca está presente —de una u otra manera— en los textos de Montaigne, Quevedo, Gracián, Diderot, Rousseau y, sobre todo, Nietzsche, quien le llamó el «torero de la virtud». De este pensador —fundamental y controvertido— hemos elegido un fragmento de su diálogo intitulado La tranquilidad del alma, donde explora a la sabiduría como una ruta para la felicidad.

La tranquilidad del alma

Al examinar mi alma descubrí algunos defectos, tan fuertes que los podía tocar con mis manos; asimismo, hallé otros más oscuros y escondidos: defectos que no se presentaban de manera constante, y eran los más molestos, pues son como los enemigos que de manera ocasional nos acometen y por cuya causa no podemos ni estar preparados para la guerra, ni estar tranquilos en la paz. No estoy liberado de las cosas que temía y odiaba, pero tampoco estoy sujeto a ellas. Me hallo en un estado que, aunque no es pésimo, sí es lamentable y fastidioso: no estoy enfermo ni sano.

No quiero que me digan que el principio de todas las virtudes es delicado, que sólo con el tiempo llegan la fortaleza y la solidez. Sé que las cosas que se hacen para ocultar las apariencias —me refiero a la dignidad, la fama y aquello que viene junto con la opinión pública—, se desarrollan con el tiempo, y que las que producen verdaderas fuerzas esperan años hasta que, poco a poco, el tiempo les confiere color. Sin embargo, temo que la costumbre introduzca el vicio de manera más profunda en mi persona: el tiempo induce al amor de las cosas malas y buenas.

No puedo mostrar de una vez —ha de ser por partes— cuál es la flaqueza de un espíritu que no se inclina hacia lo recto con decisión, pero tampoco lo hace hacia lo malo. Diré lo que me sucede. Tú hallarás para mi enfermedad un nombre. Tengo un gran aprecio por la moderación, lo confieso. Me agradan las habitaciones que no están decoradas con lujo, el vestido que no se saca de un cofre. Me gusta la comida que no preparan los criados, sino la que es sencilla de preparar y que no tenga ingredientes extravagantes: una comida que se

encuentre en cualquier lugar, que no sea pesada ni para el bolsillo ni para el cuerpo, y que no haya de volver por donde ha entrado. Me gustan los sirvientes vestidos con sencillez, y el esclavo nacido en casa.

Tras haberme encontrado a gusto con todo esto, mi espíritu se enturbia al encontrarse con esclavos vestidos con mayor cuidado que en un desfile, una multitud de siervos resplandecientes, incluso con una casa que, se pise donde se pise, es preciosa, a tal grado que las riquezas están dispersas en todos sus ángulos: sus techos son brillantes. También me molesta la gente que malgasta su patrimonio. ¿Qué decir de las aguas, transparentes hasta el fondo y que fluyen alrededor de los banquetes? ¿Qué decir de las comidas dignas de su escenario? Me rodea el lujo con todo su esplendor. Mi mirada titubea, con facilidad levanto mi espíritu contra esto y retrocedo más triste: no alcanzo a avanzar altivo entre mis frivolidades, cuando un mordisco callado se presenta. Nada me cambia, sin embargo me turba.

Me agrada seguir el valor de las normas y estar al servicio de la política. También los honores y dignidades, no porque me quiten el sueño lo púrpura y los bastones de mando, sino para estar más preparado y ser más útil a los amigos, los allegados, los ciudadanos, y a todos los mortales.

Preparado o con mi inexperiencia, sigo las enseñanzas de Zenón, Cleantes, Crisipo: ninguno de ellos se acercó a la política, pero nunca dejaron de enseñarla. Siempre que algo sacude mi alma, no acostumbrada a choques violentos, siempre que le ocurre algo indigno, como hay tantas cosas en la vida del hombre, que las cosas resulten al contrario de como se planearon, me vuelvo al ocio y, como sucede a los rebaños que están fatigados, el paso a casa es más rápido. Entonces, me agrada regresar a mi vida entre las paredes, para que el espíritu se quede detenido en sí mismo, y se cultive sin hacer nada que sea de otro, que se examine ante un juez; para que se sienta complacido por la tranquilidad. Pero, *cuando una lectura más enriquecedora ha erigido mi espíritu y unos nobles ejemplos me han clavado sus agujones, me agrada lanzarme al foro, prestar a uno mi palabra y a otro mi trabajo: me agrada reprimir la soberanía de quien se vanagloria de sus éxitos en el foro.*

Como resultado de mis estudios, creo que es mejor prestar atención a la materia y hablar en razón de ella, que las palabras se entreguen al argumento: sólo así el discurso se seguirá sin esfuerzo. ¿Por qué es necesario componer obras que hayan de perdurar a través de los siglos? Por favor, tú no lo hagas, *no escribas para que las generaciones futuras no te silencien. Has nacido para morir* un funeral silencioso tiene menos molestias. Así pues, para ocupar el tiempo para tu propia utilidad, y no buscando elogios, escribe algo sencillo. Quienes se entregan al trabajo día a día necesitan menos esfuerzo. Pero, cuando el espíritu se ha elevado por la grandeza de los pensamientos, se muestra rebuscado en el estilo, y se presenta hablando de modo muy elevado. Entonces, olvidándome de mi norma, me dejo arrebatar hasta lo más sublime, y yo no soy el que habla por mi boca.

En todos estos casos me acompaña la debilidad de mi buena voluntad, a la que temo ir a parar poco a poco o, lo que es más inquietante, quedar suspendido en el ocaso. Pues miramos con confianza lo que es nuestro y tal protección siempre sirve de obstáculo a nuestro juicio. *Creo que muchos hubieran podido llegar a la sabiduría si no hubiesen pensado que ya habían llegado, si no hubiesen disimulado, saltado ciertas cosas tapándose los ojos, pues desfallecemos por la adulación.* ¿Quién se ha atrevido a decir la verdad? ¿Quién, situado entre una multitud de aduladores y halagadores, no se ha lisonjeado a sí mismo?

Así pues, te ruego que, si tienes un remedio con el que puedas remediar mis males, me creas digno de serte deudor de la tranquilidad. Sé que estos alborotos del espíritu no son peligrosos, ni portadores de ninguna turbulenta alarma. Para explicarte de lo que me quejo me sirvo de una comparación: no me sacude la tempestad, sino el mareo. Por tanto, despójame de este mal, socorre al que padece cuando ya ha divisado tierra.

He aquí los consejos de Séneca: en silencio me pregunto desde hace mucho tiempo, a qué podría parecerse tal inclinación del espíritu, y ningún ejemplo es más cercano que el de aquellos que, libres de una larga y pesada enfermedad, se sienten aturdidos a causa de una leve calentura y que, cuando han desterrado los últimos resabios de su enfermedad, se inquietan por simples sospechas y, ya sanos, alargan su mano a los médicos e interpretan falsamente cualquier calentura de su cuerpo. Sus cuerpos no están enfermos, sino que

no están acostumbrados a la salud, tal como sucede con y el movimiento de un mar ya tranquilo después de la tempestad.

De esta manera, no son necesarias las actitudes tan duras que hemos tratado antes: luchar contra ti, enojarte, atormentarte con violencia; es necesario lo que viene al final: *tener confianza en ti mismo, creer que vas por el camino recto, y no estás distraído por las huellas de los muchos caminantes que lo atraviesan o que vagan de una parte a otra.* Pero lo que deseas es grande y elevado, cercano a un dios: no alterarte. A este equilibrio del alma los griegos lo llamaron *euthymia*, yo lo llamo serenidad, pues no es necesario imitar y trasladar las palabras adecuadas a la forma. *Buscamos que el espíritu pueda estar en movimiento siempre igual y tranquilo, favorable a sí mismo, que contemple feliz al mundo y no interrumpa el gozo, sino que permanezca en este plácido estado, sin exaltarse ni deprimirse. Esta situación es la serenidad.* Busquemos cómo se puede llegar a ella de manera general. Mientras tanto, debe exponerse lo que es el vicio en su totalidad, con el fin de que cada quien reconozca la parte que le concierne. Igualmente comprenderás que, entre menos ocupaciones tengas al sentir tedio, serás mejor que aquellos que —ligados a una profesión de fe magnífica y oprimidos bajo su pesada gloria— se mantienen en su mentira más por la honra que por su propia voluntad.

Todos están en la misma situación, tanto los que se molestan por la ligereza, el tedio y el asiduo cambio de propósitos —a éstos siempre les agrada más lo que han dejado— como los que están aletargados y bostezan. Se suman los que dan vueltas como los que tienen un sueño difícil: reformando la condición de su vida, por último, quedan asentados aquellos a quienes les sorprende, no el odio de cambiar, sino la vejez, perezosa para innovar nada. También los que son poco inconstantes, no por constancia, sino por inercia, y viven, no como quieren, sino como comenzaron a hacerlo. En conclusión, *son innumerables las variedades, pero uno es el efecto del vicio: sentirse mal consigo mismo.* Este aparece por destemplanza del espíritu y por los deseos cobardes o poco afortunados; sus víctimas siempre son inestables y volubles. Por cualquier camino marchan a sus deseos, y aprenden y se obligan a cosas deshonestas y difíciles y, cuando su esfuerzo permanece sin premio, les atormenta el deshonor: y no se duelen de haber querido cometer el mal, sino de no haber tenido éxito. Entonces, el arrepentimiento y temor al empezar de nuevo los domina. Se introduce, poco a poco, una agitación en sus espíritus que no encuentra salida, porque, ni pueden dominar sus deseos, ni obedecerlos, y se introduce la duda sobre una vida que apenas se desarrolla y se inmoviliza ante los deseos no cumplidos.

Todas estas cosas son más graves cuando, por odio ante una penosa infelicidad, se refugian en el ocio y en los estudios privados, hechos que no puede soportar un espíritu despierto para los asuntos públicos, deseoso de actuar e inquieto por naturaleza y que tiene poco consuelo en sí mismo. Por ello, al quitarle las diversiones, no soporta su casa, su soledad, sus paredes. Contra su voluntad, se ve abandonado. De ahí llega el tedio, la desazón de su propia persona, la inquietud de un espíritu que no permanece en ningún lado, su sumisión enfermiza y su tristeza ante su ocio, sobre todo cuando se avergüenza de confesar las causas, y ésta producen tormentos en su interior: los deseos encerrados en un lugar estrecho sin salida se estrangulan; de ahí provienen la tristeza, la languidez, y las miles de agitaciones de una mente incierta, a la que las esperanzas tienen en suspenso. De ahí la afeción de quienes detestan su ocio y de los que se quejan que no tienen nada que hacer; de ahí la envidia, suma enemiga del beneficio ajeno. De ahí el espíritu que monta en cólera contra su suerte por aversión a los éxitos ajenos y por la pérdida total de esperanza en los suyos: se queja de su vida, se oculta en los rincones, incuba sus penas, siente pesadumbre y se avergüenza.

Pues el espíritu humano, por naturaleza, es ágil e inclinado al movimiento. Le es grato todo pretexto para excitarse y abstraerse, pero no lo es para los temperamentos perversos, que se ven disminuidos entre sus ocupaciones. Ellos son iguales a algunas úlceras que salen en la mano, que hacen daño pero se alegran con su tacto. No puedo hablar de otra manera de estas mentes, en las que sus deseos nacieron como úlceras malignas: *entienden el trabajo y la conmoción como un placer.*

Existen ciertas cosas que deleitan a nuestro cuerpo, aunque causan cierto dolor. De ahí que se emprendan viajes imprecisos, se recorran las costas y se experimente inconstancia en los hechos presentes y luego causen cansancio. No obstante, en las zonas desiertas se echa de menos algo ameno, en el que se levanten los ojos viciados por la pobreza de esos lugares. Una ruta se adopta por otra y se cambian unos espectáculos por otros. Como dice Lucrecio:

*De esta manera,
cada cual siempre huye de sí mismo.*

Pero ¿qué ventaja tiene sino huye? Se sigue así mismo, y este compañero pesadísimo le agobia. Así pues, debemos saber que *la causa por la que nos cansamos no es el defecto de los lugares, sino nuestro: somos débiles para tolerar cualquier cosa. No somos pacientes para la dificultad, el placer, nosotros mismos u otra cosa.* Esto condujo a algunos hasta la muerte pues, tras mudar a menudo de planes, retornaban al mismo lugar y no dejaban hueco para lo novedoso. La vida es para ellos un fastidio, y el mismo mundo está lleno de los placeres que corrompen.

Contra este cansancio me preguntas qué recurso debe usarse. Sería mejor pasar el tiempo en los negocios, en el gobierno de los asuntos públicos y en los asuntos civiles. Pues así como algunos pasan el día al sol y en el ejercicio y cuidado del cuerpo como los atletas, para nosotros, que preparamos el espíritu para el combate de los asuntos civiles, lo mejor es estar en acción, pues el que se abandona a sus obligaciones, administrando los intereses comunes y privados según su propia facultad, siendo útil a los ciudadanos y al resto de los mortales, también se ejercita y progresa: «Atenodoro dice que en esta insana ambición de los hombres, los calumniadores la tuercen hasta alejarnos del foro y el quehacer público. Un espíritu excelente también puede desenvolverse con amplitud en lo privado, y desaparecerá de lo público de tal modo que, donde quiera que esconda su ocio, podrá ser útil a personas particulares y a la comunidad, con su inteligencia, su voz y su consejo. Pues no sólo es útil al Estado quien presenta candidatos, vela por los acusados y vota sobre la paz y la guerra, sino también el que exhorta a la juventud —el que, entre tanta escasez de buenos preceptos— sugiere la virtud del espíritu, y aprieta a los que se lanzan en pos del dinero y el lujo, y, si no puede hacer ningún otro cometido público al menos los detiene».

«¿Acaso aquél cumple mayor servicio —continúa Atenodoro—, cuando pronuncia las palabras de su asesor judicial ante quienes se acercan a él, que el que explica la justicia, la piedad, la paciencia, la fortaleza, el desprecio de la muerte, el conocimiento de los dioses, o la buena conciencia? Por lo tanto, si ofreces al estudio el tiempo que hurtas a tus obligaciones, no habrás abandonado tu deber, pues no sólo combate aquel que está en la línea de batalla y defiende el ala derecha e izquierda, sino también el que protege las puertas y se ocupa del cuerpo de guardia. Si te retiras a los estudios, huirás de todo el fastidio de la vida y no anhelerás la noche por el cansancio de la luz, ni serás pesado o vacío para los otros; atraerás a muchos a tu amistad, y todos y cada uno de los mejores hombres acudirán a ti. Pues aunque oscura, la virtud nunca está oculta, siempre envía sus señales.

Todo aquel que sea digno, la descubrirá por sus huellas. Si anulamos las relaciones con los otros, renunciamos a la humanidad y vivimos encerrados en nosotros mismos; a esta soledad, carente de todo estudio, seguirá la ausencia de cosas que hacer, por ello empezaremos a levantar edificios, a derribar otros, a desviar el mar para conducir las aguas luchando contra la dificultad, y a administrar mal el tiempo que la naturaleza nos dio para consumirlo. Unos la usamos con parquedad, otros pródigamente; unos lo trastornamos de tal manera que no podemos dar razón de él, otros lo usan para no dejar ningún resto: nada puede haber más vergonzoso. *A menudo, el anciano no tiene ningún otro argumento por lo que pueda probar que ha vivido mucho excepto la edad.*»

Me parece que Atenodoro se abatió mucho ante las circunstancias y se alejó demasiado rápido. No niego que alguna vez haya que ceder, pero esto tiene que hacerse poco a poco, retrocediendo y salvando los estandartes; para los enemigos son mejores y más prudentes quienes se rinden con las armas en la mano. Creo que en la búsqueda de la virtud no se puede dar la espalda al enemigo y huir desarmado para buscar un escondite; sólo es posible aplicarnos a nuestras ocupaciones con moderación y elección gustosa, encontrar algo en que ser útil a la ciudad. Si no es posible servir en el ejército, se debe aspirar a los honores civiles. Si se ha de vivir en privado se debe ser orador. Si se ha de vivir en silencio, que se ayude a los ciudadanos con una callada abogada. Si se han perdido los deberes civiles, que se ejerzan los humanos. Por ello, mediante un espíritu excelente, no nos hemos encerrado entre los muros de una única ciudad, sino que nos hemos abierto a la comunicación con todo el orbe, y hemos aprendido que nuestra patria es el mundo, y concedamos más amplitud al campo de la virtud. Si te han cerrado el tribunal y se te prohíbe subir a la tribuna y a las asambleas, mira tras de ti cuántas extensísimas regiones tienes abiertas; nunca se cerrará para ti una parte lo suficientemente grande para que no te quede una mayor.

Pero, ¿qué ocurre si no quieres prestar servicio en el ejército, si no es como general o tribuno? Aunque otros tengan la primera línea y la suerte te haya colocado entre los soldados de reserva, desde allí sirve con tu voz, con tu exhortación, con tu ejemplo, con tu espíritu. Incluso, el que tiene las manos mutiladas, encuentra en la batalla cómo contribuir a su partido. Has algo análogo: si la fortuna te retirase de los primeros cargos de la república, mantente en pie y ayuda con tus gritos y, si alguien te cierra la boca, mantente de pie y ayuda con tu silencio. Nunca es inútil la obra de un buen ciudadano: se le escucha y se le ve. Con su rostro, con su gesto, con su callada obstinación, y con su misma manera de andar, es útil. Como algunas medicinas, independientemente del gusto y del tacto, son saludables con su olor, así la virtud vierte su utilidad.

Lo mejor es mezclar el ocio y la acción, siempre que la vida activa no se vea entorpecida por impedimentos fortuitos o por la condición política: de que no exista lugar para ninguna acción honesta.

¿Acaso puedes hallar una ciudad más desgraciada que la de los atenienses cuando la destruían los treinta tiranos? Habían asesinado a 1,300 ciudadanos, los mejores, y no por ello ponían fin, sino que la crueldad se incitaba en sí misma.

En una ciudad en la que existía el Aerópago, un tribunal en extremo escrupuloso de conciencia, en la que el senado y el pueblo eran semejantes, se reunían cada día el triste colegio de los verdugos y la infeliz curia oprimida por los tiranos. ¿Acaso podía descansar dicha ciudad en la que había tantos tiranos como cómplices?

Sin embargo, Sócrates estaba en medio y consolaba a los senadores, al tiempo que amonestaba a quienes se desesperaban por la república, y reprochaba a los ricos que temían por sus bienes, y ofrecía un extraordinario ejemplo a quienes querían imitarlo cuando marchaba con serenidad y libertad entre los treinta señores. Sin embargo, la misma Atenas lo asesinó en la cárcel, y la libertad no toleró la libertad de quien había espetado sin miedo a los tiranos. Esto es para que sepas que, en una situación política desconsolada, el hombre sabio tiene ocasión para manifestarse. Por lo que sea como sea la situación política, lo que la fortuna permita, nos desplegaremos o nos replegaremos, de manera que, en cualquier caso, nos moveremos, a menos que quedemos maniatados por el miedo. Hombre será el que, rodeado de peligros, armas y cadenas, no abandona la virtud, ni la oculta, pues preservarse no es enterrarse.

PLUTARCO DE QUERONEA

El progreso de la virtud

Plutarco, natural de Queronea, es —junto con Quintiliano y Cicerón— uno de los educadores más importantes de la antigua Roma. A él le debemos la creación de una de las academias con mayor influencia en su época; no obstante, la mayor parte de los estudiosos de la filosofía romana, le consideran un pensador menor: en efecto, en sus trabajos no existen la magnificencia de Aristóteles o los maravillosos «errores» de Platón; sus páginas sólo son una búsqueda, casi desesperada, de tres cuestiones: la paideia, la amistad y la felicidad.

Desde esta perspectiva, es posible pensar que la ausencia de «grandes temas» en la obra de Plutarco lo sitúa en una posición desventajosa si se le compara con los grandes pensadores de la antigüedad clásica. Sin embargo, sus ideas —que sin duda parten la propuesta socrática de «conócete a ti mismo»— son capaces de iluminar la vida cotidiana de los hombres de cualquier época.

El breve tratado que hemos incluido —mismo que fue escrito en forma de diatriba— nos ofrece la posibilidad de aproximarnos a uno de los ingredientes esenciales de la felicidad y que —de una u otra forma— ya había sido anunciado por Séneca: la posibilidad de acceder a la virtud.

El progreso de la virtud

[1] ¿Qué razonamiento puede conservar la Sensación de que uno va mejorando en la virtud, si los progresos no producen ninguna disminución de nuestra ignorancia, sino que el vicio, ciñéndose a todas las cosas con el mismo peso, «tira hacia abajo».

En música y gramática uno no podría darse cuenta de su progreso, si con el aprendizaje no se destruyera de la ignorancia en estas cosas. Por su parte, la medicina que no produce mejoría o alivio, la enfermedad va cediendo y debilitándose, no le permitirá sentir la diferencia al enfermo, hasta que el estado opuesto no se haya hecho manifiesto, después de que el cuerpo haya recuperado su fuerza. Pero, así como en estas cosas no hay ningún progreso aparente, en el filosofar no puede percibirse, si el alma no se purifica de la necedad, de haber el bien más elevado y perfecto, y hacer uso del mal absoluto. Pues el sabio, cambiando desde la mayor ignorancia hacia un estado de virtud inmejorable, escapé de todo su vicio, del cual no había conseguido expulsar una pequeña parte durante un largo período. Sin embargo, este hombre aún no se ha dado cuenta de que se ha convertido en un sabio, desconoce y duda de su progreso, pues él se encuentra en un estado similar al de un viaje que se aproxima, sin darse cuenta y poco a poco, a la virtud.

Si la rapidez y la magnitud del cambio fueran tan grandes, el peor hombre por la mañana se hubiera convertido por la tarde en el mejor, y si el cambio le sucediera a uno de tal modo que, yéndose a la cama ignorante se despertara sabio, y habiendo echado fuera de su alma la insensatez y engaños del día anterior, pudiera decir: «¡sueños falsos! ¡Que le vaya bien! No sería, en efecto nada,» ¿quién podría reconocer la diferencia que se ha producido en sí mismo y la inteligencia que brilla sobre ti? Pues, me parece que un hombre, como le ocurrió a Ceneo, convirtiéndose por su propio deseo en hombre después de haber sido mujer, en modo alguno podría ignorar su cambio de condición, al igual que aquel que, convirtiéndose de cobarde, necio y licencioso en moderado, sabio y valiente, y cambiando de una vida bestial a una vida divina, podría no darse cuenta de su condición.

- [2] Se ha dicho con razón: «coloca la piedra junto al cordel, no el cordel junto a la piedra». Los que no ajustan sus doctrinas a los hechos, sino que, al intentar por la fuerza poner de acuerdo los hechos con sus hipótesis, han llenado la filosofía de muchas dificultades. La más grande de todas es la que sitúa a todos los hombres, excepto al perfecto, en una maldad general, por la cual el progreso mencionado se ha convertido en un enigma, pues se está muy cerca de la necedad más grande, que representa a todos los que no se han liberado de todas las pasiones y vicios, llevando una vida desgraciada, igual que la de los que no se han desprendido de ninguno de sus peores vicios. Estos se refutan a sí mismos y mientras en su vida y en sus obras se apartan y huyen de los filósofos y sus héroes como de personas despiadadas, se sirven de los viciosos, como de hombres dignos de la mayor consideración, confiándoles sus asuntos más importantes.
- [3] Pero nosotros, al ver que en todo tipo de maldad existen distintos grados de la misma, no creemos que sea irracional la concientización del cambio en personas que suben a un abismo. Si los que se lanzan al mar abierto, con las velas al viento, pueden medir su marcha mediante la comparación del tiempo transcurrido con la fuerza del viento, calculando cuánta distancia es natural que hayan hecho al ser arrastrados por una fuerza tan grande durante tanto tiempo, así, en filosofía, uno podría ponerse así mismo como prueba de su progreso, por la uniformidad y continuidad de su marcha, sin hacer muchas paradas seguidas de impulsos y saltos, sino marchando siempre hacia adelante, suavemente y en línea recta, yendo sin tropiezos a través del razonamiento. Pues aquello de

*si colocares aunque sea un poco sobre otro poco
e hicieras esto con frecuencia,*

no sólo está bien dicho para el incremento del dinero, sino que se aplica a todo, pero, sobre todo, al crecimiento de la virtud, ya que la razón adquiere un hábito profundo y eficaz. Pero las desigualdades y torpezas de los que se dedican a la filosofía no sólo producen permanencias y paradas, como en un camino del progreso, sino también retrocesos, porque el vicio se pone encima siempre del que cede por pereza y lo hace retroceder. Los matemáticos dicen que los planetas se quedan fijos, cuando cesa su movimiento hacia delante, pero en el estudio de la filosofía, cuando cesa el progreso, no hay ningún intervalo ni ninguna inmovilización, sino que la naturaleza, al tener siempre movimientos de algún tipo, quiere ir hacia abajo y ser inclinada por los mejores movimientos o influenciada por los contrarios se mueve hacia lo peor. En efecto, siguiendo el oráculo dado por el Dios: «luchar contra los cirreos todos los días y todas las noches», eres consciente, que se ha de estar luchando siempre, noche y día,

contra el vicio o que, al menos, no se debe bajar la guardia, ni constantemente se deben admitir, ciertos placeres, deleites o negocios, probablemente continuarías confiado y animoso el camino que queda.

- [4] Aunque se produzcan intervalos en el estudio de la filosofía, si los últimos períodos de estudio son más constantes y más duraderos que los primeros, es una buena señal de que la negligencia va siendo reducida por el trabajo y el ejercicio. Es mala señal lo contrario: las muchas y constantes contrariedades. Igual que el brote de una caña tiene primero un ímpetu muy grande para adquirir un tamaño igual y constante, después, como por falta de aire, termina agotándose por una debilidad; es detenida por numerosos y constantes nudos: del mismo modo, cuántos al principio hacen grandes incursiones en la filosofía y se encuentran con numerosos y constantes obstáculos y vacíos, al no percibir ningún cambio hacia lo mejor, se cansan y renuncian. «Pero al otro además le salieron alas», impulsado por la utilidad y cortando en dos los pretextos, como una multitud que está estorbando, con la fuerza y el ardor del cumplimiento. Por eso, igual que es señal de que un amor ha comenzado no por alegrarse con la presencia de la persona amada (pues esto es común), sino al sentirse herido y dolerse cuando se ha alejado; del mismo modo, muchos son atraídos por la filosofía y parece que se preocupan mucho con ambición de aprender, pero, si se alejan, se disipa por otros negocios y ocupaciones aquella pasión, y lo soportan con facilidad. «Pero al que el aguijón de los amores lo posee,» podría parecer moderado y afable, pero, cuando es separado y alejado, míralo excitado, atormentado y disgustado con todos los negocios y ocupaciones, y por el olvido de los amigos es empujado por su anhelo hacia la filosofía. No conviene que nos regocijemos por estar presentes en las discusiones filosóficas como con las esencias, ni por estar ausentes, que no las busquemos y nos indignemos, sino que, al padecer en las separaciones una sensación parecida a la del hambre o la sed, emprendamos el progreso de la virtud de verdad, ya sea el matrimonio, la riqueza o la amistad o una expedición militar las que causen la separación.

- [5] Idéntica a lo que he señalado es la antigua declaración de progreso de Hesíodo, quien dice que el camino no es escarpado, ni demasiado empinado, sino fácil, suave y cómodo, y que crea luz y brillo en el estudio de la filosofía después de las dificultades, errores y cambios de opinión, que al principio asaltan a los estudiantes de filosofía.

Un relato semejante se cuenta sobre Diógenes de Sínope, cuando comenzaba a filosofar. Como los atenienses celebraban una fiesta con banquetes públicos, representaciones teatrales y entretenimientos, él recogíendose en un rincón del ágora para dormir, cayó en unos razonamientos que lo alteraban y lo destrozaban: sin necesidad alguna había llegado a una vida penosa y por voluntad propia estaba allí, sentado, despojado de todos sus bienes. Sin embargo, se dice que un ratón se ocupaba con las migajas de su pan, y que de nuevo recobró el ánimo y se dijo a sí mismo: «¿Qué estás diciendo Diógenes? ¿Tus restos obsequian a este ratón y lo alimentan, pero tú, un hombre bien nacido, te quejas de tu situación?». Cuando estas depresiones se producen con poca frecuencia y los apoyos morales y las reacciones de la inteligencia destruyen el aburrimiento y la aflicción, es preciso que pensemos que nuestro progreso se encuentra sobre una base firme.

- [6] Cuando las cosas se agitan y cambian hacia lo contrario sobrevienen a los estudiantes de filosofía (no sólo a causa de una cierta debilidad procedente de ellos mismos, sino a causa también de los consejos de los amigos, y los ataques de los enemigos) sacudidas que los arrancan de la filosofía ante estos hechos. No sería un mal signo de progreso la paciencia de cada uno ante estas cosas, pues el que no se turba y es inflexible en estas circunstancias ha sido alcanzado por la filosofía. Dejar de emular las cosas que la mayoría admira no es posible, excepto para los que han adquirido la facultad de admirar la virtud: mostrarse audaz con los hombres sucede a causa de la soberbia o la insensatez. Y despreciar las acciones que admiran los hombres no es posible sin una sabiduría verdadera y firme. Por lo tanto, si se comparan estas cosas con las que se ufanan, acudiremos a Solón que dice:

*Nosotros no cambiaremos con ellos la riqueza
por la virtud, pues ésta es siempre inmutable,
pero la riqueza unas veces la posee un hombre, otras otros.*

- [7] Cuando comparamos de esta forma las cosas de la virtud con las de fuera, te quitas de encima las envidias, celos y las cosas que irritan y humillan a los que comienzan el estudio de la filosofía; esto también lo considerarás como una gran prueba de tu progreso. Y no es más pequeño el cambio ocurrido en los discursos: pues todos los principiantes de la filosofía, por hablar en general, persiguen las formas del discurso que los pueden conducir a la fama.

Aquí viene muy bien la historia de Antífanes, que alguien cuenta aplicándola a los discípulos de Platón. Bromeando decía Antífanes que en cierta ciudad las palabras se helaban por el frío, inmediatamente después de ser dichas y, después, desheladas, la gente oía en verano las cosas que se habían hablado en invierno. Así mismo agregaba que muchos al llegar a la vejez se dan cuenta de lo que significaban las palabras que les decía Platón, cuando todavía eran jóvenes. Y esto les sucede a los jóvenes con la filosofía hasta que su juicio, habiendo adquirido una saludable firmeza, comienza a sacar provecho de las cosas que producen carácter y grandeza de ánimo, para buscar los discursos, cuyas huellas están dirigidas —según Esopo— hacia dentro de nosotros, esto fue lo que le pasó a Esquilo, quien después de la aspereza y artificio de su composición, cambió el aspecto de su lenguaje: así, los que estudian filosofía cuando pasan de los discursos elogiosos y artificiosos a los que tienen que ver con el carácter y la pasión, entonces comienzan a lograr un progreso real y no presuntuoso.

- [8] Observa no sólo cuando estés leyendo los escritos de los filósofos y escuchando sus discursos —si no pones más atención a las meras palabras que a los hechos y si tienen algo útil, fundamental y beneficioso—, sino también para cuidarte de que no se te escape ninguna de las cosas que se dicen para mejorar el carácter y el alivio de la pasión. Como dice Simónides, la abeja se posa sobre las flores «preocupándose de la rubia miel», mientras que los hombres se contentan con su color y no recogen ninguna otra cosa; así, mientras los demás se ocupan de los poemas por placer y entretenimiento, el filósofo encuentra y reúne algo digno de esfuerzo, y por ello se convierte en una persona capaz de comprender lo bello y lo apropiado. Los que hacen más y más progresos son capaces de sacar provecho no sólo de los discursos sino también de los espectáculos y las acciones: reúnen lo apropiado y provechoso como se cuenta de Esquilo y otros hombres semejantes.

En efecto, Esquilo, contemplando una lucha de púgiles y cuando al ser golpeado uno de los dos contendientes, comenzaron a gritar todos los espectadores, dándole un codazo a Ión de Quíos, le dijo: «¿Ves qué cosa es el ejercicio? El golpeado calla y los espectadores gritan.» Y Brásidas, habiendo cogido un ratón entre sus higos secos, al ser mordido, lo dejó. Luego se dijo a sí mismo: «¡Por Heracles!, que no hay nada tan pequeño y débil que no se salve, si tiene el valor de defenderse». Y Diógenes, después de ver a un hombre que bebía con sus manos, tiró su copa de la alforja. Del mismo modo, la dedicación y el ejercicio constante hacen a los hombres sensibles y receptivos, lo que conduce por todas partes a la virtud.

Esto ocurre si se mezclan las palabras con los hechos, no sólo como decía Tucídides: «realizando en medio de peligros sus ocupaciones», sino también en relación con los placeres y disputas, y en juicios, defensas y cargos políticos. Si los que todavía están aprendiendo de la filosofía lo pueden divulgar en el ágora, en una reunión de jóvenes o en un banquete real, no se debe pensar que practican la filosofía más que los que, vendiendo medicinas, practican la medicina. Y, más aún, un charlatán de esa clase en nada se diferencia del pájaro descrito por Homero: lo que coge se lo lleva a través de su boca a sus discípulos como a polluelos sin alas, «pero mal le va a él mismo», si no dedica nada para su propio provecho, ni asimila las cosas recibidas.

- [9] Por eso es necesario considerar si, en nuestra opinión, empleamos nuestro discurso con provecho, pero en la opinión de otros, lo empleamos no por un placer casual ni por ambición, sino para oír y enseñar algo; y, sobre todo, si se ha abandonado la afición a las disputas y pendencias en las investigaciones, y hemos cesado de equiparnos unos contra los otros con discursos, como con guantes de boxeo y bolas de hierro, y de alegrarnos más si nos golpeamos y nos matamos que si aprendemos y enseñamos algo. En estas cosas, la moderación, la mansedumbre y el no iniciar las conversaciones con disputa ni finalizarlas con ira, y ser capaces de no tratar mal si vencemos, o disgustarnos si somos vencidos, es propio de un hombre que está haciendo suficientes progresos. Justo como lo dijo Aristipo: «en verdad, yo, el vencido, me iré a casa a dormir más dulcemente que tú, que eres el vencedor.»

También es posible que al hablar consigamos una prueba de nosotros mismos, si contra lo esperado, no nos echamos atrás por cobardía ante una gran audiencia, ni nos descorazonamos si discutimos en presencia de pocos; ni, si fuera necesario hablar ante el pueblo o ante la magistratura, por falta de tiempo para preparar el estilo de nuestro discurso y tampoco perdemos la ocasión, como, por ejemplo, se cuenta de Demóstenes y de Alcibíades. Pues éste, aunque era muy hábil para pensar sus temas, pero desconfiado en su lenguaje, se paraba en medio de la ejecución de sus discursos y muchas veces; al buscar y perseguir la palabra y la frase huidiza en el momento de hablar, se equivocaba. Pero Homero no se preocupaba por haber compuesto el primero de sus versos sin medida; tanta confianza tenía en sí mismo que le quedaba para lo demás a causa de su habilidad. Por lo tanto, es más natural para quienes la lucha es por la virtud y el bien; aprovechan la ocasión y los temas, pensando lo menos posible en los gritos y los aplausos por sus expresiones.

- [10] Es necesario que cada uno preste atención no sólo a sus palabras, sino también a sus actos, por si en ellos la necesidad prevalece sobre lo festivo y la verdad sobre la ostentación. Si el amor verdadero a un joven o a una mujer no busca testigos, sino que disfruta de su dulzura, aunque lleve a término su deseo en secreto, es natural que el amante se enorgullezca en silencio, no necesitando ni panegiristas ni espectadores. No como aquel que llamaba en su casa a su criada y le espetaba: «mira, Dionisia, he dejado de ser vanidoso»; o igual que el que habiendo realizado algo gracioso y elegante, luego, al contarle con pormenores y al hacerlo circular por todas partes, está claro que aún no ha sido espectador de la virtud. Por eso, es propio de un hombre que está haciendo progresos, no sólo el dar algo a un amigo o hacer un buen servicio a un conocido y no decírselo a otros, sino también, cuando ha depositado un voto justo entre muchos injustos y cuando se ha negado con firmeza a un encuentro vergonzoso con un hombre rico o un magistrado y cuando ha despreciado los regalos y, si, ¡por Zeus!, cuando ha pasado sed por la noche y no ha bebido o cuando ha luchado contra un beso de una joven bella o de un joven bello, y ha sido capaz de guardar todo esto dentro de él y callarlo. Pues éste, al estar en buena opinión consigo mismo, sin demostrar desprecio, sino alegrándose y contentándose porque es a la vez un testigo suficiente y un espectador de buenas acciones, demuestra que el razonamiento está creciendo dentro de él y echando raíces en sí mismo y que, según Demócrito, «se ha acostumbrado a conseguir dentro de sí las satisfacciones».

De la misma manera, entre los jóvenes que quieren estudiar filosofía, los que están más vacíos y carecen de peso tienen valor y apariencia exterior, andadura y semblante llenos de desdén e indiferencia y lo desprecian todo, pero cuando comienzan a llenarse y recoger el fruto de los discursos filosóficos, se desprenden de su altanería y ostentación; igual que cuando unas copas vacías reciben un líquido, el aire de dentro sale al ser oprimido, del mismo modo el orgullo cede ante hombres que están llenándose de bienes verdaderos y su opinión se hace más suave, y dejando de enorgullecerse por su barba y por su capa raída de filósofo, pasan su práctica a su alma, emplean su crítica mordaz y amarga consigo mismos y son más afables en su trato con los demás. No usurpan para ellos mismos el nombre y la fama de estudiar filosofía, no se dan a sí mismos el nombre de filósofos. Uno que fuera llamado con este título por otro, si es un joven de talento, respondería con una sonrisa, y lleno de rubor:

*Ciertamente yo no soy un dios.
¿Por qué me comparas a los inmortales?*

Pues, como dice Esquilo, no pasa desapercibido:

*el ojo ardiente (de una mujer joven),
si ha gustado los placeres del amor de un hombre.*

A un hombre joven que ha gustado del verdadero progreso en la filosofía le son aplicables estas palabras de Safo:

*mi lengua se ha roto,
y al punto un fuego suave
recorre mi cuerpo.*

Sin embargo verás su ojo tranquilo y sereno, y desearías escucharle hablar. Pues, así como los iniciados en los misterios al principio se reúnen con tumultos y griterío, mientras los ritos sagrados son representados, del mismo modo, al principio de la filosofía, también verás alrededor de su puerta mucho alboroto, audacia y charla, porque algunos se empujan con rudeza y violencia hacia la fama. Pero el que ha entrado y visto la gran luz, como si se hubiera abierto un templo, adoptando otros modales, silencio y estupor, «obedece humilde y ordenado» a la razón como a un dios. A éstos parece que se les puede aplicar muy bien la broma de Menedemo, quien dijo que los que en multitud venían en barco a Atenas a la escuela al principio eran sabios, después se convertían en filósofos, pasado el tiempo en personas ordinarias y cuanto más se dedicaban al razonamiento, más deponían su propia opinión y orgullo.

- [11] Las personas que necesitan cuidado médico, van caminando hasta los que los pueden curar; los que tienen fiebre los llaman a su casa y les piden que les ayuden; pero los que han caído en melancolía, frenesí o delirio, a veces, ni siquiera soportan a los médicos que van a visitarlos: los echan o huyen de ellos, pues no se dan cuenta, a causa de lo violento de la enfermedad, que están enfermos. Así, entre los que han cometido una falta, son incurables los que se comportan hostil y duramente y se irritan con los que los censuran y amonestan; pero no los que los aguantan y se someten a sus amonestaciones, que siempre son más afables, y que un hombre que ha cometido una falta se ofrezca a sí mismo a los que lo censuran y les cuente sus sufrimientos, y les descubra su maldad, y no se alegre si es ignorado, sino que lo confiesa y necesita de uno que lo coja por la mano y lo amoneste, no sería una mala señal de progreso. Como decía Diógenes: al que está necesitado de salvación le conviene buscar a un amigo honrado o a un enemigo fogoso, para que al ser censurado o atendido, pueda escapar al vicio.

Así, mientras que un hombre, mostrando la suciedad o la vergüenza de su vestidura se jacte ante los de fuera con una falta de arrogancia vana y, bromeando acerca de sí mismo por ser pequeño o encorvado, crea que se comporta con arrogancia juvenil, pero las torpezas interiores de su alma, los actos despreciables de su vida, sus envidias, su maldad, su mezquindad de espíritu, su amor a los placeres, envolviéndolos y ocultándolos como si fueran úlceras, no permiten que nadie los toque ni vea, porque teme la censura, este hombre en nada participa del progreso. Mas el que sale al encuentro de estos vicios y el que puede y quiere atormentarse a sí mismo y castigarse, si ha cometido alguna falta, y, en segundo lugar, si otro le amonesta, quiere ofrecérselo, manteniéndose firme y purificado por los reproches, éste se parece a un hombre que se ha quitado de encima y ha abominado de su maldad. Es preciso sentir respeto por uno mismo y huir también de dar la impresión de malo; pero el hombre que está más irritado por la realidad de su maldad que por la mala reputación no huye de las maledicencias ni de los consejos para ser mejor.

Es gracioso lo que le dijo Diógenes a un joven que había sido visto en una taberna y huido hacia su interior: «cuanto más adentro huyas, más te hallarás en la taberna». También de las cosas viles, cuanto más las niegas tanto más te sumerges en ellas y te encarcelas en el vicio. Sin duda, los pobres que simulan ser ricos, son aún más pobres a causa de su jactancia; pero el hombre que está haciendo verdaderos progresos toma como su modelo a Hipócrates, que publicó y escribió su desconocimiento acerca de las suturas de la cabeza. Asimismo, las palabras de Bión y Pirrón las tomaríamos no como señales de progreso sino del mayor y más perfecto estado de ánimo; pues uno de ellos consentía que sus discípulos creyeran que hacían progresos, cuando pudieran oír a los que los injuriaban, como si les dijeran:

*¡Oh extranjero, puesto que tú
no te pareces a un hombre malvado
ni insensato, salve!,
y sé muy feliz, ojalá los dioses
te concedan prosperidad,*

- [12] Mira también cuál era el significado de lo dicho por Zenón quien, consideraba que cada uno —a partir de sus sueños— puede darse cuenta de su progreso, si en ellos no es dominado por nada desagradable ni hace nada terrible ni injusto, sino que brilla sobre él la fuerza imaginativa y emocional del alma. Tampoco Platón, habiéndose dado cuenta de esto dio forma y representación a las cosas que durante el

sueño hace el alma que intenta unirse a su madre y siente deseos por los alimentos más variados, obrando contra las leyes y dando rienda suelta a los deseos.

- [13] Una completa indiferencia es grande y divina, y el progreso consiste en la reducción y contención de las pasiones. Por esta razón es necesario que, comparando nuestras pasiones con ellas mismas, determinemos las diferencias, para ver si ahora nos entregamos a deseos, miedos y enojos más nivelados que los de antes, suprimiendo con la razón lo que los excita e inflama; unas con otras, por ver si sentimos más vergüenza que temor, y somos más emuladores que envidiosos, y más amantes de la fama que del dinero. Pues, así como las desviaciones de las enfermedades hacia las partes menos vitales del cuerpo son una buena señal, del mismo modo la maldad de los que están haciendo progresos, si es trasladada hacia pasiones más moderadas, se extingue poco a poco. El progreso suaviza los excesos y la intensidad de las pasiones «en las que los que están furiosos son más vehementes», según Sófocles, el celo hacia lo que alabamos y el estar dispuestos a hacer lo que admiramos, al tiempo que nos negamos a participar en lo que censuramos. Por lo tanto, es necesario pensar que muy poco prosperamos mientras nuestra admiración por los que tienen éxito está inactiva e inmóvil a causa de la imitación, pues ni el amor del cuerpo es vigoroso, sino está acompañado del celo, ni la alabanza de la virtud es ardiente y eficaz, si no hiera y fustiga y sino crea, en lugar de envidia, celo por las cosas bellas que trate de alcanzar la satisfacción.

Así pues, no es necesario que sólo por las palabras del filósofo el corazón se agite y broten las lágrimas, sino que de quien está progresando al compararse a sí mismo con las obras y las acciones de un hombre bueno y perfecto, herido, al ser consciente de su inferioridad, y alegrándose a la vez a causa de su esperanza y deseo y estando lleno de un ardor que no descansa, es capaz, según Semónides:

*de correr, como un potro recién destetado
junto a la yegua,*

- [14] Trasladar los razonamientos a hechos y no permitir que las palabras generen palabras, sino acciones, es un signo propio de progreso. Una prueba de esto es, esforzándose por unirse, de algún modo, con el hombre bueno. Esta pasión también es propia de un progreso verdadero; amar y querer la conducta de aquellos cuyas obras intentamos emular, y procurar hacernos iguales a ellos con un afecto que les confiera un honor elogioso. En cambio, a quien son infundidas rivalidad y envidia hacia los mejores que él, estará atormentado por un celo hacia la reputación o el poder de aquellos, pero que no honra ni admira la virtud.
- [15] Cuando comencemos a amar a los buenos de tal forma que no sólo, consideremos bienaventurado al hombre que es prudente y al que escucha las palabras que salen de la boca de ese hombre prudente, sino que también seamos capaces de unirnos y fundirnos a nosotros mismos con él, entonces es preciso pensar que estamos haciendo progresos. Y aún más, si no admiramos a los buenos sólo cuando son felices, sino también en su desgracia.

El entusiasmo lleva a no rechazar, sino admirar y sentir celo por las cosas que parecen terribles, y nadie podría alejarlo de lo que es bueno.

Para aquellos que van a iniciar algún negocio o tomar posesión de un cargo es una práctica común el poner delante de sus ojos a los hombres que han sido buenos y pensar: ¿cómo habría hecho esto Platón?, ¿qué habría dicho Epaminondas?, ¿cómo se habría comportado Licurgo o Agesilao?, arreglándose a sí mismos y ajustando sus propios hábitos como ante un espejo, la reflexión y el recuerdo de los hombres buenos, presentándose enseguida y reanimando a los que progresan, mantiene íntegros y sin caer en todas las pasiones y las dificultades a los hombres. Que para ti esto sea una señal del hombre que está avanzando hacia la virtud.

- [16] Además de esto, el no turbarse, ni ponerse colorado, ni intentar ocultar ni transformar algo de nosotros ante la aparición de un hombre famoso y virtuoso, sino atreverse a salir a su encuentro, pone de manifiesto la entereza de un hombre que conoce su situación. Para un hombre joven que hace progresos en su carácter, ningún amor estaría más enraizado ante los hombres buenos y honrados, y

ofrecerles su casa, mesa, mujer, diversión, trabajo y discursos pero también dolerse al recordar a su padre o un profesor muerto, porque no lo pudieron ver en una condición como ésta; y rogaría tanto a los dioses que resucitados, fueran espectadores de su vida y sus obras. Por el contrario, los que han sido negligentes consigo mismos y se han destruido, ni siquiera en sueños pueden ver sin temblor y miedo a sus familiares.

- [17] Añade a lo que se ha dicho un signo: no considerar como pequeño ninguno de los errores cometidos, sino evitarlos y cuidarse de todos, pues al igual que los que han perdido la esperanza de hacerse ricos no hacen caso de sus pequeños gastos.